EL AGENTE OSCURO

MEMORIAS DE UN ESPÍA INFILTRADO POR EL CNI

Prólogo de

Ignacio Cembrero

Galaxia Gutenberg

La tecnología, el pinchazo de los teléfonos, el hackeo de los ordenadores no lo es todo. El espionaje sigue necesitando el trabajo silencioso de los agentes de campo para recabar información que no transita por internet. El autor de este libro, que ha pedido permanecer en el anonimato, ha sido durante largos años y hasta hace poco tiempo uno de esos imprescindibles hombres de terreno. Fue reclutado y formado por el Centro Superior de Información de la Defensa (CESID), antecesor del Centro Nacional de Inteligencia (CNI), el gran servicio secreto español, para infiltrarse primero, en los años ochenta, en círculos de extrema izquierda y más tarde en comunidades islámicas. Acabó, finalmente, introduciéndose en las filas de la inteligencia marroquí en España. Este es el relato, escrito en primera persona, de la vida de un supuesto pequeño empresario dedicado, en realidad, a convivir con radicales islamistas, viajar con predicadores de una rama minoritaria del islam, pernoctar en oratorios musulmanes y codearse con agentes de la inteligencia marroquí en España para reportar después al CNI el resultado de sus indagaciones. Su trepidante narración desvela cómo actúan en España los servicios secretos del país vecino y arroja nueva luz sobre cuál es la labor del contraespionaje español en territorio nacional y cómo los servicios de información españoles intentan controlar los focos de radicalización islamista.

ANÓNIMO

El agente oscuro

Memorias de un espía infiltrado por el CNI

Prólogo de
Ignacio Cembrero

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2019

ISBN: 978-84-17747-79-4

A todos los hombres y mujeres que por cuenta
de estados democráticos realizan el solitario e ingrato
trabajo de obtención de información para la inteligencia.
A sus familias –y a la mía–, que padecen
las consecuencias de tan secreto oficio.

Prólogo

El imán Abdelouahab, que ejercía en una mezquita de El Ejido, fue expulsado de España a finales de 2018 «por proferir mensajes radicales» en el templo y también ante grupos restringidos con los que se reunía. Era el quinto clérigo musulmán que el Ministerio del Interior ordenaba deportar a su país a lo largo de ese año. En la escueta información que proporcionó señaló que había sido investigado por la Policía Nacional en colaboración con el Centro Nacional de Inteligencia (CNI), el principal servicio secreto español. Con sus 3.500 hombres, se encarga no sólo del espionaje exterior, sino que también desempeña tareas internas de inteligencia. Ese doble cometido es una excepción en Europa.

Algunas de las expulsiones de líderes islámicos extremistas, como ésta, siguen los cauces legales, pero otras, sobre todo las de aquéllos que no tienen papeles, son más expeditivas. Se les advierte, a veces con amenazas veladas, de que deben marcharse, y, si se resisten, acaban siendo introducidos en un coche que les traslada al aeropuerto. Si son marroquíes se les coloca en las fronteras terrestres de Ceuta y de Melilla.

Detrás de estas expulsiones hay hombres como el autor de este libro que se infiltran en las comunidades islámicas, logran incluso ser invitados a reuniones restringidas y toman nota de y graban lo que allí se dice. Después lo interpretan y lo contextualizan para trasladarlo a sus enlaces en la inteligencia española. También fotografían con cámaras ocultas en bolígrafos o en botones los rostros de los asistentes, sobre todo de los que vienen de fuera, para averiguar la identidad de aquél que ha sido, por ejemplo, presentado como Mohamed, *El argelino*. Se esfuerzan en detectar

quiénes son los llamados «agentes radicalizadores» que pueden convertir a un chaval en un yihadista. Más difícil aún, tratan también de indagar el origen y la finalidad del dinero, con frecuencia procedente del Golfo, que un peregrino ha traído de regreso de un viaje en un talón o, a veces, en una maleta repleta de fajos de billetes.

La información que el infiltrado facilita queda en última instancia reflejada en informes, como aquel que el director del CNI, Félix Sanz Roldán (Cuenca, 1945), envió el 16 de mayo de 2011 a tres ministros y que desvelé poco después en el diario *El País*. «La financiación del islamismo en España» era el título del documento en el que el general que dirige la inteligencia española describe, por ejemplo, la «generosidad» de las ayudas que reparte la Liga del Mundo Islámico, una asociación saudí que sustenta tres de las principales mezquitas de España, empezando por la que en Madrid está al borde de la M-30.

El autor de este libro no es un funcionario del Estado adscrito al CNI, sino que formó parte de esa legión de confidentes o colaboradores asiduos remunerados en negro con cargo a los fondos reservados. Se dedican a vigilar de cerca a los más piadosos de los jóvenes musulmanes, aquellos susceptibles de radicalizarse, como también hay otros informadores diseminados entre los grupos de extrema derecha o entre los más drásticos de los secesionistas catalanes. Hasta la fecha sólo un par de excolaboradores del CNI, David R. Vidal y Mikel Lejarza, habían escrito sus memorias, con la ayuda de dos periodistas, desvelando su identidad o, en el caso del vasco que se introdujo en ETA, la que utilizó durante unos años. El que ha escrito este libro es el tercero que da el paso, aunque ha preferido permanecer en el anonimato y proteger su identidad hasta el punto de omitir fechas y cambiar los lugares donde se desarrolla la acción. Aun así doy por seguro que sólo cuenta una mínima parte de lo que ha vivido como infiltrado. También ha maquillado su verdadera profesión, aquella que ejercía a ratos en paralelo a su labor de espía y que figuraba en sus tarjetas de visita.

Desde que decidió escribir *El agente oscuro* ha multiplicado las precauciones para que su relación con este prologuista fuera aún más

discreta, que pasara inadvertida a ojos de la agencia de inteligencia para la que trabajó durante más de una década. A veces le creo sincero cuando me explica las medidas a seguir para no ser detectados, pero en otros momentos pongo en duda sus palabras. El libro es muy benévolo con el CNI, cuyos agentes no sólo son eficaces a la hora de velar por la seguridad, sino que además tienen rostro humano hasta el punto de presentarse en el funeral de la madre del autor para darle un abrazo.

¿Habrá autorizado el Centro su publicación para reparar su imagen dañada ante la opinión pública por no haber localizado las urnas que sirvieron para el referéndum independentista del 1 de octubre de 2017 en Cataluña y la posterior huida a Bruselas, a finales de ese mes, del *president* de la Generalitat Carles Puigdemont? No lo creo, porque el autor de *El agente oscuro* hace una descripción muy dura de la Dirección General de Estudios y Documentación (DGED), el servicio secreto exterior marroquí, que perjudicará su relación con el CNI. Sanz Roldán viaja con cierta frecuencia a Rabat para entrevistarse con su homólogo Yassin Mansouri (Boujad, 1962).

A lo largo de estas páginas, el autor relata tres etapas de su vida de confidente. Le conocí durante la segunda, cuando pasaba las noches en las mezquitas escuchando charlas teológicas soporíferas y peregrinaba con sus correligionarios del Tabligh (Sociedad de difusión de la fe), una rama minoritaria del islam que trata de abrirse camino en España para propagar su doctrina. Fingía ser un converso, lo que quizás en algunas otras religiones, como el judaísmo, suscitaría recelos, pero los musulmanes acogen con los brazos abiertos a los que se incorporan a la *umma* (comunidad de creyentes) y les otorgan incluso cierto protagonismo. Doy fe de que, pese a que era un recién llegado, su conocimiento del islam superaba al de muchos de los que han nacido musulmanes. Además del relato de un infiltrado, el texto es también una pequeña iniciación al islam que se practica en España.

De su primera etapa de topo en las filas de la ultraizquierda de una gran ciudad española, en la que estableció su primer contacto con el Centro Superior de Información de la Defensa (CESID), el antecesor del CNI, lo

desconozco casi todo. De su última etapa, por orden cronológico, en la que el autor logró trabar relaciones con la DGED marroquí, sí he entrevisto algo más. Es la que aporta mayor número de datos inéditos, porque hasta ahora nadie había contado el día a día del servicio secreto de Marruecos en España. Como los demás capítulos, tiene un ritmo trepidante que se asemeja más al de una novela de espionaje que al de unas memorias. Pasar de los fieles musulmanes agolpados ante el mimbar (púlpito) de la mezquita a dedicarse al espionaje marroquí tiene cierta lógica. Entre los devotos arrodillados hay, seguro, algunos soplones de la DGED.

Entre las prioridades de la inteligencia marroquí fuera de sus fronteras figura obviamente la detección de elementos radicales que pueden ser tentados por el yihadismo; el seguimiento y contención de la oposición islamista no violenta al régimen, principalmente el movimiento Justicia y Caridad; todo aquello que se mueve en la órbita del Frente Polisario, que reivindica la independencia del Sáhara Occidental en manos de Marruecos. Desde hace un par de años también pone el foco en la vigilancia de los activistas rifeños, muchos de los cuales se han exiliado en Europa tras la represión que, a partir de mayo de 2017, acalló la rebelión de esa región.

Mansouri se ha jactado públicamente, por ejemplo en octubre de 2014, de haber contribuido con su ayuda a abortar atentados yihadistas en Estados Unidos, Francia, Bélgica y España, además de brindar a los europeos un valioso apoyo en la lucha antiterrorista en el Sahel. Los gobernantes europeos han ensalzado con frecuencia la cooperación marroquí, pero nunca han reconocido que fuera determinante para impedir un zarpazo concreto de los yihadistas. Sólo la ministra española de Justicia, Dolores Delgado, llegó a reconocer, en octubre de 2018, que gracias a ella «se han evitado atentados que se pretendían cometer en Cataluña».

En dos ocasiones al menos, la DGED sí manejó informaciones relevantes, pero no con relación a España. En la primera proporcionó la pista que condujo a Abdelhamid Abaaoud, organizador de la serie de atentados que ensangrentó París en el otoño de 2015 y que fue abatido por la Policía francesa el 18 de noviembre de ese año. El ministro francés del Interior, Bernard Cazeneuve, lo reconoció con medias palabras y la prensa

parisina añadió unas cuantas precisiones. La inteligencia marroquí también pisó los talones de Anis Amri, el terrorista tunecino que perpetró el atropello de los clientes de un mercado navideño en Berlín el 19 de diciembre de 2016. Así lo revelan algunos documentos de la Oficina Federal de Investigación Criminal alemana (BKA) desvelados en marzo de 2019 por la agencia de prensa alemana DPA.

Sin embargo, ni las policías españolas ni la inteligencia marroquí detectaron a tiempo la preparación de los atropellos de Barcelona y Cambrils del 17 de agosto de 2017 que causaron diecisiete muertos. Once de sus doce autores eran marroquíes, como cerca del 70% de los que han asestado golpes terroristas en Europa en la última década. Para responder a aquéllos que vinculaban el origen de estos jóvenes con la propensión a la violencia terrorista, la DGED y los ministerios marroquíes de Asuntos Exteriores y de Asuntos Islámicos elaboraron entonces conjuntamente un argumentario para que sus funcionarios pudieran dar la réplica a los que les criticaban. «[...] varios medios de comunicación tratan de anteponer el origen y la nacionalidad marroquíes de los implicados, en vez de profundizar en las causas de esta deriva extremista, más bien consecuencia de la ruptura entre una franja de emigrantes y sus sociedades de acogida», rezaba el texto. En definitiva, si los integrantes de la célula de Ripoll (Gerona) cayeron en el yihadismo la responsabilidad incumbía en parte al país en el que habían crecido, según aquel sorprendente argumentario interno que el Consulado de Marruecos en Algeciras hizo público por error.

«Para luchar contra ETA en Francia nosotros enviamos allí a guardias civiles, que conocían mejor al enemigo que las fuerzas de seguridad francesas porque los etarras habían salido de nuestras entrañas», explicaba un comisario español que durante años se dedicó a la lucha antiterrorista. «Con los marroquíes pasa algo parecido: los hombres de la DGED, y también de la Policía, conocen mejor que nosotros a los yihadistas porque son las flores del mal que han crecido en su jardín y cuya semilla se propaga hasta Europa. Por eso les necesitamos», aseguraba. Cerca de la mitad (49,6%) de los yihadistas detenidos o fallecidos en España entre 2012 y 2017 había nacido en Marruecos, según el último trabajo, *Yihadismo y*

yihadistas en España, publicado en marzo de 2019 por los investigadores Fernando Reinares y Carola García-Calvo del Real Instituto Elcano. Entre los que son españoles (36,4%), una buena proporción nació en España, en el seno de familias marroquíes, y otros muchos son ceutíes y melillenses que viven a caballo entre sus ciudades y Marruecos.

De ahí la importancia de la colaboración que prestan Mansouri y sus hombres y también Abdelatif Hammouchi (Taza, 1966), el máximo responsable de la Dirección General de Supervisión del Territorio (DGST), la Policía secreta marroquí. La brindan por separado, porque se coordinan poco entre ellos. La Constitución marroquí de 2011 preveía la creación de un Consejo Superior Nacional de Seguridad presidido por el rey, pero nunca se llegó a reunir. Hammouchi, con sus 8.000 agentes, y Mansouri, con sus 4.000, unas cifras proporcionadas por la prensa e imposibles de comprobar, no parecen deseosos de compartir sus informaciones. En origen Mansouri ejercía mayor influencia sobre el monarca. No en balde compartió pupitre con él en el Colegio Real. Pero, con el tiempo, Hammouchi ha logrado ganarse la confianza de Mohamed VI hasta convertirse en la práctica en el máximo responsable de la seguridad, con más poder que el titular del Ministerio del Interior.

Sin embargo, la mano que echa Rabat a sus socios europeos tiene un precio. La cooperación marroquí en la lucha contra el terrorismo y la inmigración irregular, y también, en mucha menor medida, contra el tráfico de drogas –Marruecos es el principal productor y exportador de hachís del mundo– son las herramientas que utiliza el Makhzen, es decir el entorno del rey, para obtener contrapartidas de España, Francia y de Europa en general. «[…] los anuncios reiterados sobre los éxitos marroquíes en materia antiterrorista son en realidad señuelos destinados a engañar a los estados europeos con el objetivo de perpetuar esa práctica rentista» de la que se beneficia Marruecos, escribe en su blog Khalil Zeguendi, un activista marroquí residente en Bruselas. Cuando el vecino europeo comete algún desliz que disgusta, Rabat no tarda en sancionarlo.

El intento de la Policía Judicial francesa de llevar a Hammouchi, el 20 de febrero de 2014, ante una jueza instructora parisina que quería

interrogarle sobre las denuncias por tortura que dos marroquíes y un saharaui residentes en Francia habían formulado contra él suscitó una airada reacción marroquí. Rabat anunció públicamente que interrumpía la colaboración judicial con París, pero bajo cuerda tomó también otras represalias más graves: cortó la cooperación en materia de seguridad. Cuando entre el 7 y el 9 de enero de 2015 se produjo en París el doble atentado contra el semanario satírico *Charlie Hebdo* y el supermercado *kosher*, con un saldo de 17 víctimas mortales, el exministro del Interior francés, Charles Pasqua, deploró esa suspensión. Sin embargo, en ninguno de esos dos golpes terroristas participaron marroquíes que sí irrumpirían con fuerza en noviembre de ese mismo año protagonizando la matanza de la sala de fiesta Bataclan y otros ametrallamientos en los barrios del este de París que se saldaron con 130 muertos.

Cuando los servicios de inteligencia franceses y marroquíes dejaron de tener contactos durante más de once meses (del 20 de febrero de 2014 al 31 de enero de 2015), el CNI y el Cuerpo Nacional de Policía (CNP) sirvieron a veces de enlace para hacer llegar a París informaciones relevantes suministradas por Rabat. Pero los españoles también fueron castigados con la supresión temporal de la cooperación en materia de seguridad. Así se lo comunicó el ministro del Interior marroquí, Mohamed Hasad, al secretario de Estado de Seguridad español, Francisco Martínez, poco después de que el 7 de agosto de 2014 la Guardia Civil diera el alto por error, en aguas de Ceuta, a la lujosa lancha de recreo en la que navegaba el rey Mohamed VI rumbo a Tánger, según fuentes conocedoras de aquel incidente. Después, el 11 y el 12 de agosto, Rabat se vengó también de aquella interceptación relajando el control de sus costas septentrionales. En esos dos días llegaron a las costas andaluzas unos 1.400 «sin papeles».

El Ministerio del Interior se disculpó por aquella metedura de pata del Instituto Armado. El jefe de gabinete del ministro, Javier Conde, y el teniente general de la Guardia Civil Pablo Martínez Alonso, que estaba entonces al frente del Mando de Operaciones, viajaron enseguida a Rabat. Allí entregaron un exhaustivo informe entonando un *mea culpa* y anunciando la destitución del jefe de la Comandancia de Ceuta, el teniente

coronel Andrés López García. El 15 de agosto fue enviado a Sevilla. El propio Jorge Fernández Díaz se trasladó a Tetuán, el 27 de agosto de 2014, para excusarse por tercera vez. Sólo entonces Hasad le levantó el castigo. La cooperación quedaba restablecida y en el avión de regreso el ministro español pudo por fin respirar aliviado. No sólo la información fluía de nuevo, sino que se reanudaban las operaciones antiterroristas conjuntas en las que un comisario español se ha trasladado a veces a Marruecos para ver de cerca cómo trabaja allí la Policía.

Si en esta ocasión el Makhzen marroquí se conformó con las disculpas del Gobierno de España, con Francia fue más exigente. Para que la relación judicial y en materia de seguridad volviera a su cauce reclamó nada menos que la modificación del convenio de cooperación vigente entre las administraciones de Justicia. Lo consiguió y la Asamblea Nacional francesa aprobó, en junio de 2015, una adenda que en la práctica impide que prosperen en Francia denuncias como las formuladas contra Hammouchi. Para acabar de reparar la afrenta, el presidente François Hollande condecoró a Hammouchi con la medalla de oficial de la Legión de Honor. No le fue impuesta en el Elíseo, donde el jefe policial hubiese estado al alcance de los fotógrafos de prensa, sino en un salón de la Embajada de Francia en Rabat. España se anticipó unos meses a Hollande, otorgando a Hammouchi, en octubre de 2014, la Cruz honorífica al Mérito Policial con distintivo rojo, la más alta condecoración del Estado para los agentes de cuerpos y fuerzas de seguridad. El «ejemplar trabajo» conjunto hispano-marroquí fue, según el Ministerio del Interior, el motivo de tal distinción, aunque a veces se produzcan interrupciones, no deseadas por España, como la del verano de 2014.

Esta necesidad de contar con la colaboración marroquí, especialmente respecto a Ceuta y Melilla en el caso de España, explica los miramientos de los gobiernos de Madrid y París, cualquiera que sea su color político, con el vecino del sur. Francia y España son las dos antiguas potencias coloniales y las más interesadas en evitar todo aquello que pueda poner en aprietos a la monarquía alauita y, en definitiva, desestabilizar a Marruecos. En Alemania, Países Bajos o Bélgica son menos prolijos a la hora de colgar

medallas en la pechera. Además, un puñado de agentes marroquíes con cobertura diplomática han sido expulsados de esos países y otros espías de la DGED sin inmunidad fueron detenidos e incluso han acabado sentándose en el banquillo.

Aunque donde más juicios se han celebrado es en Alemania, quizás el caso más llamativo sea el de Redouane Lemhaouli. Este policía holandés de origen marroquí fue procesado en 2008 por proporcionar información extraída de las bases de datos del Ministerio del Interior a un par de «diplomáticos» marroquíes en La Haya que le habían reclutado. Lemhaouli llegó incluso a codearse con la entonces princesa Máxima en un acto en Róterdam al que asistieron 57 jóvenes inmigrantes que él ayudó a formar para que pudieran trabajar como personal de tierra en aeropuertos. Aunque fue expulsado del cuerpo, le cayó una condena leve (240 horas de trabajos sociales). Es «un asunto muy sucio», declaró en septiembre de 2008 el ministro de Asuntos Exteriores, Maxime Verhagen, ante el Parlamento en La Haya. Las quejas de su Gobierno obligaron a Rabat a repatriar a los dos «diplomáticos».

Hasta hace poco el espionaje en Marruecos era cosa de hombres, pero en 2018 irrumpió la primera mujer marroquí. El 29 de mayo de ese año varios policías de paisano detuvieron a Kaoutar Fal (Casablanca, 1986) en el aeropuerto de Charleroi (Bélgica) cuando regresaba de una estancia en Marruecos. «La interesada es conocida por […] sus actividades de injerencia y de espionaje por cuenta de servicios de inteligencia extranjeros», señalaba un comunicado de la Seguridad del Estado belga, que efectúa labores de contraespionaje, para justificar su detención y su ingreso en Caracole, un centro de internamiento de extranjeros en trámite de expulsión. «Kaoutar Fal y sus organizaciones están implicadas en actividades de injerencia por cuenta de Marruecos», proseguía el texto apuntando con nitidez al empleador de la agente. Describía incluso como «agresivo» al servicio de inteligencia que la había contratado.

Como Bélgica es un Estado garantista y Fal dispuso de un buen abogado, cuya minuta sufragaba un rabino de Amberes, Moshe Friedman, la Seguridad del Estado tardó nada menos que 42 días en expulsarla. El

contraespionaje belga no facilitó más detalles sobre las tareas que ésta atractiva mujer llevó a cabo por cuenta de la DGED. Más allá de seducir al rabino, que inundaba las redes sociales de elogios a su persona, el rastreo de su estancia en Bruselas muestra que fundó una Organización Internacional de Medios de Comunicación Africanos, que incumplía los mínimos requisitos legales belgas para poder registrarse como asociación sin ánimo de lucro. Le sirvió de herramienta para, junto con el apoyo de algunos eurodiputados, desarrollar actividades de lobby. La de más alcance fue, en noviembre de 2017, una conferencia en la sede del Parlamento Europeo dedicada a ensalzar los esfuerzos de Rabat para desarrollar el «Sáhara marroquí».

Esa misma labor de lobby es la que desempeña, por ejemplo, en España José María Gil Garre (Cartagena, 1966), ahora como codirector del Observatorio Internacional de Seguridad y antes del Instituto de Seguridad Global. El primero no ofrecía en su web, a principios de la primavera de 2019, ni un solo estudio sobre el fenómeno terrorista; en el segundo, con sede en Londres, nadie contestaba al teléfono. Gil Garre sí ha publicado libros (*Lo que el Frente Polisario esconde*; *Polisario: Historia de un frente contra los derechos humanos*) dedicados a ensalzar el papel de Marruecos y a denostar a sus adversarios independentistas saharauis a los que trata de vincular con la organización terrorista Al Qaeda. Cada año, en septiembre, pide vacaciones en el servicio de Protección Civil del Ayuntamiento de San Javier (Murcia), un empleo que compagina con su mandato de concejal socialista en el vecino pueblo de Los Alcázares, para viajar a Nueva York. Allí defiende con ahínco ante la IV Comisión de Naciones Unidas la «marroquinidad» de la antigua colonia española del Sáhara Occidental. La lista de los «peticionarios», como se llama a los oradores en ese foro, que se alinean con las tesis de Rabat se compone de personas elegidas por los ministerios marroquíes de Asuntos Exteriores e Interior y por la DGED. Este servicio secreto es el que designa a Gil Garre para ir a Nueva York, según uno de los documentos oficiales marroquíes revelados a través de Twitter en 2014 y nunca desmentidos por las autoridades de Rabat. Gil Garre sí afirmó a través de Twitter que él no era peticionario de la DGED, pero no explicó

por qué su nombre figuraba en quinto lugar en la lista secreta que salió a la luz ni quién le designó para intervenir ante la IV Comisión. De todos los lobistas es quizás el más conocido en España porque organiza conferencias sobre terrorismo e interviene en varias televisiones para comentar los atentados yihadistas.

Que un ministro critique a las autoridades marroquíes, que un agente de la DGED se siente en el banquillo o que un escrito del CNI mencione a Marruecos es inimaginable en España. No sólo nadie ha sido juzgado por espiar para Marruecos –sí lo fue en julio de 2010 un imán, Amín Belfakir, reclutado como confidente del CNI en El Algar (Murcia), que resultó ser pederasta–, sino que desde la Transición únicamente ha trascendido la expulsión de un colaborador en España del servicio secreto marroquí. En sentido contrario, al menos tres agentes del CNI destinados en Tetuán y Nador tuvieron que abandonar Marruecos apresuradamente. El general Sanz Roldán solicitó, en mayo de 2013, la expulsión de Noureddine Ziani (Uchda, 1966), al que acusó en un escrito de haber «favorecido [desde 2000] los objetivos de un servicio de inteligencia extranjero en territorio español en contra de la seguridad del Estado».

Ziani, que había fundado en Barcelona la Unión de Centros Culturales Islámicos de Cataluña, acabó alojando su asociación religiosa en la sede de la fundación Nous Catalans, presidida por Artur Mas y creada por Convergència Democràtica de Catalunya para atraer a los inmigrantes al independentismo. Recorrió con Àngel Colom, director de la fundación, unas cuantas mezquitas de Barcelona durante la campaña de las elecciones autonómicas de noviembre de 2012. Juntos predicaban ante los inmigrantes las virtudes de un *«Estat propi»* catalán que sería más respetuoso con los musulmanes que el Estado español. Quizás fue esa vinculación con el nacionalismo catalán la que colmó la paciencia del director del CNI con ese «colaborador muy relevante de un servicio de inteligencia extranjero», como le describe.

En su escrito, que es público, Sanz Roldán expresa una de sus preocupaciones recurrentes con relación a Marruecos, al que alude sin nombrarlo. Sostiene que el país vecino «ha diseñado [una estrategia] para

disponer de una herramienta que le proporcione capacidad de influencia y de presión cuando lo estime conveniente sobre la administración española perturbando la política exterior de España».

Es posible que el general tuviera en mente la embestida de la Federación Española de Entidades Religiosas Islámicas (FEERI), antaño controlada por los hombres afines a la DGED, contra la activista saharaui Aminatou Haidar (El Aaiún, 1967) cuando estaba en huelga de hambre en Lanzarote, en diciembre de 2009. Su protesta, afirmó la FEERI en un comunicado, «se sitúa en el marco de un complot orquestado por las autoridades argelinas y otros sectores hostiles a Marruecos». Una de las dos grandes ramas del islam en España tomaba abiertamente partido a favor de la «marroquinidad» del Sáhara. O quizás el director del Centro se refería al traslado a Granada, en autobuses fletados por los hombres de la DGED, en marzo de 2010, de cientos de marroquíes residentes en España. Allí se celebró entonces la primera cumbre entre la Unión Europea y Marruecos. El objetivo de Noureddine Ziani, el que más autobuses contrató, y de los demás agentes era contrarrestar con sus inmigrantes el impacto de las manifestaciones de saharauis independentistas y que, además, los líderes europeos vieran con sus propios ojos la adhesión de la inmigración marroquí al rey Mohamed VI, cuyos retratos exhibía la multitud.

En Francia, el único caso conocido que ha puesto públicamente en apuros a un agente marroquí en los últimos años fue revelado gracias a una exclusiva periodística del diario *Libération*, en septiembre de 2017. Charles D., que estaba al frente de la «unidad de información» de la Policía del Aire y Fronteras francesa (PAF) en el aeropuerto parisino de Orly, entregó hasta doscientos informes de personas sospechosas a Driss D., director de la antena local de una empresa privada de seguridad que operaba en el recinto aeroportuario. Éste había sido a su vez reclutado por un agente de la DGED. Al capitán de la Policía francesa le pagaban con lujosos viajes a Marruecos y a otros lugares. «[…] Marruecos ha espiado a Francia en la más absoluta ilegalidad», publicó *Libération*. El propio Moulay Hicham, el primo díscolo de Mohamed VI, fue objeto de seguimientos callejeros en París, en marzo de 2014, cuando preparaba el lanzamiento de su libro. Alain Kada,

responsable de la seguridad del hotel Barrière Le Fouquet's, en el que se alojaba, detectó esos movimientos sospechosos y llamó a la Policía. Ésta identificó a tres individuos que aseguraron ser *paparazzi*, pero sin poder explicar muy bien para qué medio trabajaban.

En su informe de 2011 sobre la financiación del islamismo, que sí era secreto, Sanz Roldán iba más lejos que en el escrito destinado a echar a Ziani de España. El general sostenía que Marruecos había puesto a punto en España «una estrategia de gran magnitud». «Diseñada y desarrollada por el régimen, su objetivo es extender su influencia e incrementar el control sobre las colonias marroquíes utilizando la excusa de la religión», recalcaba. Resaltaba así esa vinculación entre el espionaje marroquí y el Ministerio de Asuntos Islámicos, que dirige Ahmed Toufiq (Marigh, 1943), descrito como el ideólogo del islam malekita que se practica en Marruecos. Trabajan codo con codo.

Esa estrecha relación entre el Ministerio de Asuntos Islámicos y la DGED, conocida desde hace décadas por los servicios de inteligencia europeos, quedó públicamente puesta de manifiesto en noviembre de 2008 cuando Ahmed Toufiq invitó a Marrakech a unos 160 influyentes imanes marroquíes residentes en España e Italia. El más destacado de los oradores que les arengó no fue el ministro anfitrión, sino el director de la DGED. Les instó, entre otras cosas, a garantizar la «protección espiritual» de los inmigrantes marroquíes en Europa o, en otras palabras, a preservar el vínculo religioso y casi jerárquico con su país de origen. «Mansouri, de director del servicio secreto a predicador», ironizó entonces el semanario *Al Ayam* de Casablanca. De esas jornadas Mansouri extrajo una lección: si tenía que volver a tratar con clérigos musulmanes procedentes de Europa lo haría con más discreción.

Si el jefe de los espías marroquíes es desde entonces cauteloso, otros lo han sido menos. Noureddine Ziani no disimula que, después de haber estado trece años a las órdenes de la DGED en Barcelona, como asegura Sanz Roldán, ahora ocupa un cargo en el Ministerio de Asuntos Islámicos en Rabat. Desde ese ministerio se subvencionan las actividades de decenas de mezquitas y asociaciones islámicas en Europa, pero la luz verde a cada

ayuda la otorga un departamento especializado de la DGED, según fuentes conocedoras de ese servicio secreto. Ese departamento es también el que, en última instancia, da el visto bueno a la lista de esos cuatrocientos imanes que Marruecos envía cada año en Ramadán a Europa y Canadá. Aprovecha así la espiritualidad del mes de ayuno de los musulmanes para reforzar los lazos de sus emigrantes con su país de origen. Medio centenar de predicadores viajaron con ese motivo a España en 2018.

En un inesperado ejercicio de transparencia el Ministerio de Asuntos Islámicos reconoció, a finales de 2018, que financia a 34 de las 42 mezquitas de Ceuta y 17 en Melilla, es decir, todas excepto una. En su nómina tiene además a 95 imanes, predicadores y almuédanos de Ceuta y a 58 de Melilla. Sus sueldos son modestos. A los imanes les abona 600 euros al mes y a los predicadores, que cada viernes se desplazan desde Tetuán o Nador a las ciudades autónomas, unos 300. Esos emolumentos se complementan con las aportaciones de los fieles, que redondean hasta los mil euros la paga que cobra el imán.

En otro alarde de sinceridad, Ahmed Toufiq desveló más datos en una entrevista con la agencia de prensa EFE. Confesó que al presupuesto dedicado a Ceuta y Melilla hay que añadir 1,7 millones de euros que su ministerio se gastó en 2017 en sufragar mezquitas y asociaciones islámicas en Cataluña y Madrid. «No existe ningún programa político detrás» de estas ayudas, aseguró el ministro, aunque sus beneficiarios son siempre entidades religiosas afines al Makhzen.

No es ésa la opinión de los responsables de la Federación Española de Entidades Religiosas Islámicas, que desde 2012 dejó de estar en manos de los hombres de la DGED y se sitúa más bien en la órbita contraria de Justicia y Caridad, el gran movimiento islamista pacífico marroquí enfrentado a la monarquía alauita. Los responsables de la FEERI coinciden en sus comentarios con los análisis de Sanz Roldán. Francisco Jiménez, un converso que ejerce de secretario de la FEERI, denuncia con ahínco las «constantes interferencias» marroquíes en la vida religiosa de los musulmanes en España. «Marruecos se comporta como si España fuera su territorio», declaraba a finales de 2018 a EFE.

Abundan los ejemplos de esas interferencias. Lamkaddem Ridal, imán de la mezquita de Cabrerizas en Melilla, envió el 2 de julio de 2018 un escrito solicitando «dejar sin efecto las inscripciones en el Registro Estatal de Ministros de Culto del Ministerio de Justicia». Sin embargo, unos días antes se había apuntado en el registro junto con otros diez clérigos musulmanes de la ciudad. Su inscripción respondía a una solicitud del Ministerio de Justicia que, en octubre de 2017, animó a registrarse a imanes, sacerdotes, rabinos, pastores, etcétera. La iniciativa no gustó a la DGED ni al Ministerio de Asuntos Islámicos porque ahondaba el vínculo de los imanes con el Estado español. «[…] ha generado cierta preocupación en la delegación de Asuntos Islámicos […], lo que ha motivado que los imanes de nuestra ciudad hayan recibido instrucciones [de Marruecos] para que renuncien a su anotación en el registro», reconoció públicamente Mohamed Ahmed Moh, miembro de la Comisión Islámica de Melilla. Desde Nador, la ciudad marroquí colindante con Melilla, les llamaron a rebato para que se retractaran, y los agentes de la DGED visitaron a los más reacios para acabar de convencerles. Todos se dieron finalmente de baja en el registro mediante unos escritos redactados en términos idénticos.

Las actividades de la DGED en España no se circunscriben al ámbito religioso ni a la vigilancia de activistas rifeños y saharauis. También afectan a españoles a los que el Makhzen considera «antimarroquíes». El expresidente José María Aznar fue uno de sus objetivos, quizás para vengarse de la afrenta que hizo a Mohamed VI al desalojar por la fuerza, en julio de 2002, al puñado de uniformados marroquíes que se habían adueñado del islote de Perejil. «Rachida Dati encinta… de Aznar», fue el titular de la portada del semanario marroquí *L'Observateur du Maroc* en el que, en septiembre de 2008, un fotomontaje colocaba juntos a la ministra de Justicia francesa con el exjefe del Gobierno español. El extinto semanario español *Interviú* publicaba casi al mismo tiempo unas fotos tomadas por un *paparazzi* en las que Aznar se despedía de Dati a las puertas del restaurante Café de l'Esplanade en París. Se daban un casto beso en la mejilla con el que supuestamente se avalaba el rumor propagado por *L'Observateur du Maroc* que atribuía a Aznar la paternidad de la hija de la ministra.

Aznar desmintió la información en un comunicado y se querelló contra Ahmed Charai, el director del semanario, al que la Audiencia Provincial de Madrid condenó en 2011 a abonarle 90.000 euros «por daños morales» además de publicar la sentencia en varios periódicos. Era una cantidad ingente para un medio de comunicación marroquí, pero aun así Aznar no tardó en cobrarla. Otra sentencia, de un tribunal de Versalles (Francia), determinó por fin en 2014 que el padre de la pequeña Zohra, la hija que tuvo Dati en 2009, era Dominique Desseigne, un acaudalado hombre de negocios cuya fortuna ascendía entonces a 630 millones de euros, según el semanario francés *Challenges*.

Charai reapareció tres años después de su condena por la Audiencia Provincial cuando, desde una cuenta anónima en Twitter, empezaron a difundirse cientos de documentos oficiales marroquíes y de correos electrónicos. En algunos de ellos resultaba ser, además de un empresario de prensa, un colaborador de la DGED en constante contacto con Mourad el Ghoul, el jefe de gabinete de Mansouri. De la lectura de esa correspondencia se desprende que actuaba como intermediario entre la inteligencia marroquí y periodistas y *think-tanks* en Francia y Estados Unidos para que escribieran artículos o informes favorables respecto a Marruecos y dañinos con sus adversarios, empezando por Argelia y el Frente Polisario. A las remuneraciones en metálico de los periodistas, que oscilaban entre 11.750 y 47.000 euros anuales, se añadían invitaciones para disfrutar gratuitamente de unas vacaciones en Marruecos. Por haber viajado con una cantidad excesiva de dinero en metálico a Estados Unidos, probablemente para repartir y granjearse simpatías, Charai fue detenido en el aeropuerto de Dulles (Washington) en septiembre de 2011.

Tras hacerme eco en el diario *El Mundo* de esos cables filtrados a través de Twitter, Charai puso contra mí y contra el periódico una demanda por intromisión en su honor, pero, en noviembre de 2015, el Juzgado de Primera Instancia número 46 de Madrid la rechazó en términos contundentes. En contra de lo anunciado por sus abogados, el agente/empresario no recurrió el fallo. El auto resaltaba además que los hechos narrados en el artículo titulado «El "espía" de Marruecos que acusó

a José María Aznar de ser el padre de la exministra Rachida» son «de indudable interés para la opinión pública nacional española e incluso internacional».

Pese a la trayectoria turbia del hombre que difamó a Aznar desde su semanario y sus vínculos con la DGED, dos diarios madrileños de derechas siguen publicando a día de doy sus artículos de opinión, y el agente/empresario figura además en la dirección del International Crisis Group, un conocido *think-tank* anglosajón. Es más, Charai fue el único periodista marroquí al que el ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz, concedió una entrevista. En diciembre de 2014 se lo llevó a su casa en Madrid para hablar con más sosiego que en su despacho oficial.

El Ministerio de Asuntos Exteriores español entorpeció, a su manera, la preparación de mi defensa frente a Charai. Javier Conde, entonces cónsul general de España en París, se negó a firmar el acta de manifestaciones del periodista y escritor francés Jean-Pierre Tuquoi, autor de varios libros sobre Marruecos, cuya presencia como testigo en el juicio había solicitado, pero que no podía desplazarse a Madrid en esas fechas. Tuquoi redactó el acta en español, pagó las tasas correspondientes en el consulado, pero cuando entró en el despacho del cónsul se quedó atónito. Conde le espetó que se trataba de «un contencioso entre Cembrero y Marruecos» en el que él no intervendría. Rehusó firmar el acta pese a que, como fedatario público, no podía negarse. Aconsejó a Tuquoi que, si persistía en su empeño, se buscara un notario francés. Me quejé por carta al subsecretario del ministerio de la conculcación de mis derechos y de los del colega que aspiraba a ser declarante, pero éste respaldó plenamente a su subordinado. Sí se solidarizaron conmigo, dándome amparo, la junta directiva de la Asociación de la Prensa de Madrid y también Reporteros Sin Fronteras.

El bulo sobre Aznar que un hombre afín a la DGED propagó desde su semanario fue interpretado en su día por la inteligencia española como un pellizco de monja para vengarse con retraso de la humillación de Perejil. Ése no fue el único desquite de Mohamed VI. Desde el palacio real también se dieron «consignas firmes para excluir a las empresas españolas de los principales mercados y licitaciones, y sustituirlas por francesas y

norteamericanas e iniciar también una guerra diplomática y mediática contra España», reza una nota, redactada en octubre de 2002, de la Dirección General de Seguridad Exterior (DGSE), el servicio secreto francés. El informe se basa en conversaciones con fuentes marroquíes de primer orden como Taieb Fassi-Fihri, entonces viceministro de Asuntos Exteriores, y Ahmed el Harchi, que dirigía en aquel año la DGED marroquí. Lo recogen los periodistas Nicolas Beau y Catherine Graciet en su libro *Quand le Maroc sera islamiste* (Cuando Marruecos sea islamista, La Découverte, 2006).

¿Fue también el 11-M una venganza marroquí contra Aznar? El excomisario José Manuel Villarejo, encarcelado en Estremera, sostiene que el monarca alauí alentó el peor atentado perpetrado en Europa continental con un balance de 192 muertos. Lo afirma en los escritos remitidos en febrero y marzo de 2019 a la Audiencia Nacional. Precisa incluso que se fraguó, en parte, en el castillo de Betz que el monarca posee a 75 kilómetros al noreste de París. En el segundo de sus escritos, Villarejo afirma que yo estaba entre los periodistas con los que agentes del CNI contactaron a escondidas para revelarles quién «de verdad» estaba detrás de aquel golpe terrorista, y que por ello los espías filtradores fueron sancionados. Esa «verdad» apuntaba hacia Marruecos. Nadie contactó conmigo con tal propósito y menos desde las filas de la inteligencia española.

Aunque aún quedan flecos pendientes del 11-M, un ADN del piso de Leganés (Madrid) en el que se suicidaron los terroristas se sigue investigando. Fernando Reinares, investigador del Real Instituto Elcano, consultó todo tipo de fuentes, incluidas las más reservadas en Washington, para desmenuzar en su libro *¡Matadlos!* (Galaxia Gutenberg, 2014) la génesis de aquellos atentados: ésta no transcurre por Betz ni por Rabat, sino más bien por Karachi, a finales de 2001.

Si algo se le puede reprochar a las autoridades marroquíes es que, en aquellos años, la resaca «post-Perejil» les hacía arrastrar los pies a la hora de facilitar información de calidad a la Policía y al CNI. Mustafá Sahel, ministro del Interior marroquí, desmintió esa supuesta pereza en una entrevista en 2004: «Las informaciones que poseíamos sobre la presencia

de islamistas radicales en España han sido siempre comunicadas a nuestros homólogos españoles». Sea como fuere, tras la voladura de los trenes de cercanías del 11-M, Rabat mostró por activa y por pasiva su voluntad de cooperar con el vecino del norte en la lucha antiterrorista.

Un año después de que la demanda de Ahmed Charai contra *El Mundo* y contra mí fuese desestimada, publiqué mi libro *La España de Alá* (La Esfera de los Libros, 2016), sobre los musulmanes en España a principios del siglo XXI. Intenté presentarlo primero en la Casa Árabe en Madrid, pero esta institución, que depende del Ministerio de Asuntos Exteriores y que dirige un diplomático, contestó a la petición asegurando que ninguna de sus tres salas estaba disponible en los próximos meses. Fue también por aquellas fechas, en el verano de 2016, cuando uno de los más conocidos *think-tank* españoles, el Real Instituto Elcano, vinculado al Ministerio de Asuntos Exteriores, dejó de invitarme a los desayunos de trabajo y seminarios que organizaba sobre el Magreb, a los que llevaba años asistiendo. La Dirección General de Cooperación Jurídica Internacional del Ministerio de Justicia intervino, por su parte, en febrero de 2016, ante la Embajada estadounidense en Madrid para que me retirara de la lista de oradores de una conferencia que organizaba sobre libertad religiosa en Estados Unidos y España. Se suponía que soy «antimarroquí», y por eso debía de ser excluido. Rafael Catalá, el ministro de Justicia, no supo nada de esta gestión hasta que un familiar mío le puso al corriente, y fue entonces cuando dio instrucciones para que se me levantara el veto.

La benevolencia de la diplomacia española con la inteligencia marroquí quedó también puesta de manifiesto en febrero de 2015 cuando *El Mundo* reveló que Nadia Jalfi había intercambiado al menos 150 correos, entre 2008 y 2011, con el jefe de gabinete de Mansouri. Jalfi está casada con el diplomático Gustavo de Arístegui, que entonces, y hasta 2016, era embajador de España en Nueva Delhi. Anteriormente había sido portavoz del Partido Popular en la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados. Su mujer trabajaba en aquellos años para Mena Media Consulting, una agencia de comunicación en Rabat, desde la que, coordinándose con la DGED, ponía a punto actividades que contribuían a

demostrar «la soberanía histórica de Marruecos sobre el Sáhara», según indicaba ella misma en un correo.

Jalfi invitaba a medios de comunicación españoles a Marruecos, y algunos columnistas privilegiados tuvieron incluso la oportunidad de reunirse con Mansouri. Ante un interlocutor francés, Mourad el Ghoul la presentó como la «agregada de prensa», sin precisar de qué organismo, según revela uno de los correos. En cualquier país europeo el Ministerio de Exteriores habría dado una explicación, quizás abierto una investigación sobre esta anomalía, pero en España el ministro José Manuel García-Margallo optó por el silencio. Un par de periodistas indios me trasladaron su desconcierto ante el hecho de que la diplomacia española hubiera dado la callada por respuesta a las preguntas que le formularon.

Los desaires del Ministerio de Asuntos Exteriores con este periodista son minucias comparados con los golpes bajos que a veces intenta propinar el Makhzen. En 2001 dos altos cargos, Fouad Ali el Himma y Taieb Fassi-Fihri, hoy en día consejeros reales, me acusaron ante la prensa francófona marroquí de ser un agente del CNI, aunque en 2004 rectificaron: me invitaron a sus casas y, en enero de 2005, acabé incluso entrevistando al rey para las páginas de *El País*. La cobertura equilibrada que hice de la crisis de Perejil explica, probablemente, ese cambio de actitud. Pero a principios de esta década volvieron a las andadas: la prensa oficialista marroquí sostuvo esta vez que estaba a sueldo de Argelia y también a las órdenes de Moulay Hicham, apodado *El Príncipe Rojo*, porque está enfrentado con su primo, el rey Mohamed VI, con el que no se habla desde hace años.

Moulay Hicham viajó a Madrid a finales de enero de 2015 para presentar la edición española de su libro *Diario de un príncipe desterrado* (Península) y nos vimos un buen rato en su hotel, el Ritz, el 29 de enero. En Marruecos, algunos pensaron que había que aprovechar la ocasión para demostrar mi «sometimiento» al príncipe, pero se equivocaron de fecha y de lugar. El hombre con un aire eslavo que enviaron a fotografiarme se adelantó 24 horas y me pilló cenando en una cafetería casi vacía con un periodista marroquí de los más díscolos, pero no con el príncipe.

La DGED, que debió patrocinar aquella operación, decidió pese a todo sacar partido del material fotográfico recabado. Lo acabó publicando en el diario digital *Le 360*, el medio de comunicación más afín a palacio. Para que resultaran más convincentes mis estrechos vínculos con Moulay Hicham, encabezó el artículo con un fotomontaje en el que me colocó sentado a su lado, pero no en Madrid, sino en el bar del hotel Fouquet's Barrière de París. Algunos periodistas independientes marroquíes, como Ali Lmrabet, encarcelado durante ocho meses en su país, afirman que, a través de hombres de paja, el verdadero propietario de esa publicación digital es Mounir Majidi, secretario particular del monarca y administrador de su fortuna.

Este fue el último episodio de las adversidades provocadas por los servicios marroquíes. Antes, en 2014, padecí también unos cuantos traspiés en internet como la usurpación de mi identidad en Facebook, que se dejó engañar y cerró durante un día mi página y mi grupo (Magreb Orilla Sur), cuyos 10.000 seguidores son mayoritariamente marroquíes. Fue entonces cuando el suplantador abrió unas páginas a mi nombre hasta que la red social reaccionó y se las clausuró. También recibí amenazas de muerte formuladas desde un perfil anónimo. El suceso más sorprendente fue la imposibilidad de entrar en Facebook desde el ordenador que más utilizo, porque al intentar abrirlo la pantalla se me llenaba de jeroglíficos. Sí podía, sin embargo, entrar en esa red social desde cualquier otro dispositivo informático. Todo esto fue denunciado en su momento ante la Brigada de Investigación Tecnológica de la Policía.

Las actuaciones de la DGED han supuesto con frecuencia un incordio, pero en España han sido pacíficas. Sólo el exteniente Abdelilah Issou, exiliado en España, sostiene en su libro *Mémoires d'un soldat marocain* (Memorias de un soldado marroquí), publicado en París en 2014, que varios compatriotas suyos le tendieron una trampa en la puerta de su casa madrileña, el 12 de agosto de 2010, para secuestrarle. No lo lograron. Quedan también por aclarar las circunstancias del asesinato en Fuengirola, en agosto de 2004, de Hicham Mandari, un marroquí falsificador de

moneda por un monto muy elevado que trabajó para el rey Hassan II, pero que en los primeros años de este siglo intentaba extorsionar al palacio real.

En París, los hombres de mano de la DGED sí han recurrido recientemente a insultos, empujones, zarandeos y a un sabotaje para cortar el suministro eléctrico. Con esta violencia de baja intensidad lograron reventar, el 15 de febrero, la celebración de una charla/debate sobre la libertad de prensa organizada por la Asociación de defensa de los derechos humanos en Marruecos. «Redada parisina de los matones de Mohamed VI», titulaba el diario *L'Humanité*, que como toda la prensa de izquierdas achacaba a «los servicios marroquíes» aquel episodio bronco. Los perturbadores huyeron del lugar justo antes de que apareciera la Policía. La operación no deja de ser incomprensible porque la conferencia, que congregó poco público, hubiera pasado sin pena ni gloria, pero la irrupción de los saboteadores acabó suscitando el interés de la prensa parisina.

Esta vez, la Policía francesa llegó tarde, pero la DGSE, el espionaje francés, emplea a veces métodos contundentes para parar los pies a sus colegas marroquíes. Son actuaciones muy alejadas del leguaje melifluo que utilizan los políticos cuando hablan de Marruecos. Hasta que se instaló en Estados Unidos, donde ha solicitado asilo político, Mustafá Adib (Tarudant, 1968), un excapitán de la Fuerza Aérea marroquí, era el más célebre de los exiliados marroquíes en Francia, el que más daba que hablar por sus iniciativas originales para incordiar a las autoridades de su país a las puertas del castillo real de Betz o en el hospital militar parisino de Val-de-Grâce en el que se introdujo cuando estaba ingresado Abdelaziz Bennani, el más poderoso de los generales de Marruecos a cuyas órdenes estaba el Ejército desplegado en el Sáhara Occidental.

Mustafá Adib, que denunció un caso de corrupción en las Fuerzas Armadas marroquíes a finales del siglo pasado, confesó en febrero de 2019, en su página de Facebook, que durante los años que vivió en París fue reclutado por la inteligencia francesa para ayudarla a vigilar la actividad «ilegal» en Francia de los servicios secretos marroquíes. Curiosamente, esa colaboración incluyó en 2014 entrevistas en el canal de televisión público

internacional que emite en cuatro idiomas, France 24, en el que el exmilitar arremetía contra el régimen marroquí.

Estas revelaciones de Adib refuerzan la hipótesis de que la inteligencia francesa hizo pagar caro a sus homólogos marroquíes y, en general, al Makhzen el golpe bajo que, a través de *Le 360,* le asestaron el 24 de mayo de 2014. Hacía ya entonces tres meses que Rabat había cortado la cooperación con París en materia antiterrorista, cuando el diario digital marroquí más afín al palacio real desveló ese día el nombre de la representante oficial en Rabat de la DGSE francesa. Por razones de seguridad, Agnès Féline, como se llamaba la jefa de los espías, se vio obligada a salir apresuradamente de Marruecos.

Fue poco después de que Adib empezase a intervenir en programas de France 24 cuando, en octubre de 2014, se puso en marcha en Twitter el llamado Wikileaks marroquí con la difusión de esos documentos confidenciales comprometedores que tantos quebraderos de cabeza causaron a las autoridades marroquíes. Entre las víctimas de ese torrente de correos privados que salieron a la luz pública figuraba Ahmed Charai. No se sabe a ciencia cierta quién pirateó los servidores en los que se almacenaba todo ese material, pero la hipótesis más recurrente, esbozada por exespías jubilados y periodistas especializados, apunta a la DGSE francesa. En vísperas de la reconciliación franco-marroquí, en enero de 2015, el tuitero anónimo dejó de manifestarse. Algunos de los cables desvelados mostraban el interés de diplomáticos y agentes por las comunidades islámicas existentes en los países en los que estaban destinados.

Con su larga experiencia en el terreno, el autor de este libro sabe bien que, más allá de los discursos oficiales de los políticos que ensalzan la valiosa colaboración de Marruecos, hay también una realidad inquietante. La DGED y el Ministerio de Asuntos Islámicos se esfuerzan, desde luego, en prevenir la radicalización de los musulmanes en Europa, pero tratan ante todo, a través de la religión, de influir sobre una inmigración marroquí que manda muchas remesas a casa y que puede servir como instrumento de presión política sobre las autoridades del país de acogida. Aunque la

doctrina religiosa malekita, que rige en Marruecos, es bastante tolerante y está alejada del wahabismo que exporta Arabia Saudí, el empeño marroquí por moldear y hasta gobernar a sus ciudadanos más allá de sus fronteras obstaculiza la aparición de un islam independiente con los colores de Europa. Si llegara a surgir, sería el mejor antídoto de la radicalización y un magnífico cauce para la plena integración de los musulmanes en las sociedades europeas. Quedarían liberados de las tutelas de sus países de origen o de las que se imponen desde el Golfo a golpe de talonario. A la hora de ampliar una mezquita ya no tendrían que esperar los fondos que lleguen de Arabia y alrededores, y en Ceuta o Melilla los imanes podrían dirigir la oración de los viernes sin atenerse a las recomendaciones de Rabat.

IGNACIO CEMBRERO

1

No recuerdo en qué momento de mi vida me di cuenta de que ciertos episodios ocultos, en los que había participado directa o indirectamente, merecían ser contados o escritos; a partir de entonces fui poco a poco hilando el relato que sigue y construyendo, con el recuerdo preciso de quien tuvo que memorizar tal vez demasiados detalles, una zona necesariamente en sombra de la historia del espionaje contemporáneo institucional y de base de este complejo país que es España.

Tundra no fue mi auténtico alias; pero podía haberlo sido. Aun con esa licencia y otras que me he permitido con determinados nombres y lugares, es más que previsible que algunos responsables del viejo Centro Superior de Información de la Defensa (CESID) y los últimos controladores y enlaces que tuve en el moderno y pretencioso Centro Nacional de Inteligencia (CNI) me identifiquen plenamente. También asumo que me reconocerán algunos de quienes fueron mis objetivos durante esos años, claramente referidos y retratados en esta narración, y hasta algunos de los responsables de las organizaciones en las que trabajé infiltrado. Sólo admitiendo este necesario inconveniente y sopesando sus posibles consecuencias ha podido escribirse y publicarse el comprometido relato que sigue. Sin embargo, he tomado precauciones literarias cuando se trataba de ambientes más recientes de radicalismo y terrorismo de apellido islámico. En estos, sobre todo, y en algunos otros de los episodios que siguen, los nombres de ciertos protagonistas, las fechas exactas de los hechos y los escenarios espaciales han sido intencionadamente omitidos o alterados para camuflar la identidad del autor de la narración, de Tundra. Ello no afecta en absoluto a la esencia

de la historia, y el lector pronto entenderá que ese enmascaramiento era absolutamente imprescindible en algunos de los relatos.

Hoy tengo mi propio negocio de importación y venta en una ciudad española en la que nunca desarrollé labores de información para nadie. Ya no trabajo ni colaboro con ninguna agencia de inteligencia ni deseo volver a tener contacto alguno con ese mundo subterráneo. Llevo eso que se conoce como una vida discreta. Salvo mi esposa, ya al corriente de todo, el resto de mi familia y mis amigos continúan ignorando la realidad de mi vida laboral. Mi aspecto exterior tampoco tiene nada que ver con el que fue. Por todo eso creo que, aunque llegaran a conocerse mi nombre y apellidos, comunes ambos en nuestros censos, no le será fácil a nadie hacer averiguaciones sobre mi paradero y situación actuales.

Esta que sigue, le pese a quien le pese y lo niegue quien lo niegue, es la historia del trabajo de campo ordinario de un servicio de inteligencia secreto y eficaz como el español. Es la historia, en clave *reality show*, de Tundra, un informador reclutado por el Centro y convertido en agente oscuro, un peón al que se entrenó y formó para que pudiera infiltrarse a sueldo en ambientes grises, clandestinos o marginales.

En todo este tiempo he sabido de muchos hombres y mujeres de todas las edades que siguen trabajando a diario y arriesgando su estabilidad social y familiar, cuando no su salud y hasta sus vidas, para informar al Gobierno de España de todo aquello que puede suponer una amenaza para la seguridad, la paz, la economía de la nación, la defensa, la estabilidad política... De casi ninguno jamás se sabrá nada. A todos ellos y a su ingrato oficio está dedicado este relato.

Estas páginas narran la historia de Tundra, tal y como la he ido recordando: es la crónica del día a día de un espía atónito, perplejo ante la gravedad de muchas de las cosas que sucedían en su entorno y que nunca fueron del conocimiento de la opinión pública.

2

Las calles de Rabat amanecieron empapadas y gélidas después de dos días de intensa tormenta. Desde la ventana de la habitación 355 del hotel La Tour Hassan, sobre la avenida Chellah, se adivinaba ya un cielo espléndido y deslumbrante. La brisa atlántica arrastraba olores de pesquería y escollera: se colaban en la habitación junto a las bocinas impacientes de la mañana, el chirrido ronco de los tranvías nuevos y el rumor de una muchedumbre de peatones somnolientos que comenzaban a saturar las calles y los caminos al zoco. Aún era temprano. Me duché sin prisas en la bañera blasonada; me vestí ante el espejo con un traje gris de lana primaveral y enganché por detrás de la corbata de punto un diminuto micrófono de grabación con forma de lágrima plateada que aparentaba ser un simple auricular de botón, una clásica y antigua orejera. Me asomé después al pasillo largo a dar los buenos días en árabe a los agentes que protegían al político español; habían pasado la noche, supuestamente en vigilia, sobre un diván de terciopelo con cojines rojos frente a la puerta de su *suite* imperial.

Bajé solo al restaurante y elegí una mesa junto al patio para desayunar *rghaif* recién hechos, café expreso y zumo de auténticas naranjas del Lucus. Los aplicados jardineros se afanaban ya por desaguar a su ritmo los parterres de las palmeras, todavía anegados por las intensas lluvias de febrero. La fuente ornamental desprendía un olor a cloro y detergente que arruinaba el espectáculo gozoso de las hortensias y las alstroemerias.

Del murmullo en francés de los veladores vecinos y el tintineo de cubiertos de los turistas madrugadores surgió la voz pomposa del responsable de recepción y protocolo de la visita, Mustafá Alabí, un yebelí

muy alto y narigudo cuya calva verdosa le confería un aspecto completamente mórbido: «Los coches ya están esperándoles en la puerta del hotel», me anunció en francés. Puse cara de que me importaba mucho, me terminé rápido el riquísimo café, cogí mi maletín de piel y me encaminé hacia la puerta principal del establecimiento donde, en efecto, esperaba formada ya la caravana de vehículos de protocolo y policía. El político madrileño, al que me habían encomendado la misión de acompañar en su segunda visita oficial a Rabat, ya estaba siendo acomodado en el extraordinario Mercedes azul cobalto que le había asignado el Ministerio de Asuntos Exteriores de Marruecos. Ni él ni ninguno de los que le acompañaban sabían de mi verdadero cometido en la delegación. Me dio los buenos días ya desde el interior de su coche, bajando la ventanilla, y me preguntó, por gestos, por el desayuno, haciendo como que bebía de una taza invisible. Le respondí, también con gestos, que no sabía y puse una mueca de fastidio, como si tampoco yo hubiera desayunado.

Al coche principal le seguían en el convoy otros dos vehículos negros con agentes de la Sûreté Nationale vestidos con sus también fúnebres trajes negros de costuras industriales. A mí me asignaron el mismo BMW de la víspera, a compartir con un consejero de la Embajada española y la traductora reglamentaria, Fátima Mansour. El coche patrullero que encabezaba el fugaz desfile diplomático se puso en marcha arrastrando a todos los demás; con su sirena estrepitosa y su aparato de luces rojas y verdes abría paso por las calles a la comitiva oficial saltándose los stops, los pasos de cebra y los semáforos en rojo. Los agentes que pretendían regular el tráfico desde las glorietas de Rabat se cuadraban al paso de la solemne caravana y se llevaban muy despacio la mano a la visera de la gorra en un ademán tan glorioso como absurdo, pues no podían saber ni ver quién viajaba en ella.

A las ocho y media de la mañana entramos en Dar el Makhzen, el palacio de Mohamed VI. El embajador Navarro González había llegado antes que nosotros y aguardaba ya en el interior de su berlina abanderada frente al edificio palatino. Guardias reales con uniformes rojos tradicionales, soldados de infantería con ropas y armas de combate y

policías en chilaba con credenciales de plástico amarillento en la solapa formaban parte del paisaje del Mechouar. Los centinelas izaron las barreras y retiraron del suelo las cadenas de pinchos. Estacionamos frente al anodino pabellón gubernamental y subimos enseguida y en pelotón unas escaleras interiores anchas y bien custodiadas; media docena de camareros con guantes blancos nos agasajaron, ya en la antesala presidencial, con sonrisas, pastas y té de bienvenida. En algunos despachos con la puerta abierta fumaban secretarios y asesores. Pasamos pronto, casi sin probar bocado, al gabinete del primer ministro del Gobierno de Marruecos, Abbas el Fassi, donde había penetrado ya el vaho de la hierbabuena y el aroma a canela china de los dulces de almendra. Toda esa bruma acaramelada desentonaba con el rigor castrense de los escribientes de palacio.

Además de los dos grandes actores del encuentro previsto en la agenda de la visita, asistíamos a la reunión el embajador español, la traductora y yo, en calidad de adlátere, intérprete personal y supuesto experto del Gobierno español de los asuntos territoriales marroquíes. Permanecí en absoluto silencio, como estaba previsto. El embajador tampoco abrió la boca, aunque tomó notas en una agenda grande. El consejero de la embajada y el jovencísimo secretario de El Fassi permanecieron de susurrada tertulia en una sobrecargada salita contigua.

La reunión duró lo que tardó el primer ministro en recordarle a España las extraordinarias bondades del plan de autonomía especial para el Sáhara Occidental, preparado por la propia monarquía alauí, y las maldades indecibles del Gobierno de Argelia. Y también subrayó la ñoñería de la sociedad española que acogía en sus casas a ingentes cantidades de niños de los campamentos saharauis, utilizados por el Frente Polisario como propaganda cáustica contra Marruecos. La sorprendente amonestación gubernamental quedó perfectamente recogida en la grabadora oculta de mi teléfono móvil, una poderosa aplicación que no se comercializa fuera del ámbito de los servicios oficiales de inteligencia. Terminado el encuentro y despedidos los invitados, en menos de dos minutos, antes incluso de abandonar Dar el Makhzen, el archivo de audio había sido automáticamente codificado, enviado a Madrid comprimido y borrado del todo de mi equipo

de comunicaciones; y estaba ya en manos del analista del CNI que había preparado la misión.

El trabajo no había hecho más que empezar. El protocolo marroquí de recepción nos llevó al Mausoleo Real y, convenientemente descalzos y compungidos, fuimos instados a venerar con flores las tumbas de los antiguos monarcas. Ninguna visita oficial se libra de ese ritual de respeto. Ya en la habitación del hotel, y antes del almuerzo solemne en La Maison Arabe, el mejor restaurante tradicional de Rabat, me apresuré a redactar el preceptivo informe completo con todo lo que una grabadora digital no podrá recoger jamás: número y distribución del personal de seguridad del palacio, ojos electrónicos de vigilancia y sensores de movimiento a la vista, descripción del trato dispensado por parte de la solícita corte presidencial, los nombres de la traductora, los chóferes, los escoltas, los encargados del protocolo, sus teléfonos móviles, las matrículas de todo lo que tuviera ruedas a nuestro alrededor y, en definitiva, todo aquello que, después de más de veinte años de relación con el Centro, sabía perfectamente que interesaba a los analistas especializados en política marroquí de la carretera de La Coruña. Hasta los detalles más insignificantes del gabinete del jefe del gobierno, como relojes de sobremesa, lapiceros y fotografías familiares formaban parte del informe final. Todo pasaba a integrar un puzle inacabable que se confeccionaba en Madrid y que servía a los diferentes ministerios para conocer cada vinculación, tendencia y afecto de todo aquél que se moviera en los círculos de toma de decisiones del país vecino. Y esa inteligencia final y redactada era además moneda de cambio con la que Madrid comerciaba en la chamarilería del espionaje de los países aliados, donde los informes se intercambian como si fuesen cromos de futbolistas. Título, subtítulo, sumario, cintillos y destacados daban a mi parte el aspecto de un despacho de prensa antiguo. Sólo su carácter altamente confidencial lo distinguía profundamente de una noticia de teletipo.

Así tenía que hacer las cosas cuando se trataba de Marruecos. Este país era, al menos entonces, además de nuestro mejor amigo en materia de seguridad y nuestro vecino cómplice, también el primer enemigo potencial de España y nuestra principal amenaza territorial. Eso era lo que se nos

enseñaba. Toda la información que se obtuviera de sus dirigentes públicos, estrategas militares, diplomáticos, corresponsales de prensa, jefes de Policía o inteligencia, componentes de la realeza o líderes efímeros de revueltas subversivas era siempre insuficiente. Pero, sobre todo, lo que más se buscaba desde Madrid era aquello que tuviera que ver con el llamado Makhzen, el almacén, la trastienda, un poder paralelo al rey y a las instituciones oficiales que había dejado de ser un mito para la comunidad internacional de inteligencia y estaba considerado ya como el verdadero centro de la toma de decisiones políticas del país.

Volví a casa dos o tres días después de haber rematado el viaje con unas fotos de las obras nuevas del puerto deportivo de Salé que, por algún oscuro motivo, me encargaron tomar a mí y no a cualquiera de los funcionarios de la estación del CNI de la Embajada de España en Rabat. Esas últimas jornadas resultaron soporíferas, de paseos vespertinos por la medina que se eternizaban hasta Bab El Had y de agotadores regateos para regalos que había que llevar a la familia. Algunas ciudades marroquíes me resultaban ya tan familiares que no eran capaces de producirme el menor entusiasmo.

Por fin, desde la cubierta del transbordador de Tánger a Tarifa, donde me esperaba un coche para llevarme al aeropuerto de Málaga, llamé impaciente a casa. Antes, tuve que esperar a que el móvil se conectara a una de las redes de telefonía peninsular, que por entonces estaban a salvo de que un servicio extranjero pudiera intervenirlas. El viento helado de poniente y la luz aplastante del estrecho eran fantásticos. «Todo ha ido muy bien, chata. Estos tíos empezarán a recibir y distribuir nuestras motosierras a partir de mayo; mi socio está muy contento», mentí, como siempre, para que mi familia siguiera viviendo al margen de mis aventuras.

Años atrás, en tiempos del teniente general Manglano, yo no era más que un estudiante mediocre de Económicas de la vieja Universidad de Zaragoza; tenía casi veinte años, el pelo ondulado y largo, y vestía con vaqueros viejos y deportivas sin cordones en una facultad en la que abundaban los mocasines castellanos, las camisas de piqué y las sudaderas de Amarras. Me

gustaba la literatura francesa y disfrutaba traduciendo a mi manera a Verlaine y Rimbaud. Era consciente de la aventajada condición social de mi familia, barcelonesa antigua, y también de que mi descuidada apariencia exterior no coincidía con lo que se esperaba de un alumno de orígenes acomodados. Tenía un Corsa azul aparcado en la puerta, y eso me situaba en el exclusivo y siempre envidiado grupo de los estudiantes motorizados. Vivía solo en un pequeño estudio con cocina eléctrica en Marcelino Unceta, pero solía almorzar en alguno de los destartalados comedores universitarios, o en los bares de tapas de El Tubo, que todavía eran baratos. Mis mejores amigos cursaban, casi todos, otras carreras más interesantes que la mía. También me movía con profesores noveles o investigadores becarios que se intentaban abrir paso en el endogámico mundo de la docencia universitaria. Me gustaba salir en bicicleta acompañado por quien fuera por las carreteras secundarias que llevaban a remotos pueblos de piedra, ruinas de castillos pirenaicos y concurridas playas fluviales. De noche, los viernes y sábados, como todos los que vivíamos entre apuntes y fotocopias, salía a beber y reír a los locales en los que se concentraba el ajetreado y denso tropel estudiantil.

Mi primer contacto con el hermético y sombrío universo subterráneo del espionaje tuvo lugar precisamente en una de las polvorientas bodegas de El Tubo. Ese momento imborrable en aquel antro de vinos y frituras cambiaría mi vida durante casi las siguientes tres décadas.

Fue mi amigo Javier Amado, dos años mayor que yo, ataviado con su recurrente y vetusta austriaca verde de botones plateados, peinado con brillantina y con el rostro bien rasurado, el que me reveló aquella noche que hacía ya tiempo que realizaba labores de investigación para el CESID; que no le pagaban gran cosa por la faena pero que estaba aprendiendo mucho y disfrutaba con la tarea; que era lo más emocionante que había hecho nunca y que se aplicaba en el asunto por dinero, pero, sobre todo, por patriotismo. Y remató la introducción recalcando que nadie debía saber lo que me iba a contar.

Confieso que dudé en primera instancia: de repente creí que aquel nuevo amigo a quien todavía no había tenido tiempo de conocer bien era un

fanfarrón que alardeaba con fantasías hollywoodienses de cosecha propia, o que pretendía tomarme el pelo y su exposición era parte de una broma que ya empezaba sin gracia y en la que había más compinches. Pero siguió explicando las cosas con un conocimiento de los asuntos del espionaje que era compatible con la realidad de su historia: «El caso es que mis jefes están buscando a un tipo con unas características muy concretas, como tú, que tenga las ideas claras pero que dé el pego, que se pueda hacer pasar por rojo e infiltrarse en un movimiento de extrema izquierda que, por lo visto, preocupa mucho en el Ministerio del Interior».

Lo que contaba Javier Amado me seguía pareciendo inverosímil, hasta el punto de hacerme sentir incapaz de articular un sólo comentario coherente en respuesta a su discurso, pero fingí creérmelo todo, permanecí en silencio y le dejé terminar. Tras la descripción pormenorizada de cada detalle de su trabajo de campo me propuso, sin más, un encuentro inminente con sus superiores, que me explicarían todo y se asegurarían de mi capacidad y disposición.

Apuré lo que quedaba de cerveza en mi vaso y pedí otras dos a la camarera con el encargo de que las anotara en mi cuenta. Javier retomó el asunto de los izquierdistas para ir rematando: «Se trata de una gente muy de izquierdas recién establecida por aquí, conectada por lo visto a los marxistas y leninistas de Europa, que cuentan con varias organizaciones tapadera en España y andan captando niñatos de la universidad para sus movidas, ya sabes». La historia empezaba a parecer cierta, al menos de momento, aunque seguía teniendo elementos raros. Terminó diciendo: «Yo no sé mucho más al respecto, pero está claro que tampoco doy el perfil para dejarme engatusar por estos tíos, que además son muy anticlericales, pero tú sí, créeme, y me han encargado que busque a alguien de confianza, a un estudiante que cuele como rojo, como progresista casposo total, y que tenga ganas y capacidad para empezar a militar en sus organizaciones y a enterarse de todo lo que se cuece dentro y a contarlo».

La exposición de Javier Amado seguía pareciéndome demasiado peliculera, pero decidí hacer un acto de fe, y tal fue mi entusiasmo ante la que podía ser mi primera expectativa de trabajo remunerado en Zaragoza

que en menos de tres días estaba sentado en la barra de la cafetería del hotel Reino de Aragón con un militar sevillano de paisano del que no sabía más que su rango y ciudad de nacimiento.

El oficial era un individuo alto y delgado, con el pelo mal teñido en un color sin definir, que se asomaba a los sesenta sin disimulo alguno. Fumaba demasiado en un tiempo casi olvidado en el que uno podía empalmar un cigarrillo tras otro incluso en los bares más elegantes, y tenía los dedos amarillos de nicotina. Se sentó en un rincón de la barra, de frente a la puerta del bar, como vería hacer siempre en adelante a todos mis interlocutores de agencias de inteligencia: con la espalda pegada a la pared para que nadie fuera de su campo visual pudiera oírlo, fotografiarlo o reconocerlo. Hablaba casi sin mirarme a los ojos. Sin duda pensó que yo no estaba del todo convencido de la propuesta que él mismo, sin conocerme, me hizo llegar por mediación de Javier Amado, o que no acababa de creérmela; así que quiso persuadirme con una maniobra ensayada ofreciendo horizontes maravillosos de futuro, garantías importantes de confidencialidad y seguridad y, por encima de todo, el honor de la gloriosa misión patria que se me iba a encomendar.

Recuerdo bien que apenas abrí la boca en ese primer encuentro, y que sólo dije más o menos que yo me sentía capaz de hacer perfectamente lo que me estaba proponiendo y que de mí, en efecto, podía fiarse por completo. Luego, en seguida, en un alarde de precocidad del que aún me estoy asombrando, le pregunté si me pagarían y cuánto. «Te pagaremos, sí; pero sólo si consigues información interesante para nosotros», respondió gravemente el fumador con una teatralidad nueva. Esa respuesta no era la que esperaba aquel niño de papá acostumbrado a moverse con una tarjeta de crédito del Hispano Americano en el bolsillo. Así que, en cuanto pude, volví a insistir en lo mismo: «¿Qué información exactamente y cuánto dinero?». El agente se incomodó a todas luces con la pregunta, y se notó que no era esa la actitud y la disposición que esperaba de mí. Javier Amado había exagerado sobre mis cualidades. Me vi forzado a justificarme, a explicar que era normal que quisiera saber si lo que se me pedía era fácil o difícil y, sobre todo, legal. Entonces sacó del bolsillo un billete de cinco mil

pesetas con la cara del rey Juan Carlos en uniforme de capitán general. Lo colocó junto al posavasos de mi copa ya casi vacía y, mirándome a los ojos con la cara torcida, dijo que eso era un adelanto para los primeros gastos, que me lo tomara como un regalo de bienvenida y que volviera a ese mismo sitio al cabo de dos días para conocer al experto en amenazas políticas que se habría de convertir desde entonces en mi enlace operacional.

Con el tiempo supe que aquel militar de uñas amarillas era entonces el director de la estación del CESID en Zaragoza. Su identidad permaneció siempre velada para mí, pero supe que era pública para las autoridades regionales. Su trabajo ordinario tenía mucho de relación con la Policía, la Guardia Civil, el centro penitenciario, la División de Inteligencia del Estado Mayor, los líderes políticos locales y los aspirantes a la nacionalidad española. La reunión que mantuvo conmigo aquella tarde sólo tenía como objetivo comprobar mi aptitud, mi talento y la confianza que podía generarles antes de que uno de sus agentes secretos especializados en movimientos de extrema izquierda me mostrara el rostro para empezar a trabajar.

Por la razón que fuese no volví a ver jamás al militar. Me dijeron después que dejó el Centro y se fue al Estado Mayor, y que se jubiló en la Capitanía General de Valencia. No olvidaré dos cosas de aquella efímera relación: la montaña de colillas de Ducados Internacional que dejó en el cenicero de vidrio de la barra del bar del Reino de Aragón y la bravuconada, al despedirnos en la puerta del hotel, de mostrarse interesado por el trabajo de mi hermana en la Oficina de Patentes y Marcas de Barcelona, por la lesión de rodilla y reciente intervención quirúrgica de mi padre y por el precio al que vendí finalmente mi Derbi Variant al hijo de la imponente profesora de Macroeconomía. Se había hecho con toda esa información personal y familiar, y no podía entender bien cómo lo había logrado en una época en que internet era una palabra inexistente aún. Menudo fanfarrón, pienso ahora.

Las cosas comenzaron siendo muy distintas con Helenio Gil, el técnico de información especializado en extrema izquierda que se convirtió a partir de entonces en mi único enlace con el CESID. En muchos años de

encuentros semanales, y muy a pesar de su obligada discreción, pude averiguar que estaba bien y felizmente casado y que tenía un hijo, que seguía perteneciendo a la Guardia Civil aunque estaba en situación de servicios especiales, que nació en un Orense añorado al que decía que no quería volver porque la gente ya no era la misma, y que le fascinaba todo lo relacionado con los parapentes de montaña, los autogiros monoplazas y los planeadores de fibra. Tenía una melena media de tono castaño. Usaba siempre ropa muy deportiva e informal, pero cara. No bebía casi nada ni fumaba, y su confianza prematura en la veracidad de toda la información que me pediría y le iría haciendo llegar contribuyó a la fundación de un clima de trabajo inmejorable.

Acordamos, a instancia suya, un código secreto para algunas de nuestras necesarias conversaciones y citas por teléfono: establecimos que a cada cafetería o bar de Zaragoza y alrededores de los más de veinte previamente pactados le correspondía una letra del abecedario. Así, la cafetería de El Corte Inglés de Independencia se llamaría entre nosotros A, El Real sería la B, La Antigua era la C, etcétera. Así, Helenio Gil me llamaba por teléfono a mi apartamento y me decía: «Nos vemos en F mañana a las cuatro de la tarde». En ese caso yo debía recordar el bar que se llamaba F. Además habíamos pactado que a la hora que rematásemos por teléfono para el encuentro en el lugar que fuera había que restarle cinco y, por tanto, según esa fórmula sencilla, las cuatro de la tarde significaban las once de la mañana. Si el enemigo hubiera querido pillarnos juntos alguna vez en un encuentro no lo hubiera tenido fácil a tenor de lo que nos decíamos por teléfono. De eso se trataba, de que nadie nos pudiera ver juntos nunca. Todo me parecía un simpático juego de niños, sobre todo porque yo ignoraba la identidad de ese enemigo al que se daba por hecho.

Helenio Gil me dijo desde el primer momento que cuando me dirigiera a él le llamara Tito, y así lo hice siempre aunque me pareciera que no había nadie en los alrededores. Quedamos en que, si alguien conocido nos veía juntos y preguntaba por nuestra relación o amistad, yo debía explicar que era un primo hermano de mi madre, destinado temporalmente como funcionario en los juzgados de la plaza del Pilar y que por eso estaba

viviendo en Zaragoza. Todos esos detalles se pactaron no sólo para garantizar mi seguridad, como me decían, sino sobre todo, como pude ir sabiendo más tarde, para que nadie pudiera establecer nunca una relación posible entre el CESID y yo, mi misión nunca fuera descubierta y arruinada, y, en el caso remoto de que fuese sorprendido por el objetivo en algún acto que me delatara, ellos pudieran negar cualquier vinculación mía con el Centro.

El primer trabajo que se me encargó consistió en hacerme querer por un pequeño grupo de militantes del Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE) que coordinaba diferentes plataformas y asociaciones locales ligadas al anticapitalismo, el antifascismo y el vago y extenso universo antisistema. Destacaba entre aquella patulea anárquica de afiliados una líder del PCPE, enfermera en activo de profesión, que presidía una asociación jurídicamente creada y registrada para organizar fiestas, conciertos y rifas en beneficio de la Cuba más fiel a Fidel Castro. Parecía una broma pero la señora en cuestión se llamaba Carmen de la Hoz. Tenía unos cuarenta y cinco años, la cara afilada de ave rapaz, gafas de John Lennon para miopes y el pelo muy negro y rizado. Había estado casada con un magistrado muy activo de Jueces para la Democracia, cuyo divorcio reciente todavía era motivo de trifulcas y enfrentamientos, y vivía con una hija de dieciocho años que, con su misma delgadez crónica, la imitaba hasta en el modo pretendidamente casual de vestirse y adornarse. Su asociación de amistad y solidaridad con la Revolución de Cuba compartía sede en la calle Ramón Pignatelli con otros movimientos de hechura ecologista, antimilitarista, insumisa, okupa y hasta con un sindicato obrero independentista aragonés.

El tío Helenio me puso al corriente de todo el entramado asociativo y me facilitó los primeros recursos y herramientas para la infiltración que me había propuesto y yo había aceptado; una astuta maniobra urdida para que pudiese entrar en el grupo y, a la vez, mantenerme libre de sospecha ante todos: «El próximo jueves hay un recital poético en un bar muy cerca del parque Bruil; lo organiza esta gente y estarán casi todos. Podrías dejarte caer por allí como un estudiante zurdo aficionado a la poesía. Te dejas ver solamente, te interesas un poco por ese rollo que se traen, llevas tus poemas

traducidos del francés para tener de qué hablar en los primeros corrillos en los que caigas, te posicionas políticamente como antimperialista, te cagas en Bush dos veces y a ver qué pasa».

Y esa fue mi primera misión y mi primer trabajo pagado. No era como para sentirme un personaje de Tom Clancy, la verdad: el glamur de la operación era inexistente pero, para mi temprana edad y la ingenuidad de mi generación, el tráiler de la película que empezaba a protagonizar resultaba del todo efectista, apasionante y prometedor.

El interior del bar de los jóvenes poetas por la paz estaba decorado con banderas de la II República y retratos de Fidel Castro y del Che. Era un local viejo de un inmueble aún más vetusto, medio en ruinas, de una calle peatonal jalonada de excrementos caninos y botellines de cerveza abandonados. El propietario había puesto pintura negra en las paredes sin enlucir del interior, y dos focos incandescentes y verdes en cada rincón del techo eran la iluminación con la que había que conformarse. Tenía al fondo una barra de bar pequeña sin máquina de café ni grifo de cerveza. Sólo se servían botellas de Ámbar y combinados nacionales en vasos de tubo.

Llegué solo al triste garito, con un pañuelo palestino que conseguí la tarde anterior en el Rastro semanal. Lo llevaba escondido bajo la trenca bien abrochada para evitar que, antes de llegar al bar, alguno de mis amigos habituales pudiera descubrirme, con la consecuente sorpresa. La atmósfera del local no tenía nada que ver con los ambientes que yo frecuentaba por entonces; todo ese gentío humeante, de edades incomprensibles entre sí y ropas *grunge* o de miliciano de otra época, me resultaba absolutamente exótico. Sin embargo, debo reconocer que acabaría casi por acostumbrarme a ese medio tan remotamente hostil y a ese hábitat humano singular en el que habría de desenvolverme en adelante para ganarme la vida.

Como ya había pronosticado Helenio Gil, no fue nada difícil atrapar la atención de los organizadores del recital poético-social. Yo llevaba preparadas todas las respuestas posibles a las preguntas que pudieran surgir en las primeras conversaciones en el bar: que estaba allí porque había visto los carteles del evento en la facultad, que me gustaba mucho la poesía y sobre todo Pablo Neruda, que yo también escribía y traducía a los poetas

revolucionarios y otras muchas mentiras... Después, sobre el recuerdo reciente de un viaje a Cuba y de un verano lluvioso en Londres, que yo convertí en todo un curso de nueve meses, me fui inventando una biografía personal para la ocasión en la que me adorné con habilidades de activista social y dominio literario de la canción protesta. Desperté de inmediato la admiración de los presentes.

Helenio Gil me había recomendado que siempre recurriera en estos casos al menor número posible de mentiras, que ofreciera detalles reales e inequívocos sobre mi vida y mis gustos, y que la parte fingida y fantástica de mi relación con el grupo se limitara exclusivamente a mis opiniones políticas. Era la forma de evitar incurrir en errores o contradicciones. Pero yo me excedí desde el primer instante: sucumbí casi sin querer a una marea interior de creciente entusiasmo. Intenté a toda costa afianzar de golpe y porrazo y para siempre mi relación con la izquierda aragonesa, como si no fuese a tener en adelante otra oportunidad de seducirles. Ahora sé lo innecesario que fue ese despliegue circense de activista revolucionario.

En una camarilla de barra, durante el intermedio de las poesías recitadas, conté que en Inglaterra llegué a liderar un grupo internacional de estudiantes para protestar contra el *apartheid* frente al edificio de la Alta Comisión de Sudáfrica. Falseé además la historia relatando que, en una ocasión, llegué a ser detenido en Trafalgar Square a consecuencia de ciertos daños en la fachada del edificio por culpa de unas piedras fuera de nuestro control que unos *punks* lanzaron contra las ventanas. Inventé también que participé en tres viajes de solidaridad a La Habana para entregar medicinas de urgencia en el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos. Y me referí, cómo no, a mis intervenciones en las marchas no autorizadas de Barcelona contra las centrales nucleares del año anterior. En mitad del fragor de mis embustes y sumido en el novedoso placer que estaba descubriendo, una poetisa de barrio nos hizo callar a todos con una oda a los pobres del mundo declamada sin oficio alguno con un altavoz de mitin. No la escuché: estaba tan maravillado con mi recién descubierta capacidad de inventiva y de bulo que saqué dinero del bolsillo y encargué unos daiquiris para los presentes. Estaba disfrutando con la aparente credulidad de mis nuevos fanes pero

también empezaba a ser consciente del lío irreversible en que me estaba metiendo poco a poco. Cuando acabó el evento literario y, ya solo de nuevo, salí a la noche zaragozana, percibí por primera vez en mi vida un frío extraño de tundras que no se correspondía con la temperatura real de aquella ciudad amable, y que tenía más que ver con la destemplanza de la mentira y con el desamparo del artificio, dos constantes que serían recurrentes a partir de entonces durante buena parte del resto de mi vida. Estaba penetrando en solitario en un mundo que no era mío y cuyo descubrimiento no iba a poder compartir con nadie más que con Helenio Gil.

No habían transcurrido ni tres semanas desde el recital de los poetas comprometidos con las injusticias cuando ya participaba plenamente en las reuniones de la junta directiva de la asociación de solidaridad con la revolución castrista. Para entonces ya me empezaba a resultar tremendamente fácil y divertido fingir que mis opiniones políticas eran diferentes a las que eran, aunque reconozco que en determinados momentos sufría crisis agudas de ideologías, sin saber ya cuál era mi percepción sincera sobre las cosas y cuál era la pantomima. Me mimetizaba con facilidad y éxito en cuestión de instantes, y el resultado era una desmesurada y placentera atención hacia mí por parte de cada uno de los socios de aquel anacrónico grupo de izquierda radical cuya actividad política no acababa todavía de parecerme sospechosa de nada. Pasados unos meses, entré a formar parte de la junta directiva del grupo de los amigos de Cuba. Además, había confeccionado desinteresadamente un logotipo nuevo para la asociación, en sustitución del vetusto acrónimo que usaban en los sellos de caucho, con una paloma y una estrella. Estaban todos maravillados con mis capacidades creativas, las literarias y las plásticas. Hasta yo lo estaba. Y ya tenía en mi poder la codiciada llave de la puerta de la sede, y todo ese esfuerzo de interpretación teatral me permitía acceder a una cuota de información que el CESID calificaba de valiosa y que me empezó a reportar interesantes beneficios económicos.

Mi recién descubierto tío Helenio se reunía conmigo cada semana, en días, horas y cafés diferentes. Unas veces tomábamos el desayuno; otras, las

cañas, y, con frecuencia, el brandy de moda de la sobremesa. Contrastábamos la identidad y la descripción de los miembros de la asociación investigada, a los que iba poco a poco conociendo, sus profesiones, familias y amigos íntimos, los locales de ocio que frecuentaban, sus viajes políticos, las personas que venían de otras ciudades y hasta de otros países a apoyar con charlas y conferencias la causa de la Revolución de Cuba y la solidaridad con el pueblo embargado por el imperialismo. Yo le entregaba al tío Helenio informes tecleados en mi ordenador e impresos en una antigua máquina matricial de oficina. Él me enseñaba fotos de archivo en blanco y negro con multitud de rostros diferentes. Yo confirmaba o no la correspondencia de esas caras con los nombres que teníamos y el personal que se movía en aquel entorno.

Entregué a Helenio Gil copia de las llaves del local y de los candados de los armarios en los que se guardaban los papeles de todas las plataformas que compartían piso en Ramón Pignatelli. Me consta que unos agentes operativos del CESID entraron allí, con la debida nocturnidad y prudencia, y se hicieron con copias de toda la documentación que encontraron en los armarios y que les pareció interesante. A cambio me pagaban con regularidad, mes a mes, cantidades nada espectaculares pero sí muy suculentas para un estudiante tan sibarita como yo. Helenio Gil me entregaba el dinero con riguroso disimulo, sin que nadie alrededor pudiera percatarse de la cesión. Lo hacía siempre después de guardar plegados los papeles y papeles que le llevaba colmados de historietas de activistas, nombres, direcciones y opiniones personales expresadas por unos y otras. Los billetes de cinco mil eran siempre nuevos y venían muy doblados en sobres blancos de tarjeta de visita que, con habilidad de carterista, depositaba en mis bolsillos o mochila sin que ni siquiera yo me diese cuenta. Después de hacerlo me avisaba para que mirara al irme en tal bolsillo o cremallera. En otras ocasiones, aprovechando un descuido mío o una visita al aseo, colocaba el sobrecito en el interior de la funda de mis gafas. Las cantidades oscilaban siempre entre un mínimo y un máximo que solía corresponderse con la calidad y cantidad de información que hubiese

proporcionado ese mes. Había meses que salía por 40.000 pesetas de entonces, mucho más que los 240 euros al cambio que representan hoy.

Yo reparaba ya en que toda esa extraña vida de desdoble que llevaba, encajada en una gaveta hermética y secreta llena de activistas y manifestantes, era infinitamente más divertida y honrosa que mi vida real o la de mis compañeros de clase. Sentía a veces, como supongo que le sucede a los mejores actores de método, que yo me convertía también en un auténtico agitador social a favor de la paz, la solidaridad de los pueblos, la ecología radical y la igualdad de los sexos. Es más, llegué a la conclusión de que sólo implicándome emocionalmente en las causas abiertas del grupo conseguía dar a mi personaje la credibilidad necesaria para inspirar la indispensable confianza en el entorno.

Cada una de mis continuas comparecencias en las sedes o los bares de los amigos de Cuba eran como debutar con una aparición estelar en el escenario de un gran teatro. La función era distinta cada día, pero la obra también; sabía que debía evitar las improvisaciones. Me preparaba con tiempo en el espejo de casa, elegía con cuidado cada una de las prendas que vestía para la ocasión, descuidaba el afeitado y guardaba en los bolsillos maliciosamente recortes de prensa que luego sacaba en grupos bien elegidos para transmitir así una preocupación especial por un determinado tema. Compré pañolones hippies, gorras de militar caribeño y calcetines a rayas horizontales para las ocasiones más lucidas. Me hice con unas gafas graduadas de pasta negra con las que sustituí las otras plateadas, de marca, que brillaban demasiado en los antros de ron a los que me arrastraban en las noches más bohemias. Y me iba después a la cama ensayando discursos y frases hechas que sonaran bien en los foros de mis espiados. Me veía obligado para eso a buscar y leer noticias de Cuba, soporíferos libros sobre Fidel Castro, de Che Guevara, de Camilo Cienfuegos y de Juan Almeida. Rebuscaba en las librerías de viejo y daba a veces con ejemplares apolillados del *Granma*. Llegué a memorizar largos poemas de José Martí que declamaba en público cuando la solemnidad de la ocasión lo requería. Me volví un auténtico militante del marxismo-leninismo más tropical, un personaje trasnochado que bebía calimocho y hasta fumaba habanos sin

estolas en las ocasiones especiales; un individuo creado que tenía que mantener bien oculto a mi familia y a la caterva habitual de mis amigos de clase.

Un día nos sorprendió en una de las reuniones de la junta directiva un nuevo y destacado visitante: se trataba de una mujer ya entrada en años, con el pelo revuelto, la mirada ojerosa y los dientes grandes y manchados, como de potro apalusa. Llevaba sus arrugados labios pintados al más puro estilo libertario, de un carmesí excesivamente vivo para su edad. Al finalizar el encuentro, con todos ya de pie charlando en grupos, noté cómo me observaba desde la otra esquina de la habitación. Y noté también que se interesó por mi presencia en aquel contubernio y que le pidió información sobre mí a Carmen de la Hoz. Carmen debió de informarle de que estaba libre de toda sospecha y que era un socio de confianza que llevaba ya algún tiempo con ellos. Entonces vino hacia mí y me dijo que no podía imaginarme lo preocupada que yo la había tenido desde la primera vez que me vio, meses atrás, en un acto público en la plaza de España, y que por fin daba conmigo. Sacó de su enorme bolso de piel negra con tachuelas unas fotos en blanco y negro tomadas y positivadas por ella misma en las que se me distinguía bien, con distintas poses, en diferentes eventos organizados por los amigos de Cuba, los Mili KK o los antinucleares. «Creíamos que eras policía, un topo», me dijo. «Ahora ya me quedo tranquila, ya me ha explicado Carmen», confesó mientras me narraba que ya habían detectado a más de un policía en sus mítines y congresos. Acto seguido puso su mano en la parte final de mi espalda para comprobar sutilmente que no había pistolas en mi atuendo de paisano. Yo hice como si no me diera cuenta del cacheo y no dije una palabra, no fuese que mi voz entrecortada me delatara.

En otra ocasión, en aquel mismo salón de reuniones de la calle Ramón Pignatelli, apareció un joven venido de Madrid, coordinador de no sé qué federación de asociaciones de solidaridad con la Cuba de Fidel y el pueblo norcoreano. Su aspecto no era esta vez el de los demás: no usaba chalecos de lana alpujarreña ni sombreros de fieltro ni pañuelos de algodón palestino ni botines de cremallera ni mochilas curtidas. De hecho, su corte de pelo y su rostro lampiño chocaba con el de la descamisada clase obrera de nuestra

sede. Nos contó cosas de una asociación de Granada que se llamaba Nicolás Guillén y de otras de otros lugares de la península que llevaban por nombre José Martí o Bartolomé de las Casas. Contó los éxitos de un reciente viaje a Cuba de su gente, y nos adelantó la inminente visita privada a Zaragoza de unos destacados mandatarios cubanos. Dijo que se reunirían con nosotros y nos contarían avances interesantes. También entonces aquel joven remilgado de ropas distinguidas se refirió a otra incidencia de espionaje en el seno de una asociación de Cádiz, entre cuyos miembros, al parecer, había sido descubierto un joven infiltrado del CESID. Yo tenía que esforzarme, cada vez que oía el nombre de ese organismo, en no mover un solo músculo de la cara que pudiera delatarme. Solía disimular siempre con soltura, pero recuerdo que en aquella ocasión concreta me sentí muy directamente aludido, porque me pareció que el chico me miraba fijamente a los ojos mientras contaba esas maquinaciones, y por un instante pensé que había llegado el momento de levantarme de la mesa de trabajo y huir para siempre de aquella sede, de aquella calle y de aquella ciudad. Sin embargo, mantuve la compostura y superé otra vez una de esas pruebas de aplomo y pundonor que tan recurrentes serían en adelante y que tan valiosa experiencia me reportarían para el futuro. Eran las primeras lecciones de campo y, de ese modo, iba adquiriendo la veteranía y la pericia necesarias para superar otros momentos parecidos que vendrían más adelante, siempre comprometidos y aún más embarazosos.

Pasó el tiempo y llegué a ocupar el puesto de secretario de la asociación aragonesa amiga de los cubanos revolucionarios. Redactaba las actas de las reuniones y las archivaba, no sin antes fotocopiarlas para el Centro. Creo que fue a partir de ese momento cuando comencé a estar presente no sólo en las reuniones ordinarias, actos populares, recitales de poesía, mesas redondas universitarias y meriendas de las brigadas solidarias, sino también en esos otros encuentros sin convocatoria previa en los que figuraba, como único punto del orden del día, la acogida puntual a los agentes del Partido Comunista de Cuba que nos visitaban cada vez con más frecuencia. Esos simpáticos caribeños, blancos o negros indistintamente, según tocase, venían a vernos con la excusa de relatar las maravillas de los avances de la

revolución y la lucha popular antillana contra el imperialismo yanqui. Se pasaban horas aleccionándonos sobre las bondades del régimen, las nuevas libertades, la abolición de las clases y la extinción de los prejuicios raciales. Sin embargo, además de ilustrarnos sobre tan impresionantes progresos, venían también, y fundamentalmente, a conocer las actividades que llevaban a cabo en España los cubanos que se habían autoexiliado de la isla y vivían en diferentes provincias del territorio. Se me permitió conocer así un mundo que empezó a mostrarse por primera vez oscuro y siniestro.

Muchos cubanos del régimen oficial que visitaban Madrid, Zaragoza, Barcelona y Valencia lo hacían en aparente calidad de médicos o docentes que pedían dinero y productos para sus hospitales y colegios, cada vez más faltos de medios. No era raro que cualquiera de mis camaradas de Zaragoza les organizara conferencias en paraninfos universitarios, rifas de beneficencia y debates radiofónicos en emisoras de barrio para desmentir la información tergiversada que se contaba en España sobre el régimen de Castro. Conseguían así las simpatías de muchos ciudadanos de bien y de los grandes sindicatos generalistas, que no dudaban en hacer colectas entre sus afiliados. Incluso se negociaba con ciertas empresas de transporte la donación de autobuses viejos o camionetas para reparto de alimentos. Sin embargo, el objetivo real de aquellos largos viajes siempre era conocer la posible actividad pública y mediática subversiva de todos esos cubanos que habían escapado de la isla aprovechando un viaje de congreso, de ciencia o de arte y vivían ya en España disfrutando de las peligrosas libertades de reunión y expresión.

Curiosamente, muchos de los miembros de mi asociación conocían a la perfección el paradero y la actividad pública de esos cubanos disidentes del régimen de Castro que deambulaban por las universidades y los casinos. Carmen centralizaba esa información puesta al día sobre cubanos capitalistas en la zona y no tenía reparo alguno en facilitar a los agentes de Castro sus identidades precisas, actividades y paraderos. Al fin y al cabo, esos inmigrantes eran traidores, una especie de fugitivos que no tenían derecho a ir mintiendo por los periódicos y las emisoras sobre los progresos en Cuba de la implantación de la filosofía martiana. Ninguna de esas

maniobras de delación escapaba al conocimiento de los ministerios afectados, últimos destinatarios de los informes que yo mismo me encargaba de redactar.

Un domingo de marzo llegó a Zaragoza un cincuentón que decía ser profesor de Anatomía en la Universidad de La Habana y llamarse Darío Esteban. Nos reunió a todos los grandes espadas de la izquierda radical zaragozana y nos puso al corriente de la estupenda salud física de Castro y el extraordinario entusiasmo sin fisuras del pueblo caribeño frente al imperialismo gringo.

La Cuba que dibujaba Darío Esteban era monolítica y fuerte, de hombres y mujeres libres, que si no representaba al mismísimo paraíso fecundo de la Biblia, era única y exclusivamente a causa del embargo bastardo americano.

Darío pasó varios días en Zaragoza. El CESID lo siguió a todas partes y la división operativa lo fotografió en terrazas y parques con muchas personas diferentes, algunas incluso del elenco de la política local. Se alojó sin dejar rastro ni registro policial en casa de Carmen de la Hoz, la presidenta y alma máter del cotarro. Pronto, el cubano se encargó de hablar con un conocido columnista, paisano suyo, que andaba por aquellos años haciendo pinitos editoriales en ciertos periódicos de provincias. Este genial comunicador, contrapunto del régimen oficial, describía pormenorizadamente en sus artículos las miserias del gobierno de Castro y la abrumadora realidad tercermundista de los arrabales de La Habana y Santiago. Reflejaba las diferencias terribles entre los llamados técnicos, los políticos del aparato, y el pueblo desolado. Detallaba la represión y el miedo de sus paisanos de La Habana con anécdotas de primera mano sobre el papel instigador de las comisiones de distrito del Partido Comunista de Cuba. Leí lo que escribió sobre cómo los representantes del partido en cada barrio de La Habana vieja espiaban a sus vecinos y los denunciaban cuando los sorprendían sintonizando canales clandestinos de radio o televisión que emitían desde Florida.

A Darío Esteban y a otros agentes como él que nos visitaron después se les hacía muy fácil el trabajo cuando el sujeto a reprimir por sus injurias y

difamaciones contra el régimen había dejado a parte de su familia en Cuba. Bastaba entonces con ir a buscar al súbdito descarriado, señalado por Carmen de la Hoz, y abordarle en un bar cualquiera o en la puerta de su casa. Se identificaban como leales revolucionarios, le decían que estaban al corriente de sus publicaciones y le contaban lo que podría sucederle a su familia si no cesaba su actividad periodística subversiva en España. Le hablaban de cómo el Gobierno de la isla iba a quitarle a su mamá la vivienda que disfrutaba en el centro y que iba a trasladarla a otra mucho más pequeña en Pinar del Río, compartida con dos familias negras. Le alertaban de que a su hermano pequeño le retirarían de un momento a otro el Moscovitch que recibió a su regreso de la guerra de Angola en reconocimiento por sus méritos; y que a su sobrina la expulsarían de la universidad por falta de interés académico, y le buscarían un trabajo de operaria en la fábrica de hielo del puerto de Mariel. Y, si ningún miembro de su familia tenía coches ni pupitres que arrebatar, Darío Esteban o los de su calaña amenazaban con quitar bicicletas o libretas de abastecimiento.

Hasta donde yo podía alcanzar a saber, España no hacía nada por evitar ese tipo de injerencias extranjeras en territorio nacional. El Gobierno conocía al detalle, gracias al trabajo del CESID, cada uno de esos episodios de intimidación que tenían lugar en las calles y bares de España. Pero entiendo que, a fin de cuentas, esos hechos lamentables no afectaban a la seguridad ni a la economía españolas y, además, por aquellos años eran muchas las empresas patrias que empezaban a invertir en hoteles de sociedades mixtas en La Habana y Varadero. Así que supongo que enfadarse con Cuba por asuntos tan domésticos no era ni mucho menos oportuno.

Aprendí a simultanear bien mis estudios de Económicas con mi falsa militancia en la izquierda más zurda. Incluso recuerdo que aproveché aquella falsa vinculación política para granjearme las simpatías de algunos de mis profesores más marxistas y bakunianos, adornándome ante ellos de ideas ultramontanas que mejoraban mis calificaciones académicas. En

ciertos momentos tuve incluso que poner freno a mi fraudulenta carrera política zaragozana, pues empezaron a lloverme propuestas de todo tipo para intervenir en debates públicos universitarios y liderar movimientos de protesta, huelgas de hambre, manifestaciones desautorizadas, sentadas populares y acampadas urbanas. Podía permitirme casi todo dentro de mi condición ficticia de activista y dada mi situación real de estudiante soltero, pero tenía instrucciones precisas de Helenio Gil de evitar como fuera que mi cara, mi nombre o mi apellido aparecieran en cualquier medio de comunicación. Ese hubiese sido el camino directo al fracaso. Para evitar la exposición pública tenía que inventar que mi familia no era afín a mis ideas y yo no quería disgustarles, teniendo en cuenta además la delicada salud de mi padre. Y también contaba que no quería líos con la Policía, que hasta que no acabara mis estudios tenía que concentrarme en la carrera, que mis padres me mandaban dinero y que dejarían de hacerlo si conocieran mi actividad política.

Un buen día, comenzó a llegar dinero de fuera a la organización de amistad con Cuba. No recuerdo ya de qué país exacto procedía en cada ocasión o año, pero lo enviaban siempre el Partido Comunista o el Gobierno proletario de algunas de las naciones satélites de la Unión Soviética. Al principio no fueron grandes cantidades, y tenían como objetivo ineludible la adquisición de impresoras, copiadoras y material de propaganda en general para el grupo.

Los máximos responsables de la asociación, y los que en la federación tenían conexiones con los países del Este, pensaron entonces que el tiempo que yo dedicaba a trabajar por aquellas causas universales merecía alguna recompensa económica, y a partir de ese momento comenzaron a pagarme de manera irregular por los conceptos más variopintos. Unas veces cobraba por preparar correspondencia para la exigua militancia; otras, por trabajos de consultor legal que no había hecho ni estaba aún capacitado para hacer; en otras ocasiones firmaba facturas en las que figuraba que había organizado encuentros y jornadas que no tuvieron lugar jamás y, en la mayoría de los casos, me hacían escribir que había realizado mejoras materiales en la sede. Y así iba recibiendo algo de dinero cada mes. Pero no

podía quedármelo: aquellos importes tenían que ir necesariamente a manos del CESID y en ningún caso podía yo embolsarme directamente los pagos del enemigo, según se me había aleccionado y ordenado. Sin embargo, el CESID siempre se portó con generosidad en ese sentido y me devolvía intacto el dinero procedente del partido después de anotar las cantidades y revisar los billetes. En el fondo sólo querían saber cuánto me daban, quién me lo daba, en concepto de qué y cómo se me entregaba. Las cantidades nunca fueron importantes. Por eso supongo que Helenio Gil no me veía capaz de sucumbir a ninguna tentación económica de infidelidad, siempre que las cantidades fueran muy inferiores a las que él depositaba mes a mes en mis bolsillos.

En varias ocasiones viajé a Madrid por prescripción del CESID, que entendía que para el buen desarrollo de mi trabajo debía someterme a la realización de los cursos necesarios para conocer los entresijos de las estructuras internacionales de la extrema izquierda y sus amenazas para la estabilidad de los regímenes occidentales. Creo que hasta en tres ocasiones estuve en un piso de una discreta y céntrica calle de Madrid en el que trabajaban muy pocos funcionarios. Nunca había papeles en ninguna mesa ni cajones que no tuvieran su cerradura. Los funcionarios que desarrollaban su trabajo en ese piso antiguo bregaban en ordenadores cuyas pantallas estaban orientadas de tal modo que no quedaban nunca a la vista de las visitas, y cuando un monitor estaba orientado hacia una ventana, ésta estaba convenientemente cegada con un cartón pluma o un póster de un concierto de hace tres años. En un pequeño salón de reuniones, con mesa redonda, pizarra y retrato del rey Juan Carlos, un antiguo agente al borde de la jubilación, que presumía de un historial de servicio en Moscú y Belgrado, me hablaba de la financiación de ciertas organizaciones de extrema izquierda, los vínculos conocidos con los países del eje soviético, los objetivos más oscuros de los líderes de la militancia, los viajes de formación que emprendían a centros marxistas internacionales y hasta de los contactos con agentes de los servicios de inteligencia de países comunistas que campaban por España. Para mí, todo aquello era un mundo apasionante y siempre novedoso. Se me hacía algo excesiva la información

con la que se me atiborraba, e innecesaria para el trabajo sencillo y local que yo desarrollaba. Estaba muy claro que ese agente que me ilustraba recibía puntual información de decenas de individuos como yo que se deslizaban por el interior de los partidos, sindicatos y asociaciones de la extrema izquierda nacional.

Los cursos de Madrid también tenían que ver con el modo en que había de redactar los informes y con la entrega segura de los mismos a mi controlador. También recibí instrucción sobre el modo en que debía moverme por la ciudad cada vez que me dirigiera a un encuentro con un agente del CESID, el único momento de mi actividad corriente realmente vulnerable y peligroso para el mantenimiento de mi falsa identidad.

Me explicaban la manera en que debía proceder para eludir o hacer fracasar un hipotético pero cada vez más probable intento de seguimiento por parte de un agente extranjero. Sobra decir que por entonces yo no pisaba jamás el centro del CESID en Zaragoza ni la sede de ningún otro organismo público, por fuera de sospecha que estuviera. Evitaba relacionarme con personas que usaran uniforme, ni siquiera el de bombero. También había tenido que restringir drásticamente mis visitas a templos cristianos, pues la catolicidad y la religión en general no eran compatibles con la militancia en esa izquierda marxista y atea con la que tenía que codearme. Dejé de frecuentar ciertos foros de amistad universitaria porque no casaban de ningún modo con mi nueva ideología. Me aparté poco a poco de ciertos bares y cafés a los que solían ir estudiantes más conservadores o tradicionales. Empecé a vestirme de otra manera y a relacionarme con chicas de lo que ahora se llama *look* alternativo, con minifaldas de cuadros y medias rotas a propósito. Tuve que asumir poco a poco profundos cambios de conducta. Encontré en la capilla del hospital Miguel Servet mi mejor aliada espiritual. Evidentemente, no era lo mismo que me vieran entrando a un hospital que a una iglesia del centro. Así, una vez dentro del centro sanitario, y con las precauciones debidas, me desviaba hacia la antigua capilla y así nadie se enteró de aquellas infidelidades dominicales tan propias de un antiguo alumno de la Compañía de Jesús y tan impropias de mi nueva afiliación atea. Jamás revelé a Helenio Gil, para no alarmarle

ni decepcionarle, que su topo más «rojo» conservaba desde la infancia la frecuencia de algunas prácticas espirituales: lo hubiera considerado del todo inadmisible. Y por el contrario, a mis camaradas de partido, para curarme en salud, les dije que no era ateo del todo, que a mi manera creía en algo, y que había tenido siempre relación con ciertos grupos de cristianos de base a los que el ateísmo oficial toleraba. A fin de cuentas, los comunistas de entonces y los cristianos de base, con sus mediáticos curas obreros a la cabeza, tenían por enemigo común a los obispos, los nuncios y los papas, excepción hecha siempre de Juan XXIII, al que se referían en las tertulias como «el Papa bueno».

Me aficioné sin querer a cierta literatura monográfica sobre las filosofías más laterales y extrañas. Mis compañeros de partido me dejaban libros manoseados que devolvía subrayados a lápiz para que quedara claro que los había leído. Me enteré de que Octavio Paz ya había dejado de estar en la lista de los *top* de la extravagancia marxista: decían que chocheaba y que se había reunido varias veces con Karol Wojtyla. A Mario Vargas Llosa le llamaban *El Facha.* Y así me fui enterando de que no era oro todo lo que relucía.

Fui teniendo acceso dentro del movimiento asociativo estudiantil a asuntos cada vez más internos y delicados. Era una realidad conocida en nuestro país la protección, no ilimitada, que Castro proporcionaba en su isla a los etarras perseguidos y huidos de España. Llegué a tener conocimiento preciso de encuentros clandestinos que tuvieron lugar entre algunos de aquellos agentes cubanos que llegaron a Zaragoza camuflados como congresistas y líderes de los comandos de la aún muy activa banda terrorista. Fue justo en el preciso momento en que me vi implicado en aquellos episodios cuando el CESID decidió tomar todas las medidas de precaución posibles para garantizar mi seguridad.

Ni Carmen ni nadie me invitaron jamás a participar en aquellos aquelarres de agentes cubanos y militantes de Euskadi Ta Askatasuna (ETA), pero sólo el hecho de que se me confiara información sobre esos encuentros me dejaba en una situación extremadamente peligrosa según los responsables de seguridad del CESID. Me advirtieron de que, en el momento

en que comenzara a tener cualquier relación con personas remotamente relacionadas con la banda terrorista o con Batasuna, alguien se interesaría en conocer informes de actividad diaria sobre mí. En el CESID dedujeron que ese posible trabajo de investigación sobre mi identidad ideológica y mi familia lo harían necesariamente miembros legales o liberados de la banda, o bien funcionarios especiales de la Embajada de Cuba o de algún otro país comunista. No se podía saber con certeza. Al parecer, dependía del momento. Conscientes de que los únicos puntos débiles de mi actividad normal eran los momentos de redactar o entregar los informes para el Centro y reunirme con mis enlaces, se extremaron las medidas para que nadie pudiera nunca hallar en mí vínculo alguno con un servicio de información o un cuerpo policial.

La frecuencia de los encuentros con Helenio Gil se redujo a lo estrictamente imprescindible y empezaron a realizarse en lugares especialmente recónditos y con vigilancia exterior, que nos alertaba por radio de la presencia de cualquier persona sospechosa en las inmediaciones. Al teléfono de mi apartamento se le instaló un sistema de codificado con el que podía hablar tranquilo con Helenio Gil y evitar así la indefensión del encuentro cara a cara. Ya no guardaba ningún informe en mi ordenador, temiendo que alguien en algún momento, ante una sospecha, intentara acceder al mismo. A partir de entonces los escribí en una Olivetti Lettera 10 que me fue facilitada para la misión. Tampoco debía tener absolutamente nada en casa que, en caso de ser allanada y registrada por el enemigo, me vinculase con el CESID.

Ese peligro latente hizo que mi trabajo fuese más apreciado por la dirección del CESID y yo pasara a recibir más mimos en todos los sentidos. Me regalaron entonces una Honda XR nueva, cuyo color pude elegir, y me hicieron tomar un curso de conducción evasiva en la Escuela de Tráfico de la Guardia Civil, en Mérida. Allí, durante tres días, con antiguas motos de trial retiradas del servicio rural, me explicaron cómo actuar para detectar por los retrovisores si me seguían en coche o moto, y qué hacer para despistar a los perseguidores sin que pareciera que los había descubierto. La consigna en esos casos, ante el menor indicio, por poco sólido que fuera,

era abortar el encuentro previsto y dirigirme a un lugar cualquiera, en la misma dirección, pero libre de sospecha, como una ferretería o un almacén de congelados, y hacer una compra importante para despistar.

El plan para garantizar que nadie me sorprendiera en una reunión de entrega de informes era siempre prácticamente el mismo: mirar por la ventana antes de salir de casa hacia el lugar del encuentro, y fijarme en los rostros de las personas que pudiera haber en mi calle paradas sin hacer nada. Cuando un equipo de vigilancia se dispone a seguir a un objetivo, siempre hay un agente situado de tal modo que tiene a la vista la puerta de la vivienda y que sólo controla el momento en que el vigilado sale de la casa. Entonces informa al resto y avisa de la dirección que toma el objetivo; ese agente no se mueve, no echa a andar, se queda en su sitio leyendo el periódico o haciendo como que espera un autobús. Después de tomar esa precaución, tenía que salir con la moto del garaje a la mayor velocidad posible, adelantando a los vehículos en los semáforos, y detenerme a medio camino donde no hubiera estacionamiento para coches, entrar en un bar cualquiera, preguntar al camarero por la dirección de una tienda o por lo que fuese, salir enseguida e intentar así detectar a posibles seguidores detenidos en la puerta del bar. Luego volvía a la moto, circulaba hasta un lugar de poca afluencia previamente pactado y entraba finalmente en la cafetería prevista para el encuentro, vigilada por agentes que hacían guardia en el exterior. Otra técnica frecuente era caminar un buen rato para obligar al hipotético enemigo a seguirme a pie y, llegado a un punto concreto, tomar un taxi al azar de los pocos que transitaban libres por las avenidas del centro.

Descubrí con sorpresa que había libros y temarios sobre seguimientos, y que para garantizar el éxito de una operación de esas características eran necesarios, como mínimo, tres agentes coordinados por radio. Tuve en mis manos manuales bilingües en inglés y hebreo. Con todo, no estaba previsto que yo siguiera a nadie: se me enseñó a hacerlo sólo para que así pudiera conocer las estrategias del enemigo y saber, de ese modo y a ciencia cierta, si alguien me acechaba cuando me dirigía a un encuentro importante.

Todas esas precauciones podían parecer desmesuradas y aparatosas, pero la sola presencia lejana en mi mundo avatar de un grupo terrorista tan sofisticado como ETA complicó todo hasta lo indecible. He de subrayar que, en efecto, la vida se llenó de complejidad, pero también de emoción, adrenalina y orgullo personal.

La sede de la calle Ramón Pignatelli empezó a ser vigilada muy de cerca desde el preciso instante en que informé de que un bilbaíno, que resultó ser afín al entorno etarra, se reunió allí con un cubano que había venido a España a impartir un curso de hipnosis clínica. Frente al edificio de la sede unos agentes operativos ocuparon una vivienda deshabitada en cuya cocina se instaló una discreta cámara de vídeo de antiguo formato Hi8 que grababa de forma ininterrumpida el portal de la finca. Yo no participaba en ninguno de esos trabajos o dispositivos técnicos, pero se me informaba de la ubicación de todos ellos. Así, contando con las grabaciones, podía complementar mi información con los archivos gráficos que sabía que recogían las cámaras a horas puntuales.

Mi trabajo se convirtió en la profesión más apasionante y solitaria del mundo. No podía hablar de lo que hacía con ninguno de mis amigos, y tampoco conté nada en casa porque no quería asustar innecesariamente a mis padres. Me sentía íntimamente orgulloso de haber alcanzado la capacidad necesaria para reportar información de utilidad al Gobierno de mi país, que entonces presidía un Felipe González ya acosado por incontables escándalos de corrupción. Helenio Gil me transmitía continuamente felicitaciones de directores y cargos innombrables que desconocían mi identidad, me agradecía solemnemente muchos trabajos de parte del jefe máximo, me informaba someramente de los éxitos policiales alcanzados gracias a mi información y, en cierta ocasión, transcurrido ya mucho tiempo de servicio, me concedieron una cruz militar blanca que recogí personalmente, vestido con traje oscuro, en una íntima pero emotiva ceremonia civil en un despacho de Madrid. La resolución del expediente no se publicó en el *Boletín Oficial del Estado* (BOE).

Nuestra sede era extremadamente triste, aunque tal vez fuese yo el único de los camaradas que tenía esa percepción melancólica del espacio.

Los muebles, apolillados, parecían recogidos de un vertedero provenzal. Sin embargo, todos los armarios contaban con candados o cerraduras nuevas. La sala en la que solíamos reunirnos las tardes de encuentro tenía un suelo de ajedrez granate y marfil, pero algunas de las baldosas habían sido sustituidas con remiendos nuevos de otros colores y mucha menor calidad. Las paredes, encaladas en blanco, tenían cicatrices de cuadros descolgados, cajas de fusibles antiguos y sombras de teléfonos desaparecidos. La gran mesa de trabajo era de madera chapada, con patas huecas de forja, y estaba rodeada de sillas de hasta cinco modelos diferentes. Ninguna tenía conteras y, al arrastrarlas por el suelo de un lado a otro, emitían un sonido doloroso que producía dentera. La cocina de lo que en su día fue una vivienda modesta había sido convertida en un pequeño laboratorio fotográfico con una ampliadora Meopta de fabricación checa y varias cubetas con productos químicos que nadie renovaba nunca y se volatilizaban día a día. Su ventana, que se asomaba a un angosto patio de luces, había sido sellada con una plancha de aglomerado barato, y una bombilla roja para el procesamiento de los revelados pendía del techo por un cable sin tensión. El cuarto de baño era casi mayor que la cocina. Tenía una bañera rosa en la que se acumulaban archivadores, libros amarillentos y lepismas muertos; un váter de cadena sin tapa y un lavabo con dos grifos y varias hojas de afeitar abandonadas para siempre.

Un miércoles próximo a la Navidad nos quedamos en la sede hasta tarde reunidos a causa de un evento universitario que preparábamos para la vuelta de las vacaciones. Estábamos los de siempre: la presidenta febril, Liberto, Ana y otros cuyos nombres no recuerdo ahora y a los que me refería habitualmente por alias pactados con Helenio Gil, como El Ideólogo, El Gurú y Paco Máquina, un joven poeta de gafas permanentemente sucias que padecía un tic motor crónico en los brazos. Sucedió entonces que apareció por vez primera en aquel lúgubre y destartalado local una joven de apenas dieciocho años que confirmé, desde el primer instante y sin ningún resquicio para la duda, como la mulata más hermosa del planeta. No pude evitar quebrantar uno de los primeros mandamientos de la agencia para la que trabajaba: las relaciones afectivas reales con los objetivos estaban

prohibidas. Sin embargo, a pesar de la advertencia terminante, no pude resistirme a un descomunal enamoramiento, hasta el punto incluso de plantearme durante un instante arrojar mi futuro en el espionaje por la borda, pasarme al bando enemigo, huir del hasta entonces tedioso presente aragonés, con sus calendarios y horarios, y establecerme para siempre junto a mi joven amada en el lugar idílico y remoto de las Antillas que la hubiera visto nacer.

Ese día de diciembre, además de enamorarme, cometí un segundo e imperdonable error: creer que aquella joven era cubana, cuando en realidad procedía de las mucho menos exóticas tierras del árido y caliente sur de Marruecos. Sin embargo, una vez conocido ese extremo, ni su origen racial ni su lengua materna supusieron ya para mí el menor inconveniente: empezaba a pronosticar el imparable desarrollo de una fabulosa historia de amor que se desarrollaría en las cloacas más literarias del espionaje y entre dos individuos ideológica y culturalmente en las antípodas.

Amina Aidara tenía el rostro manso y sereno de un lienzo antiguo. Me evocó enseguida la mulata cartagenera que pintó Enrique Grau y que conocía bien por un libro de pintura colombiana que conservaba en casa de mis padres. Sus ojos verdes, diseñados para el misterio, le conferían un aire remoto como de escultura pascuense. Su nariz era chata y evasiva, pero fue el perfil impecable de sus labios sustanciosos el que me arrastró, confundido, a imaginarla emergiendo de las tibias y diáfanas aguas de las playas de Sosúa.

Cuando, al abrigo de la calefacción de caldera de la sala de reuniones, Amina Aidara decidió desprenderse de su anorak de plumas, la bufanda a cuadros y el suéter, quedaron en evidencia unos hombros engallados y brillantes que se me antojaron huérfanos. Amina escondía entre el anorak de tres cuartos y su delgadez un vestido negro berenjena de ligeros tirantes. Se acomodó en el silloncito que Carmen le había guardado en un extremo de la habitación y saludó, uno por uno, a los convocados a la junta con una sonrisa y un ligero movimiento de cabeza. Carmen nos iba presentando con adjetivos amables. Llegado mi turno, fui introducido como uno de los pilares de la causa cubana revolucionaria en España, y yo no fui capaz de

responder salvo con monosílabos. Sólo pensaba a toda prisa en qué ingenio de amor debía desplegar en los instantes siguientes para conseguir que la diosa de los tuaregs extraviados se quedara para siempre en mi vida. Toda la soledad de aquel trabajo y todos esos años de disfraz, patrañas e impostura se veían de repente sobradamente recompensados por la súbita aparición de la exótica Amina Aidara Fekou.

En los años que duró todo aquel ir y venir de reuniones e informes yo llegué a tener la firme convicción de que Cuba era uno de los regímenes más crueles del mundo y que yo me encontraba peligrosamente expuesto a sus refinadas técnicas de chantaje y extorsión. El paso del tiempo, sin embargo, me demostró que las cosas no eran así, ni mucho menos. Llegué a conocer a oficiales de servicios de inteligencia de otras naciones extranjeras que sí actuaban en España con absoluta contundencia frente al primer signo de subversión del más insignificante de sus nacionales. Muchos de esos agentes brutales procedían de dictaduras militares extremas y países desechos o fallidos. Sin embargo, otros pertenecían a servicios de información de países occidentales universalmente aplaudidos como democracias ejemplares. Precisamente algunos de estos últimos lograban a veces entrar armados en España persiguiendo a un objetivo al que tenían orden de eliminar como fuera y sin dejar rastro. En esos años, varias noticias dieron fe de enigmáticos asesinatos en territorio nacional perpetrados presuntamente por espías extranjeros, muchas veces europeos. Y sucedió también en más de una ocasión que algunos de esos agentes secretos fueron sorprendidos in fraganti antes de consumar su plan, descubiertos sus propósitos clandestinos y devueltos a su país de origen por la vía caliente, como ocurrió no hace mucho, sin que nadie se enterara, con dos agentes de la Dirección General de Seguridad Exterior de Francia, *La piscine*, que entraron armados a Cataluña persiguiendo a un objetivo y con órdenes muy concretas al respecto. Sin llegar desde luego a esos grados de bajeza policial, los servicios secretos españoles se veían a veces empujados a ciertos artificios de cloaca en los márgenes difusos de la ley y la justicia.

Me consta. Pero nunca tuve conocimiento, en mi limitado acceso a los asuntos internos, de nada relacionado con prácticas de lo que se llamó terrorismo de Estado o guerra sucia contra ETA.

Debo reconocer que en ciertas ocasiones yo mismo recibí el encargo de participar en estratagemas políticamente cuestionables. No fue durante la etapa de mi vinculación a la Unidad de Conflictividad Social sino cuando ya dependía de la División de Terrorismo. Una de esas tramas que recuerdo bien, por su contundencia y rapidez, fue la expulsión clandestina y sumaria de España del imán salafí de una mezquita valenciana. Por entonces yo empezaba ya a introducirme en ambientes islamistas y había conseguido cierta naturalidad en el trato con musulmanes radicales.

El referido imán marroquí pronunciaba desde su almimbar los sermones o *jutbas* incitando a la violencia contra los cristianos y alentando al imprescindible sometimiento de la mujer al varón. Se me preguntó si quería llevar a cabo la operación, que me pareció justa y hasta emocionante, y acepté. No me pagaron gran cosa además de las dietas y kilometrajes, pero los detalles de la propuesta fueron muy cinematográficos. Helenio Gil me dijo que yo era la persona adecuada y que me sobraban habilidades para la operación. Tuve que viajar a Valencia y hospedarme en un hotel con un nombre falso. Usé un DNI que me prestaron y que pertenecía a una persona que se parecía a mí y que, tal vez, ni siquiera existía. Por la mañana, antes de pagar y abandonar el hotel, salí a buscar al imán Yusuf Bachur. Le abordé por las calles de un barrio en el que nadie me conocía y al que, con toda seguridad, no iba a regresar jamás. Me acerqué por detrás cuando caminaba solo con su chilaba de rezo, le adelanté y le enseñé cautelosamente una placa de policía que me habían proporcionado para la ocasión. Le dije que pertenecía a la Comisaría General de Información, o algo así, y que necesitaba conversar con él sólo tres minutos. Se asustó. Fuimos a un café muy próximo, pintado de color pistacho, y nos sentamos en una mesita apartada de las demás, junto a los cuartos de baño. Casi todos los camareros y clientes eran marroquíes. Informé a Yusuf Bachur de que habían viajado conmigo desde Madrid otros compañeros de la brigada que andaban desperdigados por las mesas del local y también por el exterior,

pero que no tenía que preocuparse, que el plan no era detenerle. Todo era completamente mentira, pero el imán radical no dudó de nada ni por un instante. Incluso miró a las mesas de alrededor y creyó descubrir esa presencia policial de la que le estaba hablando.

Tal y como estaba previsto en el guion le conté que conocía al milímetro su discurso y sus ideas radicales sobre el sometimiento de la mujer al varón debido a su inferioridad intelectual; el devenir que merecen los cristianos y los adoradores a causa de su idolatría; las fetuas que difundía en su mezquita en las que ordenaba la muerte inmediata de los homosexuales, y las acusaciones que lanzaba contra las mujeres que se maquillaban, a quienes tildaba de fornicadoras. Quiso justificarse explicándome que los homosexuales que debían morir eran sólo los que habían elegido esa opción, no los que habían nacido «con la enfermedad». Le dije que a mí no me importaban en absoluto sus opiniones, pero que no eran compatibles ni con la Constitución española ni con el estilo de vida que el Gobierno de España está interesado en preservar entre sus ciudadanos. Aunque no estaba previsto en el guion, añadí de mi cosecha que me parecía un ser asqueroso, pero insignificante. Le entregué un billete de autobús hasta Algeciras, cien euros para que comiera bien por el camino y unos pasajes de ferri a Tánger sólo de ida, y le advertí de que tenía veinticuatro horas para hacer las maletas, dejar la habitación y el trabajo negro remunerado de la mezquita y desaparecer para siempre de España con su familia, que eso sería lo mejor para él y para todos. Y entonces le amenacé con el rostro más serio y más tipo Humphrey Bogart del que fui capaz: «De otro modo, si no te marchas, mis compañeros de Valencia te denunciarán mañana mismo por posesión de una elevada cantidad de heroína en tu domicilio, te detendrán y testificarán varios marroquíes contra ti, y ya nos encargaremos personalmente de que vayas a parar a la peor prisión de España y de que tengas por compañero de celda al más deplorable de los violadores de hombres», le expuse mintiendo conforme al plan urdido. El imán agarró el billete y los pasajes con unas manos que temblaban como enjambres y, en efecto, desapareció para siempre del país con su discurso radical de sumisión de la mujer y muerte a los infieles. Tanto me divertí con mi interpretación que, cuando me levanté

de la mesa dando por acabada la conversación, fui hacia el camarero de la barra y le dije que mi zumo lo pagaba el imán. Después salí a la calle y, desde la puerta del local, dirigiéndome a nadie en la lejanía, hice un gesto con las manos como ordenando desmontar el dispositivo policial. Me puse unas gafas negras y eché a caminar perdiéndome para siempre por los callejones de Valencia.

Maquinaciones tan esperpénticas como aquella conocí varias, pero no siempre salían bien, y supe incluso de algunas en que el individuo a expulsar, lejos de amedrentarse y agarrar el dinero y los billetes, se enfadaba, gritaba enfurecido y se dirigía al juzgado de guardia a interponer una denuncia contra su amenazante. Por eso siempre había que llevar a cabo esas maniobras sin dejar rastro alguno de identidad, evitando cámaras y testigos, en puntos ciegos de videovigilancia y desapareciendo del lugar para siempre. Si la operación funcionaba, todos contentos, un indeseable menos. Pero si no, ni el CNI ni ninguna Policía ni nadie del Gobierno reconocerían jamás haber tenido relación alguna con el asunto o con la gente implicada en el mismo.

Supongo que ya existían por entonces los recursos legales y administrativos para procedimientos de expulsión ordenada, como las que han tenido lugar muy recientemente en Granada o Gerona. El ordenamiento permite ya a las autoridades que la sanción a los infractores que cometen faltas tipificadas como graves sea sustituida por la expulsión. Sin embargo, las leyes sólo admiten permutar la sanción por expulsión cuando el infractor es extranjero y, además, no es residente de larga duración. Pero además se exige que esa sanción de expulsión total del territorio no tenga consecuencias graves para los miembros de su familia y que, encima, sea evidente que el expulsado tiene arraigo en su país de origen. Entiendo que, ante tanto requisito y tanta vía de recurso administrativo y judicial para los abogados, se optara en determinados casos por la vía rápida, el atajo secreto.

Moverme entre lo legal y lo ilegal nunca me llegó a preocupar más de la cuenta. Peones como nosotros, absolutamente anónimos, sin vinculación pública alguna con la institución para la que trabajábamos, éramos

precisamente los individuos perfectos para llevar a cabo las acciones más ajenas a la ley, las que bordeaban la ilegalidad hasta sus más recónditos límites. No quisiera presumir de haberme saltado la ley, pues no es algo de lo que me enorgullezca ni de lo que se vanaglorie o presuma nadie en el CNI, pero debo reconocer que he entrado muchas veces en viviendas vacías sin el permiso ni el conocimiento de sus propietarios; he hurtado correspondencia de buzones particulares que, tras abrirla, leerla y copiarla, he devuelto a su sitio; y he colocado micrófonos, incluso enchufados a la red eléctrica, en importantes despachos: todavía debe funcionar uno, acoplado a un flexo de mesa, que se hizo llegar con ayuda interna a un consejero político de una embajada en Madrid. También, en alguna ocasión, aprovechando despistes, me hice con móviles que, en tiempo récord, antes de devolverlos a su dueño, fueron programados para que transmitieran señal de audio a discreción. He introducido con cualquier excusa *pen drives* trucados en ordenadores ajenos que, en cuestión de segundos, habían copiado todos los documentos de texto del disco duro. Y nada de esto se hizo con orden judicial ni con instrucciones escritas, aunque a mi parecer siempre de forma perfectamente justificada y contra personajes del todo sospechosos o despreciables. No puedo saber si en los años en que he estado vinculado a los servicios de información se cometieron actos de otra índole, más sucios o subterráneos; desde luego, a mí jamás me propusieron nada abiertamente indecente o criminal.

Volviendo al encuentro con Amina Aidara, corrí detrás de ella escaleras abajo cuando terminó la reunión. Ya sabía su nombre. Ya conocía su origen y hasta el motivo por el que se encontraba en Zaragoza en casa de Carmen de la Hoz. Antes de separarnos todos en el cancel del portal propuse que nos tomáramos algo por allí mismo, con la única y determinante intención de que no se diluyera la magia y la oportunidad del momento, tal vez irrepetible. Miraron los relojes con muecas de fastidio; unos se excusaron, otros directamente se fueron y, por fin, Carmen, Liberto, Amina y yo acabamos en un bar de pescado frito y gente abrigada en exceso. Había

tanto escondido en la mirada infantil de Amina Aidara que pensé que necesitaría muchos meses aún para desentrañar su misterio insondable. Lozanía y tribulación parecían convivir juntas en una expresión formidable de desaliento. Podía haber redactado un informe de varios folios sobre la línea de agua de sus ojos, perfilados con galena molida, o sobre su cabello negro braseado por el inclemente sol de los yermos. Su piel no estaba hecha para el frío, ni para la débil luz mudéjar del barrio de Las Tenerías. Desprendía una tibia fragancia a canela y a nuez moscada. Sus hombros emanaban una incandescencia atesorada seguramente en los veranos más tórridos y traída indemne y cabal a esta tierra de la que ya no quería despegarme. Y luego sus manos: mientras hablaba se agitaban en el aire y revoloteaban como si quisieran coger algo, o perdían su viveza africana de repente y se quedaban inmóviles sobre la mesa como yeguas dormidas. Sus muñecas lucían una pulsera de esclava y otras de cuero y madera con incrustaciones. Todo era minúsculamente insólito y cautivante.

Carmen tenía que volver a casa: «Seguid vosotros, de verdad, que yo es que tengo que empezar a trabajar temprano. Amina tiene una llave, no hay problema». Liberto se ofreció a acompañarla, seguramente en un quite torero a mi entusiasmo, y Amina Aidara y yo cambiamos de bar y nos entretuvimos todavía un buen rato más, ya solos del todo. Hablamos de sus cuatro hermanos, todos mayores que ella; de su infancia feliz y precaria entre planicies arenosas de sus padres ya desaparecidos y de su escuela elemental de uralita; de sus inminentes objetivos académicos, su anhelo de hogar definitivo, su interés por otras cosas, tantas, y, en especial, por los lugares de jungla y lluvia. Nos demoramos hasta que los camareros de Casa Paricio empezaron a molestar deliberadamente con las escobas y el ruido de cubiertos y botellas vacías. A mí todavía me faltaba decir cómo era la casa de mi infancia, cuánto anhelaba conocer esos sitios de los que me hablaba, cómo me ganaba la vida llevando las cuentas del negocio de un amigo, que podíamos aprovechar mi coche para visitar el Monasterio de Piedra y Sos del Rey Católico, o el Madrid que aún ella desconocía. Se nos presentaban así por delante unos meses de una magnitud inédita. Tanto nos quedaba por disponer y ordenar que tuvimos que volver a vernos el viernes siguiente

para cenar y seguir contándonos las vidas de cada uno antes de que hubieran coincidido en el invierno zaragozano.

Temía que el segundo encuentro resultara decepcionante, como tantas otras segundas citas de mi todavía corta vida sentimental; que las lindezas de Amina Aidara hubiesen sido sólo una ilusión de la soledad y de la noche, un espejismo de tundra atribuible a mi destierro. Mi errancia de mentiras e invenciones era la más propicia de las circunstancias para sucumbir víctima de una quimera fantasiosa. En todo lo que yo hacía había entonces un riesgo fatal y cierto; el afán de verdad era aquellos años más fuerte incluso que un instinto, y sabía que no podía fiarme del todo de mis primeros juicios, estimas y apreciaciones.

Esperé sentado ante una copa de manzanilla en el elegante comedor de Casa Lac, lo más opuesto al gusto y las preferencias de mis falsos compañeros de militancia. Qué más daba. Ahora reconozco sin pudor que elegí ese restaurante para deslumbrar a Amina Aidara. Un brinco del corazón me hizo ponerme en pie cuando Amina entró en el comedor sacudiéndose el frío. Llevaba unos vaqueros ceñidos de cintura alta, como se usaban entonces, una americana de cuero cobrizo sobre una camiseta blanca y una enorme pashmina avellana que le envolvía el cuello. Había empleado varias horas en componerse unas finísimas trenzas de raíz, pegadas al cráneo, que constataban un orgullo tribal que aún no me había sido desvelado. Las pulseras de hilo eran nuevas, y de los lóbulos de sus orejas pendían unos aros tibetanos de plata hueca que realzaban el bronceado primigenio de su rostro. Colgó el bolso en el respaldo de la silla, se quitó las gafas de sol y tomó asiento ante las miradas admirativas de los comensales. Toda ella en conjunto era tan sofisticada y salvaje a la vez que, en un impulso de fogosidad y coraje, abracé un instante su mano con la mía sobre la mesa, el tiempo justo que tardé en decirle lo guapa que estaba. Me sentía desorientado en una plenitud que no había conocido hasta ese momento. Mirando la carta de entrantes, frente a mí, comenzaba a desplegarse lentamente una aventura fascinante y cierta que se prolongaría mucho más allá de lo que nadie, ni yo mismo, podía haber imaginado entonces.

Siguieron muchos encuentros a aquél. Intercalábamos paseos por Alfonso I o los centros comerciales de moda con excursiones a Ordesa, Jaca, Benasque y todos esos rincones que ofrecían en Navidad un aspecto luminoso, gélido y sosegado excelente para una historia de ternura y pasión entre individuos remotos. Amina Aidara se doctoraba en los guisos de borrajas de los Pirineos y, ajena a los preceptos religiosos de su infancia, en los vinos carnosos de Calatayud o las nectarinas en almíbar de Calanda. Yo descubría poco a poco los afanosos cuscús de sémola y col, los tajines de camello y ciruela de Tiznit y los pasteles de dátil amargo. Pero también hablábamos de música de aquí y de allí, de ganas de viajar lejos y no volver, y de tradiciones espirituales antiguas e inverosímiles. Nos empezábamos a querer racional y coherentemente y, lejos de señalar ningún aspecto de nuestras vidas como tabú para el otro, desfilábamos juntos por nuestros linajes recónditos, por los argumentos de Dios o Alá y el despertar vertical de nuestras conciencias, el libre albedrío o justamente lo contrario, el pensamiento colonialista en torno al Sáhara y sus campos de exilio o la contingencia de nuestro encuentro asombroso en un rincón de Zaragoza. No nos guardábamos nada. No había ya más territorio biográfico por mantener en secreto que mi parcela de ficción política. Y así debía seguir siendo muchos años, por el bien de todos.

Viajamos a Madrid en enero, y nos hospedamos regiamente en casa de mi hermano Jaime, que se apresuró a llevarnos a desayunar junto a las barcas del Retiro, a pasear entre las vitrinas del Museo de Antropología, a comer chipirones frescos en Lhardi, a merendar té con pastas de mantequilla en el hotel Palace, a fotografiar el palacio de Oriente en el crepúsculo y a cenar *focaccias* frescas en el VIPS de Velázquez en una jornada de carrusel que se repetiría dos días más. Desde allí, en mi coche y aún con Jaime, viajamos a la Segovia del cochinillo al horno y al Chinchón del anís dulce, y conseguíamos así que Amina Aidara se fascinara con un universo ibérico del que empezaba a formar parte y en el que quería desarrollarse como mujer de su tiempo, estudiante de odontología, orfebre ocasional y soñadora desconcertada. Yo quería que se enamorara de este país más aún de lo que la veía capaz de hacerlo de mí. Y así transcurrían las

semanas a una velocidad desconocida en la que compartíamos todo menos el oscuro secreto de mi oficio: si estuve cerca alguna vez de sucumbir a la tentación de revelárselo, me contuvo un raro sentido de la lealtad y el deber que, sin duda, había venido arraigando en mi hipotálamo desde nadie sabe muy bien cuándo.

«Ya no quiero seguir trabajando para vosotros», le dije a Helenio Gil una mañana de febrero. «Estoy cansado de vivir esta vida. Lo dejo con todas las consecuencias». Pero Helenio Gil no movió un músculo de la cara. Y siguió esperando a que yo terminara mi explicación y mis razones. De modo que insistí en que no se podía vivir así toda la vida, que estaba rodeado de muchas personas honradas a las que mantenía engañadas, que no entendía muy bien el sentido de los cientos de folios que había redactado a lo largo de los últimos años y que ni siquiera me compensaba económicamente tanto esfuerzo e impostura, que jamás me haría rico con esa actividad, que no cotizaba ni tendría subsidios ni pensiones. Hablé de lo incómodo que me empezaba a resultar instrumentalizar amistades, y de cómo empezaba a sufrir el delirio de no tener del todo claro cuándo estaba siendo yo y cuándo me convertía en el personaje que debía interpretar.

Mientras le explicaba todas estas cosas a Helenio Gil, incluso con detalles íntimos de mi conciencia, me daba cuenta de que no era la primera vez que se enfrentaba a una situación de crisis emocional de uno de sus hombres de campo. Siguió impasible, con la mirada fija en mi rostro, escrutando mi voz desbaratada, el brillo del enfado de mis ojos y el temblor de mis manos mientras confeccionaba para mí el mejor ademán de comprensión y ternura del que era capaz. Terminé lo que quedaba de café en mi taza y pedí otro al camarero en un afán por eludir el examen al que el zorro de Helenio Gil me estaba sometiendo.

Aquella confesión clandestina de fin de invierno no tuvo las consecuencias determinantes que yo esperaba. Helenio Gil dijo que entendía absolutamente todo lo que me pasaba, y que era normal hasta cierto punto. Me preguntó con pretendida condescendencia qué tal nos iba a

Amina Aidara y a mí. Le dije que muy bien, que fantásticamente bien y, aunque no me molestó en absoluto que tuviera ya la información de mis andanzas amorosas, sí me sorprendió su hasta entonces oculta capacidad de alarde detectivesco. Helenio Gil me propuso una buena temporada de descanso, y un regreso ulterior a la actividad con mejor nómina, la ayuda puntual de un especialista en psicología y un cambio de ciudad. No admitió ni la menor posibilidad de que cesara para siempre en mi actividad de espionaje al servicio del Centro. Aprovechó para recordarme que la calidad de mi trabajo era mejor que el de la mayoría de sus compañeros de plantilla, que tenía una habilidad especial para encontrar información valiosa y para empatizar con cualquier objetivo, que se había invertido ya mucho dinero y tiempo en mi formación y que las evaluaciones que se hacían sobre mí en la sede de la carretera de La Coruña eran todas positivas y extraordinarias. Me dijo que tenía que consultar con sus jefes una idea que se le estaba ocurriendo, y que le diese un par de días para volver a encontrarnos en una venta de carretera con nuevas soluciones y perspectivas. Y, antes de despedirnos esa mañana dentro del local, añadió con ironía que no me preocupara por Amina Aidara, que no tenía vínculo alguno ni con el servicio de inteligencia exterior marroquí, la Dirección General de Estudios y Documentación (DGED), ni con el Frente Polisario ni con el Departamento de Inteligencia y Seguridad argelino (DRS), que ya lo habían mirado, pero que se suponía que era yo quien debía haber sospechado de ello y tomado precauciones antes de tirarme de cabeza a la piscina como había hecho. No respondí al reproche.

Helenio Gil y yo nos volvimos a ver un domingo de luz empobrecida por demasiadas semanas de invierno. Hice entonces un trayecto de seguridad ordinario para llegar al destino, como tantas veces antes pero con el convencimiento de que sería la última ocasión en mi vida en que tendría que recurrir a tan infantiles precauciones para desplazarme de un sitio a otro. Escondí la moto detrás del pequeño mesón de carretera y me senté a esperar a Helenio en una mesa del comedor principal. Por primera vez sentía que la reunión iba a desarrollarse de manera diferente, que ya no habría lugar para sus instrucciones ni mis relatos enrevesados, y que yo

empezaba a tener la sartén por el mango. Ocupé, como no había hecho nunca hasta entonces, el lugar de la mesa que siempre reservaba para él, con visión frontal hacia la puerta del establecimiento y la espalda pegada a una pared. Llegó unos minutos tarde y me estrechó la mano con fuerza, como siempre. Noté que se molestó porque había invadido su espacio reservado en los encuentros, pero no dijo nada. Me preguntó delicadamente por Amina Aidara y se dirigió a mí por mi nombre completo, que, en su timbre trágico de voz, adquiría ahora un matiz inquietante. Me anunció enseguida, después de pedirse un agua con gas, que vendría otra persona, un agente de inteligencia especializado en contraterrorismo que quería conocerme.

Aunque lo intenté, Helenio Gil no me dio la oportunidad de explicarle que estaba realmente cansado y que no quería volver a saber de espías ni de seguimientos ni de papeles secretos. Mi discurso agradecido de rescisión de contrato no pudo ser desplegado tal y como había previsto y ensayado.

Desde mi privilegiada situación en la mesa pude ver cómo estacionaba frente a la puerta del restaurante un Volvo azul conducido por una mujer de más de cincuenta años. Del asiento del copiloto bajó un hombre alto, algo mayor que Helenio Gil, vestido con un traje cruzado de seis botones tan elegante como fuera de lugar, y entró en el comedor. La mujer permaneció todo el tiempo en su asiento, con el cinturón de seguridad abrochado, leyendo o estudiando unas cuartillas manuscritas. El hombre trajeado se sentó entre Helenio y yo como si tuviera prisa: «Me llamo Pedro. Estoy al corriente de todo lo que tiene que ver con el trabajo que desarrollas, sé que te vas a tomar un merecido y largo descanso, pero quiero que esta Semana Santa viajes con tu novia al sitio que te apetezca a gastos pagados. Un regalo. Conozco unos lugares preciosos con playas y pequeñas islas en las que os podéis perder un par de semanitas; a la bella Amina Aidara le vamos a dar la residencia permanente de inmediato, sin esperar un minuto más, porque sé que la quieres mucho y es tu deseo que pueda matricularse en una universidad española para hacerse dentista».

Las cosas empezaban a cambiar rotundamente de color, pensé mientras escuchaba a ese tal Pedro que se había bajado del Volvo y que sabía exactamente las teclas que tenía que tocar para darle un viraje a mi estado

de desasosiego y tedio. Notando que la conversación iba bien, continuó: «Lo importante ahora es que descanses, que descanséis, que termines tu carrera de Económicas, de la que te falta muy poco. Helenio Gil te va a seguir pagando igual que si estuvieras en activo, mes a mes, y si te parece bien nos vemos en junio y te explico, porque hay un par de temas que nos convendría que tocaras, que tienen relación con lo tuyo, y nos puedes hacer un favor facilito. Luego te vas quitando de en medio del universo de la extrema izquierda, con la excusa de los exámenes finales, entrevistas de trabajo, lo que se te ocurra inventar. Y te pasas el verano entero a la bartola, de mojito en mojito y sin complicaciones de ningún tipo, ¿vale?».

Amina Aidara soñaba con quedarse en España desde mucho antes de conocernos, aunque no aspiraba más que a una autorización de estancia por razón de estudios. Tuve que inventar que mi hermano Jaime tenía mucha mano en la Delegación del Gobierno de Madrid y que podía conseguir cosas, que era un pájaro para eso, un tipo muy listo y astuto con contactos interesantes. En menos de un mes Amina Aidara tenía la residencia indefinida, un paso más hacia los dos apellidos y el número de DNI que ya hoy consta en su título académico. Mi hermano y yo nos apuntamos el tanto. Sobre todo, yo.

3

Mi hermano Jaime había organizado un bautizo elegante para el primer hijo de su matrimonio con Mercedes Larriba, en la iglesia de Santa María de la Alhambra. El oficiante de la solemne ceremonia fue un anciano jesuita amigo de la familia desde nuestra infancia en la carrer de Casp de Barcelona. Un pequeño coro de universitarias elevó cánticos maravillosos dentro de la iglesia y nos hizo olvidar el calor de junio que nos esperaba fuera. Tras las bendiciones finales, las enhorabuenas a padres y padrinos y los regalos obligados, Amina Aidara y yo abandonamos el templo junto a nuestros pequeños Zacarías y José. Nos esperaba un suculento almuerzo en el parador de San Francisco, a escasos metros de la parroquia. Aún no habíamos terminado de bajar las escaleras del pórtico cuando reconocí a Helenio Gil junto a los taxis del parquecito, al lado del palacio de Carlos V. Estaba solo, de pie, mirando hacia mí, con una camisa blanca de manga corta y las manos en los bolsillos de un pantalón beis de pinzas. Descubrí enseguida su melena más canosa y una mirada pretenciosamente sagaz, conocedora de mi sorpresa y hasta de mi breve desagrado. Se acercó despacio y sonriendo, y me dijo que se alegraba de verme. Ofreció su mano a Amina Aidara, presentándose por su nombre, y acarició el pelo de los niños: «Qué familia tan bonita», fue lo primero que se le ocurrió decir. Le propuse a Amina Aidara que siguiera hacia el parador con la familia de mi hermano, y que yo me incorporaría enseguida. Ya me había dado cuenta de que la aparición de Helenio Gil en escena no había sido casual y prefería mantener a mi familia completamente al margen de todo lo que tuviera que ver con el *underground* del espionaje, como siempre he hecho.

«No he dejado de seguir tus pasos en todos estos años –empezó a recitar de memoria Helenio Gil–. Supe que te casaste, que tu hermano Jaime te trajo a vivir a esta magnífica ciudad, que trabajas con él en un despacho de derecho laboral, que tu mujer también obtiene ingresos en una clínica dental del centro... Sé también que has aprendido mucho árabe, y que tus hijos son bilingües. En el Centro siempre se ha pensado que tu retirada fue una gran pérdida. No se te reprocha nada: las cosas del amor son así, pero tenías cualidades y valor, y la experiencia de muchos años y muchos cursos a tus espaldas. Te encantaban los retos. Necesitabas tu tiempo muchas veces pero siempre conseguías llegar a quien te propusieras. Inspirabas una confianza ciega al enemigo, con tu sonrisa seductora y tu sosiego, y eso es clave en este oficio. Luego, además, hacías informes perfectos, nítidos, con una capacidad de observación y memoria que no he conocido en muchos años. No quiero entretenerte demasiado porque sé que quieres estar con tu familia. Hoy no es día de trabajo. Pero déjame que te diga que nuestras prioridades han cambiado mucho en este tiempo, y que estamos buscando agentes que conozcan el mundo islámico, la lengua árabe, el *adab*... Nos vendría genial alguien como tú en Granada, casado con una mujer que aún podría pasar por musulmana, con familia en muchas ciudades de Marruecos. Lo tienes todo. No quiero estropearte el domingo. Este es mi número. Hay mucho dinero para este programa y sé que te vendría bien. Tu mujer es preciosa. Siempre has sido un tío con suerte». Helenio Gil me dio una bofetada cariñosa y se marchó como hacen los espías en el cine comercial más mediocre. Pero todavía se volvió un instante para insistir: «Llámame, no seas tonto. No estaré en Granada muchos días».

Amina Aidara y yo nos habíamos casado tiempo atrás en Barcelona; fue una boda discreta, con mis padres y hermanos como únicos asistentes y testigos por mi parte, y un par de amigas por la suya. El enlace tuvo lugar en una parroquia del Poblenou un lunes. Después nos fuimos a una terraza de verano de Pedralbes y lo festejamos con unas raciones de pescado frito,

vino y jarras de cerveza. Ni gastos ni pirotecnia ni vanidad, como queríamos los dos.

Hubo más adelante otra celebración inevitable, más apoteósica y delirante: se ofició, semanas después, en Guelmim, en las desérticas puertas del Sáhara, donde Amina Aidara tenía amigos de la infancia, parientes de diverso grado y la encantadora y recia familia de tíos maternos que se ocuparon de ella cuando fallecieron sus padres. Viajamos solos los dos en un vuelo con escala en Rabat, confiando en exceso en los preparativos de mi ya cuñado Abdati Muhammad. Para las fiestas, que se prolongarían varios días, contamos con una peluquera ceremonial, de las que peinan solemnemente a la novia y le alquilan los cinturones y diademas de oro, y los prohibitivos vestidos de pedrería. Hasta en cuatro ocasiones tuvo que cambiarse Amina Aidara de caftán, según marcan el protocolo y los usos de la región, en las tardes de jolgorio marital. Y cada vez que lo hacía sustituía también sus tiaras de media luna, los aderezos y fajines de plata, las pulseras y los anillos. Recuerdo los caftanes sucesivos verde esmeralda, lila, rojo y blanco. Pintaron sus manos con dibujos geométricos y caligrafías de henna, y maquillaron sus mejillas con unos polvos chinos que aclararon el tono de su piel hasta lo inimaginable, en un indudable intento por esconder el infortunio local de su morenez.

La fiesta reventó dentro de las jaimas instaladas en el patio, donde un grupo de músicos infames machacaban sus instrumentos antiguos con estrofas extenuantes. Se ayudaban de altavoces que nadie controlaba ni orientaba hacia ninguna parte. Los novios y los invitados íntimos de Amina Aidara llegamos en viejos automóviles, Mercedes Benz con más de treinta años bajo el capó, adornados con flores de colores. Muchos eran taxis bermejos contratados para la ocasión. Sacrificaron un camello para dar de comer a cientos de asistentes venidos de todas partes sin que nadie supiera bien cómo ni por quién habían sido invitados. Muchas mujeres cubrían su rostro con velos brillantes y traslúcidos. La novia, tendida boca arriba sobre almohadones, como un cadáver místico, se dejaba maquillar por las vecinas expertas en una especie de camerino improvisado con cortinas de ojales. ¿Había algo no improvisado? Los jóvenes se empeñaban en que yo bailara

como ellos, sin vergüenza, en adecentar mi turbante de novio, en fotografiarse a mi lado como si lo hicieran junto a un trofeo de caza, y los niños cantaban fuera de las carpas cuando la orquesta callaba, y ululaban las mujeres cubriendo la lengua con las manos. Ni un sólo instante, durante más de dos días con sus noches, cesó el olor a guiso y a hierbabuena. Carne de novillo guisado con ciruelas y pasas grandes, platillos de arroz largo y de cuscús con azafrán, gallina con relleno de aceitunas y fideos... Unas familias llegaban, otras se marchaban con los estómagos infantiles llenos a costa de mi bolsillo. Los invitados más voluntariosos paseaban descalzos por las alfombras con bandejas de dulces de almendra y miel que ofrecían a diestro y siniestro como si fueran suyos. Al fin, el último día, los músicos se fueron definitivamente; las cocineras, exhaustas, volvieron a sus casas de adobe y el silencio del desierto arrasó las polvorientas avenidas otra vez; la *suite* nupcial estaba adornada con rosas y tenía sábanas limpias de lino. A dormir.

Helenio Gil y yo tomamos café en el Albaicín el lunes por la mañana que siguió a nuestro encuentro. Acordamos vernos cerca de la plaza de San Nicolás y de la Mezquita Mayor de Granada. Hacía años que no nos sentábamos juntos y era mucho lo que nos teníamos que contar, lo que habían cambiado nuestras vidas y el paso del tiempo que sus manos evidenciaban. Ahora no consigo recordar cuáles fueron los motivos reales que me llevaron a llamarle y reunirnos tras el fugaz encuentro del domingo anterior. Probablemente, la principal razón fue que me venía bien algo de dinero extra, porque mi vida profesional, en el despacho de mi hermano o ayudando en la administración de un pequeño negocio de importación de herramientas a motor, no había vuelto a tener el brillo de entonces. Pero ninguno de esos motivos se los reconocí a Helenio Gil; lejos de admitir la menor miseria personal, le dije, por el contrario, que me sentaba con él sólo por el aprecio que le tenía y en recuerdo a todos esos años de trinchera en que trabajamos juntos en el negociado de los extremismos políticos. Le aseguré que no echaba de menos los tiempos de Zaragoza y que no me

apetecía demasiado volver a las andadas, que mi vida había cambiado y estaba centrado en mi mujer, a la que quería con locura, y en mis hijos, que crecían felices. Pero sí admití, como él apuntó, que había aprendido a manejarme en hassanía, el dialecto de buena parte del suroeste de Marruecos, y que podía leer prensa en árabe y entender los informativos de los canales de televisión marroquíes. Y antes de recibir ninguna oferta concreta mentí sobre lo bien que me iban las cosas en el terreno profesional y los profundos conocimientos que había adquirido en estos años sobre la historia reciente del islamismo, sus ramificaciones políticas, sus movimientos, sectas y banderas. No era verdad del todo, pero sí era cierto que viajaba con frecuencia al sur de Marruecos, por gusto, para comer cuscús, y que habíamos pasado temporadas de vacaciones en diferentes ciudades costeras de la zona más meridional, la de cultura saharaui. Le conté que, en cierta ocasión, desarrollé en Agadir un pequeño negocio de elaboración y distribución de cubitos de hielo, con una máquina que importé desde España y una camioneta térmica de segunda mano. Funcionó muy bien gracias a la ayuda de un socio marroquí, al que después traspasé el negocio por completo, y todavía se siguen comercializando las escamas de hielo para los palangreros y los cubitos huecos para los restaurantes y hoteles de turistas de la provincia.

Helenio Gil no sabía tanto de mi vida como quería aparentar, pero no admitió tener ninguna laguna al respecto. A pesar de lo que quiso hacerme creer, yo supuse que quien estaba realmente interesado en mi trabajo no era el CNI sino él mismo, por su cuenta y riesgo y para su desarrollo profesional.

El funcionamiento de los agentes oscuros es siempre el mismo en todos los servicios secretos y, paradójicamente, en todas las organizaciones criminales del mundo. Apenas hay relaciones en horizontal entre personas del mismo rango, y ningún controlador comparte jamás con sus compañeros información de lo que está haciendo ni de lo que hacen las personas que recluta y trabajan para él. Mi identidad en el CNI, por tanto, sólo podía ser

conocida por Helenio Gil y por quien tenía en Madrid el deber de custodiar mis datos, observaciones y calificaciones en una caja fuerte bien escondida y en un potente ordenador protegido con contraseñas y sin conexión alguna a la red. Desde Helenio Gil hacia arriba, hasta el director general, todos los que hacíamos trabajos de campo éramos conocidos únicamente por un alias con el que se firmaban nuestros informes antes de remitirlos a los analistas correspondientes. Yo tampoco debía conocer mi alias ni la identidad de mi controlador o enlace; pero al final, después de años de trabajo juntos, los controladores bajan la guardia y acaban cometiendo errores y deslices en el cuidado y guarda de la información clasificada. Por eso, de Helenio Gil ya hacía tiempo que sabía lo elemental: comencé conociendo sus apellidos porque, en cierto viaje a Madrid, se hospedó en un hotel con su nombre real y la recepcionista dejó la cuenta a mi alcance unos segundos, los suficientes para que pudiera memorizarlos. Luego busqué en internet y lo encontré en boletines oficiales junto a su número de DNI; conseguí saber dónde vivía gracias al favor de un policía local.

Todas esas pesquisas aparentemente inútiles eran precauciones que yo tomaba para protegerme en caso de que alguien me sorprendiera o detuviera por espiar ilegalmente o meterme en algo turbio por mandato de un controlador. Si, dado el caso, el CNI se quisiera desentender de mí, como había pasado ya en muchas otras ocasiones con otros agentes, tendría a mi alcance información suficiente para defenderme. Así que guardaba celosamente en casa documentos gráficos y fotografías que pertenecían a los archivos del CNI y que me habían sido confiados momentáneamente para el desarrollo de mi trabajo. Me daban esas fotos y me pedían siempre que las destruyera cuando no las necesitase, cosa que nunca hice. También guardaba las conversaciones por SMS o WhatsApp más comprometidas y reveladoras de mi relación con el Centro, y documentos que me falsificaron para mi infiltración en determinados ambientes. Nunca me hizo falta nada de eso, pero yo almacenaba todo un arsenal de pruebas con las que podría, en caso de emergencia, demostrar perfectamente que trabajaba a las órdenes de un agente del CESID o CNI. Es más, tenía hasta selfis tomados en centros del CNI que llegué a visitar muy puntualmente y folios y folios de copias de

informes ya entregados en los que quedaba patente el trabajo desarrollado durante años.

Sé que tantas precauciones pueden parecer paranoicas, pero ya había sucedido muchas veces que, ante el hecho de que un agente oscuro hubiese sido sorprendido o detenido por la Policía con las manos en la masa, grabando o fotografiando sin autorización judicial, el Centro se desentendía y negaba cualquier relación con los hechos. Las hemerotecas españolas están llenas de noticias de este tipo, de sucesos extraños en los que la Policía sorprende a unos tipos que entran en el domicilio de una artista vinculada a un monarca o la vivienda del presidente de una compañía eléctrica, y se hacen con una documentación relevante, o se cuelan en un despacho para colocar un micro. Yo era consciente de que buena parte del trabajo que se me encomendaba carecía de amparo legal. Nadie me obligaba a hacer aquello que yo no quisiera hacer; me gustaba la acción y me interesaba el dinero, pero tenía claro que no iría a la cárcel nunca por seguir las indicaciones de un agente del Gobierno.

Para protegerme judicial y socialmente, acudí hasta en tres ocasiones diferentes y por distintos motivos a un notario que, bajo las más absolutas garantías de confidencialidad, levantó sendas actas de manifestaciones y otra de exhibición de documentos. El primer acta cuenta las razones de por qué estaba actuando como musulmán en determinados ambientes y cuáles eran las instrucciones que me había dado un agente estatutario del CNI para obtener determinados archivos informáticos de un recinto privado. El segundo acta, firmado sólo unos meses después del primero, acreditaba que estaba en posesión de listados completos con fotografías del personal diplomático y agentes locales de cuatro embajadas diferentes en Madrid, entre las que citaré sólo la de Marruecos y la de Argelia. También tenía planos arquitectónicos precisos de algunas de las embajadas. El notario guardó copias de esas relaciones de nombres con fotografía y de los planos. Eran documentos que no podían haber sido conseguidos por mí y que, por tanto, podían servir para acreditar mi relación contractual con el Centro.

Por raro que parezca, durante los años que pasé trabajando para el CNI aprendí que una de las grandes obsesiones de la agencia era hacerlo todo de

tal manera que nadie pudiera descubrir jamás la mano del Gobierno detrás de las misiones más cuestionables. Recuerdo bien lo genial que era todo cuando las cosas salían según lo previsto, aunque el éxito de la misión se hubiera debido al hurto de unos documentos o la violación de la correspondencia: había aplausos, palmadas en la espalda y recompensas. Pero cuando una de esas operaciones o misiones discutibles se torcía y acababa en los periódicos o en los despachos de la Policía, entonces nadie sabía nada. No me lamento de ello ni se lo recrimino a nadie. Sabía que tenía que ser así, como aparece en todos los manuales de servicios secretos del mundo. La relación del servicio de inteligencia con el agente oscuro no ha de dejar pistas ni testigos, y, por eso, entre otras cosas, la entrega de sobres con dinero se hace siempre en un lugar público y bajo la mesa, dejándolos en un bolsillo o dentro de un casco, fuera del alcance visual de testigos o videocámaras. Me pagaban lo que me pagaban porque las cosas eran así de peliagudas. Sería un verdadero idiota si no fuese consciente de ello, y más idiota aún si no tomara las precauciones correspondientes por si acaso.

Firmé un tercer acta notarial en la intimidad de un despacho de un pueblo malagueño. En aquella ocasión no mostré al fedatario público documento alguno ni declaré o probé la recepción de instrucciones del Gobierno. Esta vez el acta de manifestaciones se redactó para proteger a mi familia de una posible intromisión funeraria como la que acababa de tener lugar en el entorno de una mezquita en la provincia de Granada. Por entonces acababa de fallecer repentinamente un granadino de las Alpujarras, cuyo nombre era Juan, recién convertido al islam. Su desconsolada viuda y sus hijos desconocían todavía que hubiese abrazado la fe de los musulmanes y procedían ya a preparar un funeral y sepultura cristianos. Los responsables de la mezquita en la que había profesado la *shahada* pocas semanas antes acudieron a casa del difunto y explicaron a la sorprendida esposa que este debía ser enterrado según la tradición islámica, que había que llevar su cuerpo a un tanatorio para lavarlo y prepararlo según los usos de los fieles y, luego, enterrarlo con sudario blanco y acostado sobre el lado derecho y mirando al este en el cementerio

musulmán de La Rauda, junto al municipal. La viuda se quedó estupefacta, pero el imán y el muecín de la mezquita le enseñaron las fotos festivas de la conversión y el documento de la *shahada*, la profesión de fe islámica, firmado por el fiel entrante, el presidente de la comunidad islámica y dos testigos identificados con sus carnés fotocopiados. Desconcertada, la mujer tuvo que claudicar, y el cuerpo de Juan, que ya no era Juan sino Mussa, fue enterrado por los musulmanes de su comunidad como correspondía a su recién abrazada fe.

Es verdad que yo no tenía entonces ni edad ni intención de morirme; pero visibilicé de inmediato que se podría producir una situación idéntica a la de Mussa si me sobreviniera una muerte repentina. Y no estaba en mis planes acabar enterrado en un cementerio islámico ni, sobre todo, que mi familia tuviera que pasar por el trago amargo de esa terrible e increíble sorpresa *post mortem* con la consecuente urgencia de tener que localizar papeles o testimonios que demostraran mi auténtica vinculación espiritual, frente a documentos y testigos extranjeros, y decidir finalmente en manos de quién poner mi disputado cadáver.

Los musulmanes con los que me movía en ese tiempo preciso, cuando acudí al notario malagueño, eran manifiestamente hostiles a nuestro sistema de valores constitucionales y a mis principios más elementales de moralidad, y por nada del mundo hubiera permitido yo que mis restos corpóreos y el duelo de mi familia acabaran en sus manos, por remota que fuese esa posibilidad. Así que, por si acaso, ante notario, elevé a documento público que «a pesar de las apariencias, de los documentos que pudieran ser aportados de buena fe, anteriores o posteriores a día de hoy, o de los testimonios de las personas más honestas y convencidas, me declaro cristiano y no musulmán, heredero de la tradición católica de mi familia, y como tal quiero ser tratado cuando no tenga capacidad para así expresarlo y cuando llegue el momento de mi muerte». Le di el documento notarial a mi mujer en un sobre cerrado y lacrado, y aún lo guarda en la caja fuerte de casa, con su firme promesa de acceder al mismo sólo en el caso de que yo quedara intelectualmente incapacitado o si muriera. Ella siempre ha creído que eran disposiciones testamentarias finales, chocheces. Es más, lo sigue

creyendo y el documento permanece guardado en su escondite de acero, con su copia gemela correspondiente en la notaría de pueblo en la que lo firmé. Por supuesto que Amina Aidara conocía y conoce perfectamente mi adscripción religiosa, probablemente incluso mejor que yo, pero quería que tanto ella como mis padres o mis hijos tuvieran siempre un arma legal al alcance de la mano para defenderla en caso de que fuera necesario.

Creo que todo ese desproporcionado miramiento y aprensión a lo mortuorio y fúnebre me viene de un episodio tremendo cuya descripción pormenorizada desborda por completo mi memoria. El caso es que había fallecido un anciano respetable en nuestro barrio granadino, musulmán fervoroso y fiel a sus obligaciones pías. Su familia no dudó sobre el destino de sus restos: había que llevarlo a Berrechid y enterrarlo junto a los suyos. Como llevaban poco tiempo en España y ni siquiera se manejaban bien en español, no tuve más remedio que ocuparme de recabar la información necesaria para la repatriación, de hablar con el tanatorio especializado en esos transportes aciagos y de enterarme de los detalles del ritual funerario con todos sus procedimientos ancestrales.

Con trapos inmaculados de algodón indio, agua clara y jabón de glicerina, un par de caritativos fieles que acumulaban la experiencia necesaria para el ceremonial lavaron el cadáver. Lo habían tendido en calzoncillos sobre una mesa de aluminio, y lo perfumaron luego con fragancias oleosas. Desde la máxima distancia que pude conseguir asistí con sincero respeto a ese protocolo de purificación y ceremonia de caridad. Sin embargo, aún faltaba la operación más desapacible: las leyes internacionales exigen la formolización del cadáver antes de su encajonamiento en un arca de zinc y posterior viaje transfronterizo. El médico y tanatopractor Daniel Troncoso, con quien llegué a tener verdadera amistad, esperaba su turno con paciencia de científico en la antesala de los frigoríficos. Con bata verde, guantes de látex y mascarilla quirúrgica procedió a sustituir la sangre inmóvil de las arterias por formalina de color a través de dos orificios femorales de acometida y desagüe en sendas extremidades. Luego vistieron al difunto de peregrino, con un sudario sin costura, y quedó así compuesto del todo para su último viaje.

«Estamos centrados en los musulmanes», me dijo Helenio Gil, y comenzó a explicarme: «La amenaza terrorista se esconde en cualquier lugar, en mezquitas, pequeños oratorios, viviendas que se convierten en centros de reunión y adoctrinamiento, grupos de misioneros que viajan de un sitio a otro financiados con dinero de países árabes... No damos abasto. Ciudades como Barcelona o Madrid se han convertido en auténticos hervideros y sólo con mucho personal y con muchos fondos conseguimos más o menos conocer lo que se cuece en cada oratorio y en cada grupo de fanáticos radicales. Tenemos gente muy buena dentro haciendo trabajos increíbles. Disponemos también de informadores por todas partes, colaboradores que detectan movimientos extraños y nos alertan de inmediato. Policía Nacional, Guardia Civil, *mossos* o *ertzainas*, todos los que nos ocupábamos de ETA y de los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO) hace sólo unos años estamos ahora con los radicales del yihadismo internacional. Pero todo esto es muy nuevo y tenemos mucho que aprender. No sabemos casi nada de redes de financiación, de la forma en que muchos disimulan su ideología radical hasta el extremo de vestir como neoyorquinos y frecuentar discotecas y cines, de los oscuros procesos de radicalización de Al Qaeda, de los imanes de refuerzo que mandan ciertos países en Ramadán, de dónde está el auténtico peligro. Las mezquitas no cuentan con sistemas de subvención pública, como la Iglesia, y tienen que recurrir a la autofinanciación, por parte de sus fieles, o a la ayuda de países lejanos que, a cambio de soltar billetes, imponen sus doctrinas y sus imanes. Luego están los españoles conversos al islam: mujeres que militaban en la extrema izquierda y que ahora cubren su cabello con un velo; malagueños y cordobeses que lideran comunidades musulmanas, piden terrenos para mezquitas y cementerios, y rezan en mitad de la calle cuando llega el momento. Aquí, en Granada, hay un grupo importante de americanos, italianos y españoles que se han hecho musulmanes y se han integrado en un movimiento que se llama Morabitún, liderados por un viejo escocés converso al islam, que fue en su día mánager de los Beatles». Le escuchaba atento, pensando que ese mundo fantasmagórico que empezaba a describirme, y en el que tan dentro acabaría metido, era absolutamente

nuevo para mí, y todas esas historias de terror, turbantes y amenazas lejanas aún me sonarían a chino durante un tiempo.

Helenio Gil se esforzó en destacar la maravillosa potencialidad que él encontraba en mí para el trabajo que quería encargarme: «Estás casado con una mujer que, en origen, es musulmana, lo que conlleva que en los ambientes que nos interesan se da por hecho que tú también eres musulmán, o que puedes llegar a entender la espiritualidad islámica y abrazar finalmente esa fe. Tienes barba, lo que te aporta un indiscutible aire árabe; pero sobre todo obedeces con ese adorno a lo que aconsejan ciertos hadices: al profeta Mahoma se le reconocía por su barba incluso cuando estaba de espaldas. Tampoco tienes que dejar de fumar, como hacen los rigoristas, porque no fumas; apenas bebes... En fin, que vales tu peso en oro para lo que nos interesa».

«¿Y cuánto es mi peso en euros, mes a mes?», pregunté sin rodeos de principiante. «Bueno, ya sabes cómo va esto y las limitaciones presupuestarias con las que nos movemos siempre, que si los frutos del trabajo, que si el valor de la información, los riesgos que se asuman, horas nocturnas que se eche uno en el cuerpo, desplazamientos imprescindibles a otros sitios...». Corté a Helenio Gil en seco. Le dije, con esa confianza que podía permitirme, que se dejara de historias y que fuese al grano con lo que quería exactamente de mí y con lo que iba a pagarme esta vez, que ya no era un chiquillo ni estábamos hablando de pandillas traviesas con hoces y martillos. Pero Helenio Gil sabía no dejarse amedrentar: sacó una mano cerrada del bolsillo de su abrigo y aplastó sobre la mesa un puñado de billetes de cincuenta euros. «Coge ahora estos mil euros, de adelanto; te los iré dando mes a mes, el día 25 aproximadamente, y, en función de resultados, vamos añadiendo doscientos, cuatrocientos, etcétera.»

Me venía muy bien ese dinero. No sabía cómo iba a hacer para mantener mes a mes la intensidad y la calidad de la información que se esperaba de mí, pero en esos años los resultados contables del despacho que compartía con mi hermano y mi negocio ferretero eran desiguales, por lo que cualquier ingreso iba a ser bien recibido en mi ámbito doméstico. Sé que esas cantidades no eran gran cosa para los líos en los que acabaría

metiéndome, pero he de reconocer que padezco una extraña y nunca bien diagnosticada tendencia al azoramiento y al embrollo, así como a la acción trepidante. Soy feliz en las adversidades. También lo soy en la quietud. Es una cosa rara: creo que va por épocas. El caso es que la oferta de trabajo de Helenio Gil también generaba un motivo de complacencia en la más oscura de mis vanidades: que mi país me necesitara era sin duda una creencia un tanto presuntuosa y exagerada, pero algo de verdad había en la vaga idea de que mi trabajo, silencioso y secreto, podía ser provechoso para los responsables de la seguridad y la defensa de España. Y me recuerdo entonces, en más de una ocasión, mientras me bebía en solitario un whisky en el bar de un hotel de Argel o contemplaba el paisaje desde un mirador de una azotea en la medina de Tánger, pleno de dignidad y de altivez, degustando el gozo que me producía defender a mis vecinos españoles de amenazas reales. Tal vez era una sensación miserable, inmerecida y desmesurada, pero formaba parte inseparable, junto a los sobres de billetes de cincuenta, del pago que recibía mes a mes por asomarme a los agujeros más siniestros de la vehemencia humana: mi país había venido a buscarme para que hiciera un trabajo en beneficio de la seguridad nacional. Me gustaba creer que era así.

Antes de despedirnos, Helenio Gil me puso por delante un recibo en el que había un espacio para una firma, la mía, sin nombres de dador ni receptor: sólo cantidad y fecha. «Han cambiado los jefes, las normas... ahora nadie se fía de nadie. Echa un garabato ahí antes de irte, si no te importa». Luego me dio un Nokia nuevo encendido y me dijo que ese era el único teléfono que debía usar para comunicarme con él, que no debía utilizarlo para hablar con nadie más y que él llevaría otro siempre encima exclusivamente para comunicarse conmigo, que ambas líneas estaban puestas a nombre de una empresa ficticia de mantenimiento de ascensores. También me dio, escrita en un papel, una dirección de correo electrónico de hotmail y la clave de acceso al mismo. Los informes y documentos que tuviera que remitirle habría de colocarlos en un borrador de ese correo cuya clave conocíamos los dos. Y esos informes, a su vez, estarían redactados en un documento de Word y protegidos con contraseña de apertura. Los

proveedores de e-mail no mantienen copias de los mensajes o archivos guardados en la carpeta de borradores una vez que el correo se ha eliminado. Mientras el texto o el archivo no viaje de una dirección de correo electrónico a otra, no queda rastro en la memoria del proveedor.

Cuando llegué a casa, antes de lo habitual, Amina Aidara bregaba en la cocina con tablas de picar cebolla, y una olla a presión silbaba sobre la vitrocerámica y mojaba los muebles impregnándolo todo de una agradable fragancia a caldo de gallina. Me senté en uno de los taburetes que rodeaban la isleta de madera en la que solíamos comer, respiré hondo, sereno, y me dispuse a contarle que había aceptado un nuevo y extraño empleo que consistía más o menos en hacerme amigo de personas sospechosas de profesar ideologías radicales, que no era peligroso en absoluto aunque requería discreción y sigilo, que me pagarían mes a mes en metálico y en B, que tendría que viajar de vez en cuando y cambiar algunos hábitos externos para asemejarme a ciertos extranjeros, y que había aceptado porque podía hacerlo, por patriotismo y porque nos interesaba económicamente, que ya lo había hecho antes y sabía bien de qué se trataba. Sin embargo, ni una sola de aquellas palabras salió finalmente de mi boca. No conté nada a Amina Aidara y todo ese mundo de siniestros propagandistas del islamismo extremo y conspiradores radicales quedaría siempre al margen de mi sosegada y dulce vida familiar.

Nadie me prohibía compartir con mi esposa ciertas generalidades del trabajo de campo, pero yo opté siempre por el silencio, tal vez por preservarles la tranquilidad a mi mujer y mis hijos, pero también por mi propia paz: deseaba tener en casa y junto a ellos un territorio de reposo limpio, completamente al margen del enemigo, un cuartel de invierno al que poder llegar cansado y en el que saberme intocable, irreprochable e incólume. Amina Aidara no supo nada. Creo que lo decidí aquella misma mañana en que, echándome mil euros al bolsillo, acepté la bajeza de la infiltración, la impostura y el espionaje de las ideologías más opacas y perversas. Me levanté del taburete de madera de la cocina, en el que teníamos prohibido sentarnos con ropa de calle, me acerqué por detrás hasta la nuca de Amina Aidara, acaricié la piel de sus brazos, siempre lozanos y

tibios, y la abracé y besé con la ternura suficiente como para poder sentirme perdonado, redimido de una mentira necesaria que duraría demasiado y que, sin embargo, no sería jamás un obstáculo para el profundo respeto y amor que siento por ella desde el principio de todo.

Las instrucciones que recibí para empezar a trabajar no fueron precisas. Nunca me daban suficiente información de nada, probablemente porque no la tenían pero también por prudencia profesional. Sólo me proporcionaron los nombres de los responsables de una mezquita granadina controlada por la secta islámica del Tabligh. Todos los miembros de aquella asociación regentaban comercios minoristas o establecimientos hosteleros abiertos al público general, por lo que no me resultó nada difícil ir dando con ellos, conocerles, entablar suficiente amistad, mostrarme interesado en el islam y participar en algunas tertulias de té con piñones y chuparquías. Ya sabía bien cómo iba eso de hacer amigos. Las conversaciones fluían normalmente en español, pero el hecho de que yo ya pudiera defenderme en árabe y conociera bien las herramientas dialectales resultó esencial para que se me fueran abriendo poco a poco las puertas más herméticas. El tiempo me fue dotando, ante esa pequeña comunidad de fieles, del liderazgo necesario y el carisma suficiente para poder acceder a información de calidad.

Los objetivos sí me los marcaron más claramente. Tenía que enterarme de todo lo que sucediera en la mezquita en cuestión, quiénes la frecuentaban con más regularidad, quiénes eran los profesores que impartían enseñanza religiosa a los niños de la madrasa contigua, de dónde obtenían la financiación necesaria para su sostenimiento y sus recurrentes obras de caridad en el vecindario, la relación con otras mezquitas del entorno, las visitas oficiosas de unos a otros, los *sheijs* que venían a impartir charlas con carácter extraordinario y reverencias generales, las reuniones clandestinas tras la puesta del sol y los viajes al extranjero para suplicar ayudas a los ricos de Oriente.

Desde el primer instante en que los tablig de la mezquita tuvieron conocimiento de mi matrimonio con una mujer árabe, a la que se le suponía la adscripción islámica en origen, comenzaron a exigir mi inmediata conversión al islam. Según sus siempre interesadas interpretaciones del

Corán, a la mujer musulmana le está tajantemente prohibido casarse con un infiel, bien pertenezca a alguna de las religiones del Libro, bien sea un pagano o un asociador. Mientras que al hombre musulmán sí se le permite casarse con cristianas y judías, porque ello no afecta a la fe de sus hijos y porque ya lo hizo así el profeta Mahoma, la mujer, por el contrario, peca gravemente y se condena si no hace que su marido abrace el islam antes de la boda. Así que el matrimonio de mi mujer era nulo a ojos de Alá mientras yo no me convirtiera al islam y, posteriormente, nos casáramos por el rito islámico. Esta situación fue un continuo elemento de tensión prácticamente en cada encuentro o tertulia. Sin embargo, lejos de incomodarme en lo más mínimo, me servía para mantener a los directivos de aquella asociación religiosa pendientes de mis lentos pero decididos pasos hacia el islam. Y, de ese modo, yo me iba haciendo querer y cayéndoles simpático. Decían de mí que venía de lejos, que iba dando pasos y que había que rezar por mi conversión.

Desde el principio decidí mostrarme reticente a entender algunos de los preceptos coránicos que tanto me explicaban mis objetivos una y otra vez como si, a base de repetírmelos, pudieran llegar a parecerme comprensibles o racionales. Lo que me enseñaban no eran los fundamentos de la rica espiritualidad islámica, sino una versión machista y patriarcal de las peores traducciones de los textos históricos. Mientras tanto, como complemento a las clases privadas sobre la materia que me impartía el Centro en exclusiva, yo adquiría por mi cuenta libros acerca del islam en la papelería de la mezquita y aprendía a una velocidad increíble acerca de un universo que me era prácticamente desconocido y que me pareció que estaba lleno de puertas cerradas y cavernas sin salida. En aquella búsqueda por aprender lo básico y necesario, di con portales islámicos en español y con el libro de iniciación al islam que escribió uno de los colaboradores de Webislam, Hashim Cabrera. Lo conocí personalmente y aprendí mucho de él en conversaciones de bar, y de su visión clara y nítida de la relación del hombre con Alá, su Creador. Así empecé a enterarme de la gran diversidad doctrinal que existía entre musulmanes que compartían ciudad, idioma y generación. Esa pluralidad local no era más que un reflejo de las diferencias abisales que

encontraría después entre los musulmanes del mundo, todos con casi idéntico Corán pero con miles de banderas políticas y doctrinales. Aprendí que el islam no era monolítico en nuestro planeta, pero ni siquiera en la misma calle de Granada.

Comencé, sin proponérmelo demasiado, a simultanear relaciones de amistad con los marroquíes y pakistaníes miembros del Tabligh a la vez que con los occidentales conversos del movimiento Morabitún y con los sufíes de Webislam, que eran los miembros de la asamblea de Junta Islámica que fundó el bueno de Mansur Escudero.

Los Escudero eran diez hermanos de las dos esposas simultáneas que tuvo el aclamado Mansur, una de las cuales fue misteriosamente asesinada por un desconocido en su domicilio cordobés. Eran jóvenes guapos y guapas, con muy buena formación académica y espiritual. Practicaban una especie de trascendencia fraternal y mística, heredada de su padre, pero también de una religiosidad común que compartían Teresa de Ávila o Juan de la Cruz con Al-Shushtari o Ibn Arabí, basado en la tolerancia y el respeto a otras formas de espiritualidad honesta, incluso al ateísmo. Desde la Junta Islámica de España controlaban Webislam, que cambiaría después su nombre a Verislam, y el Instituto Halal, el que aún certifica y sella como aptos para el consumo de los musulmanes los pollos que vende Eroski y otros miles de productos de alimentación que no contienen ni cerdo ni alcohol ni sus derivados, y que han sido procesados de acuerdo a unos requisitos universalmente exigidos por los musulmanes practicantes. Las mujeres con liderazgo propugnan en Junta Islámica un feminismo coránico y una creencia tolerante con la homosexualidad y la diferencia, y promueven las relaciones sinceras de amistad y cooperación con los miembros de otras confesiones. Se codean con judíos, aunque no con los empecinados sionistas; con evangélicos cantarines y con cristianos de base tan polémicos como Juan José Tamayo. Aquella teología de la liberación que triunfó en Sudamérica en los años setenta parecía encajar perfectamente con el compromiso de vida de estos conversos con estudios universitarios, traje, corbata y maletín.

Recuerdo bien que para el desaparecido Mansur Escudero y sus hijos el Tabligh era una secta más dentro del complejo universo poliédrico del islam, y percibían a la mayoría de sus miembros como simpatizantes de una visión reduccionista del verdadero mensaje de Alá, obsesionados con lo más horizontal y político del Corán, enemigos de la única espiritualidad sincera y de lo que ellos llamaban el despertar vertical de la conciencia. Por su parte, los tablig veían a los de Junta Islámica como una especie de musulmanes hippies perdidos, herejes que han olvidado las estrictas normas de conducta que impone el islam a sus fieles y que, en definitiva y precisamente, son la salvaguarda de un sistema patriarcal que ha de ser defendido frente a quienes quieren diluirlo o hacerlo desaparecer. Los tablig, igual que los wahabíes, no perdonaban a los miembros de las corrientes más próximas al sufismo que fuesen condescendientes con quienes rehúsan ciertas vestimentas o rezaran cantando, por citar sólo un par de ejemplos.

Los morabitún de Granada, administradores de la Mezquita Mayor del Albaicín que se construyó con fondos procedentes de Marruecos, Libia, Malasia y Emiratos Árabes, eran también sufíes, aunque muchos de ellos se declaraban abiertamente filonazis, como hacía su reverenciado fundador. En sus filas se convirtieron y formaron Francisco Escudero, que después sería Mansur, y Antonio Carrasco, rebautizado como Abdelkrim, ambos fuera ya de este mundo. Sin embargo, tanto estos como algunos otros más huyeron pronto de ese movimiento delirante, en cuanto se percataron de sus oscuros intereses políticos y del talante megalómano de su líder fundador, el escocés Ian Dallas, que ya empezaba a controlar no sólo las mentes de sus afiliados, sino también sus matrimonios y hasta la educación integral de sus hijos. Supieron incluso que tenía tal control sobre los miembros de su secta que, cuando opinaba que un matrimonio no era el adecuado para educar correctamente a sus hijos, ponía discrecionalmente a estos en manos de otros padres de mejor conducta. La fidelidad y temor reverencial que le profesaban sus fieles era tal que aceptaban sin ninguna pega este e incluso otros mayores sometimientos y humillaciones.

En muy poco tiempo tuve contacto con lo más granado de esos grandes y distantes grupos de fieles musulmanes que habitaban aquella extraña y misteriosa tierra granadina. El objetivo de todos mis encuentros, reuniones y cafés con ellos era obtener información relevante para que los analistas del Centro le fueran poniendo piezas al inacabable rompecabezas de la España de Alá. Nada de lo que yo veía o escuchaba al principio me parecía entonces preocupante ni mucho menos alarmante, pero me esforzaba en redactar informes precisos sobre proyectos apostólicos de unos y otros, donaciones que llegaban desde remotas regiones, contactos religiosos en otras ciudades o países y todo lo que aconteciera, por insignificante que pudiera parecer, en sus respectivas comunidades.

Conocí bien a Mansur Escudero, un erudito de la cultura sufí, la psiquiatría moderna y la acupuntura. Me entrevisté con él en Granada en varias ocasiones durante el transcurso de eventos públicos e institucionales en los que coincidimos. Hicimos después más de un viaje juntos, incluso fuera de España. No puedo decir de él sino que era un hombre excepcional. La palabra «santo» igual excede lo que quiero expresar sobre su carisma y su actitud hacia los demás; pero sus palabras siempre fueron de paz y de ternura. Quienes le conocieron opinaban, igual que yo, que era un hombre de Dios, de apertura y de concordia. No es poco en nuestros días.

Mansur había militado de joven en la extrema izquierda malagueña y, después, encontró en el sufismo la espiritualidad que los educadores católicos de su infancia no supieron mostrarle. Amaba a su prolífica familia, y amaba su profesión de psiquiatra vocacional, que le permitía tratar íntimamente y ayudar a personas que necesitaban auxilio. Mansur rezaba mucho y desde temprano hacía meditación y *dikra*, una especie de recuerdo de Dios al que se accede repitiendo jaculatorias sin parar y retirándose otras veces a la invocación en el silencio y la oscuridad. Me contó muchas cosas increíbles de su vida y sus viajes a América. Creía profundamente en la existencia y en los designios de Dios, al que llamaba Alá o Señor, según se diese el caso. Decía que había optado por someterse incondicionalmente a su voluntad, como única vía para la felicidad y la paz, y detallaba con

precisión religiosa su proceso intelectual para conseguir espantar de su vida cualquier atisbo de pánico a la muerte.

Mansur no representaba amenaza alguna para nadie. Ni él ni su familia ni el llamado grupo de Almodóvar eran objetivos concretos del CNI. Creo que se sabía bien que en ellos todo era sincero y transparente. Además, el CNI ya tenía a un militar en servicios especiales que se encargaba de seguir de cerca sus pasos y proyectos: un comandante de Infantería con el que Mansur tenía una verdadera amistad y al que tuve la oportunidad de conocer sin revelarle, claro está, mi verdadero oficio. Mansur y el comandante no tenían secretos entre sí. La de ellos era una relación en abierto de la que salían periódicos informes. El militar contaba a Mansur el acontecer de las federaciones islámicas españolas, sus salomónicos debates internos y disputas, las guerras fratricidas entre los amigos de los Hermanos Musulmanes y los del movimiento Justicia y Caridad, que, si bien está prohibido y controlado en Marruecos, había encontrado ya en el Levante español un territorio abonado para su desarrollo y expansión. Mansur, a cambio, le contaba al comandante su estrecha relación con el desventurado Muamar el Gadafi, sus viajes de trabajo y estudio a Libia, su relación con los ecumenistas e islamólogos del Vaticano, su creciente liderazgo islámico en determinadas regiones de América Latina y otros interesantes aspectos de su activismo espiritual de trinchera. A mí, Mansur me habló muchas veces de episodios místicos sobrenaturales; de su amor a la figura del Jesús de la Biblia, al que decía que había conocido gracias al Corán y no a los jesuitas con los que se formó, o deformó. Me contó también en clave de humor que tenía su espía personal, refiriéndose al comandante, y que éste le avisaba de cualquier maniobra oscura que se estuviera fraguando contra su decidido impulso a ese islam abierto, amoroso y espiritual que difundía a través de Webislam y las demás publicaciones de Junta Islámica.

Mansur veía con muy buenos ojos a un Gadafi que seguía cuestionado y en tela de juicio por la comunidad internacional. No era un secreto para nadie esa afinidad y amistad. Gadafi presidía el Liderazgo Islámico Mundial del que Mansur era embajador para Europa y la América hispana. Mansur decía de Gadafi que nunca fue un terrorista y que no admitió jamás

haber ordenado el atentado del avión de Lockerbie, a pesar de haber tenido que indemnizar generosamente a sus víctimas por imperativo internacional; y que toleraba cualquier forma de religiosidad en su país, que no tenía funcionarios imanes ni ministerios para el control de las mezquitas, que era de costumbres místicas y vivía como eremita, que a ningún libio le faltaba casa ni coche ni trabajo y que, para atender la próspera oferta laboral del país, había que importar mano de obra del África subsahariana y el Sahel.

Cuando sucedieron los terribles atentados de los trenes de Atocha, en 2004, cayó o fue deliberadamente arrojada sobre el islam la siempre injusta sombra de la sospecha. Murieron casi doscientas personas y, según la Justicia, fueron llevados a cabo por una célula yihadista. No hubo excepción: sobre todos los musulmanes que lideraban algún tipo de grupo, secta o movimiento se lanzaron dudas y conjeturas. Mansur contaba que su casa fue entonces vigilada de cerca incluso desde helicópteros militares. No sé qué había de verdad en todo aquello. Nadie me lo pudo verificar. Lo que sí me consta, por encima de todo, es que los Escudero siempre fueron gente honrada y trabajadora, españoles y musulmanes a partes iguales. Soy consciente de que eso no se entiende bien y que genera suspicacias y recelos allá donde se manifieste ese maridaje; pero pude conocer muy de cerca a ese grupo vivo de Almodóvar del Río y, con sus opiniones particulares e, incluso, con sus amistades peligrosas, no eran más que lo que aparentaban ser.

Me di cuenta muy pronto, a medida que fueron pasando las primeras semanas de trabajo preliminar, que no podía acceder a ningún manantial de información en los centros musulmanes de toma de decisiones mientras siguiese siendo cristiano, un *kafir* o infiel a ojos de todos. Por todas partes recibía invitaciones a realizar la *shahada*, la profesión de fe. Los argumentos que encontraban mis catequizadores eran fáciles: me gustaba el islam; el islam es la única y verdadera fe; sólo me salvaría si me reconocía musulmán; mi matrimonio no era legítimo; podía morirme en cualquier momento; había nacido musulmán como todos los hombres aunque me hubieran alejado de la raíz, etcétera.

Los mensajes que recibía de los diferentes grupos de musulmanes eran, consecuentemente, distintos. Los sufíes del grupo de Almodóvar me hablaban de paz y de dejarme arrastrar por un torrente de gracia, de participar y hasta saborear la vida íntima de Alá y disfrutar, a la vez, de la belleza de las cosas de este mundo. Y no intentaban persuadirme de nada ni asustarme con penas escatológicas de lumbres y sequías. Los tablig estaban obsesionados con que aprendiera a rezar, con cómo debía colocar las manos y los pies cuando lo hiciera, con que llevara a mis hijos a clases de Corán en la mezquita y con que bebiera, me sentara y durmiera a la manera en que, según ellos, lo había hecho el profeta del islam, Muhammad, al que los españoles llaman Mahoma.

Los morabitún de la Mezquita Mayor, en el castizo barrio del Albaicín, querían también mi pronta conversión. Tenían el orgullo de pertenecer a diferentes nacionalidades. Muchos de ellos eran de países europeos o estadounidenses. Presumían de una auténtica y preciosa mezquita, un edificio realmente fabuloso con patios fregados, fuentes de aguas frías y diáfanas, y ricos artesonados. Educaban a sus hijos de un modo particular, a menudo sin que pisaran las escuelas públicas. Insistían en que tenían el mejor *din* o forma de vida, pero hacían cosas tan raras como oponerse a los planes oficiales de vacunación infantil. Para colmo, acuñaban monedas de dinares de plata y oro en una ceca privada; así conseguían o intentaban conseguir el objetivo de realizar sus transacciones internas al margen de las instituciones financieras, siempre en entredicho a cuenta del pecaminoso interés del dinero. Parecían sufíes en su estética y animosidad, pero estaban obsesionados con la restauración del califato mundial y con la militarización necesaria para ello. Yo siempre los consideré ascetas, atrincherados en un objetivo político del todo inalcanzable.

Por razones que creo que tuvieron que ver más con lo artístico que con lo ideológico, decidí que aquel grupo del Albaicín era el más indicado para acoger mi conversión al islam y obtener de ese modo los documentos oficiales que acreditaran mi filiación espiritual. Para los musulmanes todos los hombres y mujeres nacemos musulmanes y no dejamos de serlo nunca aunque nos apartemos de la creencia. Con la profesión de la *shahada* uno

sólo retorna a su origen espiritual, al único espacio real de fraterna sumisión a Alá.

Por entonces, aún ignoraba completamente las conexiones de muchos de los integrantes del Morabitún con la derecha más extrema europea y con cualquier movimiento que promoviera la judeofobia. Y desconocía por completo que estudiaran y usaran la lengua germánica para comunicarse internamente, lo cual, lejos de ser ilegítimo, ponía en evidencia su afán por asemejarse, al menos en lo esotérico, al mismísimo Adolf Hitler, al que el todopoderoso *sheij* Ian Dallas adoraba explícitamente.

Ni yo ni nadie podía haber imaginado a simple vista que, detrás de ese edificio equilibrado de jardines místicos que es la Mezquita Mayor de Granada, muy cerca del famoso mirador de san Nicolás, frente a la colina de la Sabika, habitase un grupo de naturaleza fanática, elitista y sectaria. La profusa fuente azul del patio, los zócalos de madera, los delicados empedrados, la cuidada iluminación, la esmerada jardinería y las vistas sobre la Alhambra invitaban al sosiego, a la reflexión y al entendimiento. Nada evocaba el delirio.

Muy pronto, ese joven ingenuo que empezaba a interesarse por el islam, la religión de su esposa, recibía ya por todas partes algo más que invitaciones a la conversión. Fieles de cualquiera de los grupos entre los que me movía me sugerían que no dejara pasar un minuto más. Y yo, mientras podía, iba poniendo toda clase de excusas peregrinas para retrasar mi vuelta al islam. Mi fiel enlace, Helenio Gil, me insistía en que no hiciera la *shahada*, que debía evitar ese compromiso público al menos por el momento. Sin embargo, el momento sobrevino ineludible.

Uno de los fieles de la Mezquita Mayor de Granada, Ahmed Jara, propietario de una tienda de té en la calle Caldererría, parecía querer apuntarse ante Alá el éxito celeste de mi conversión. Insistió hasta la saciedad en que no debía dejar pasar ni un día más alejado del Creador, fuera de la comunidad de creyentes del islam, la *umma*, y lo preparó todo para un viernes, durante la oración del *dohor*, cuando más creyentes rezaban en la mezquita. Lo hizo todo sin contar conmigo y me lo comunicó apenas tres días antes. Me regaló una *kandora* de color blanco titanio para

la ocasión, un *tasbih* o rosario musulmán de cuentas nacaradas y un frasco de vidrio de concentradísima esencia de perfume de almizcle.

Ahmed Jara tenía el encargo de cuidar la limpieza y el orden del patio de la mezquita y controlar el acceso de los fieles y turistas las jornadas en que le tocaba hacer guardia. Había nacido en Marruecos, lo que le hacía formar parte del reducido grupo de musulmanes de origen no europeo de los doscientos que componían el elenco de la mezquita del Albaicín. A pesar de cuidar del mantenimiento del recinto exterior de la mezquita y de ocuparse por turnos de atender la pequeña librería religiosa de la entrada, desconocía en buena medida todo lo relacionado con la financiación del monumento. No sabía de asuntos como la llegada de dinero de Libia, al principio, y de Emiratos Árabes, después. Ahmed Jara estaba casado, tenía una hija pequeña y creía, como todos los integrantes del Morabitún, que había sido elegido para una misión especial y seudodivina que no debía eludir con ninguna excusa.

Con la oposición expresa de Helenio Gil, y sin que Amina Aidara sospechase lo más mínimo, salí aquel viernes por la mañana de casa hacia mi oficina con la *kandora* sacramental dentro de una mochila de trabajo. Reconozco que estaba sinceramente preocupado ante el paso que iba a dar en público y, sobre todo, por las consecuencias más inmediatas y mundanas de esa zancada trascendental. Al CNI no le interesaba demasiado el Morabitún, así que mi *shahada* en la Mezquita Mayor sólo iba a servir para integrarme a la fraternidad islámica universal, a la *umma*, y no para formar parte de lo que, cada vez con más claridad, se me empezaba a presentar como una secta de iluminados. Al contrario, tanto Ahmed Jara como el resto de responsables de la mezquita de Granada y su aparato cultural y social deseaban que mi profesión de fe en la sala de oración implicara también mi inmediata incorporación al Morabitún, mi unión contractual a esa locura internacional capitaneada desde Sudáfrica por Ian Dallas, el autoproclamado *sheij* Abdelkader as-Sufi.

Los responsables de la mezquita me ayudaron y enseñaron aquel mismo día a hacer la correcta ablución. Con agua fresca de la fuente enjuagué mis manos tres veces, empezando por los dedos; la boca y la nariz, con la mano

izquierda, según un estudiado ritual; los brazos hasta los codos en tres ocasiones cada uno; el rostro, el pelo, las orejas por dentro, los pies dedo a dedo hasta los tobillos... Hacía todo lo que me decían y me daba cuenta de cómo mi docilidad despertaba en todos ellos una fascinante ternura y afecto.

Se habían reunido más de cuatrocientas personas en la sala de rezo aquel viernes feliz de *jutba*. Yo había entrado muchas veces antes en ese espacio solemne, pero nunca durante una zalá, una de las oraciones que los musulmanes practicantes realizan cinco veces cada día. Me impresionó ver a tantos hombres juntos formarse en hileras, unos al lado de los otros, manteniendo un estrecho contacto con codos y bordes externos de los pies mientras clavaban la mirada en el suelo, como absortos, con las manos superpuestas sobre el vientre. Pasé delante de todos ellos con mi *kandora* a estrenar, descalzo y limpio, el pelo bien cortado para el instante crucial, como un peregrino antiguo, y una discreta barba semanal, y ocupé un lugar preferente que me reservaron en primera fila, frente al imán. Todo sucedió tan deprisa que casi no me dio tiempo a reflexionar sobre nada ni a experimentar la terrible melancolía de momentos tan decisivos y solitarios como ese: me hicieron acercarme a la alquibla, el lugar que indica la dirección a La Meca, me rodearon los testigos rituales y me invitaron a repetir casi una por una, micrófono en mano, las palabras en árabe del oficiante: *«Ash hadu anla ilaha illa Allah, wa Ash hadu anna Muhammadan Rasulullah»*. Según las mejores traducciones significa que no hay más dios que Dios y Mahoma es su profeta. Después vinieron las *jutbas* del imán, bastón ceremonial en mano, y mi primera oración comunitaria, no ensayada lo suficiente. Y luego siguieron las felicitaciones, los besos, los deseos de gracia divina, *baraka*, las fotos conmigo, los gestos de complicidad y bienvenida de los viejos y el certificado que acreditaba lo que había sucedido ese día, con la firma del *sheij* de turno y los correspondientes sellos de caucho.

A los tablig no les hizo mucha gracia que hubiese hecho la *shahada* con los del Morabitún, pero la dieron por válida, como no podía ser de otra manera. A los sufíes de Almodóvar les daba igual el escenario, aunque me

recomendaron andarme con cuidado a causa de la personalidad omnisciente del emir Ian Dallas. También éstos me previnieron frente a los tablig: «El contacto con esos grupos te acabará secando el corazón», me dijo uno de los Escudero en cierta ocasión, cuando le expliqué que tenía amigos en la precaria mezquita granadina. Cuánta razón tenía: no tardaría mucho en darme cuenta de los errores y las desviaciones de unos y otros y, sobre todo, del mal que más daño causa a la reputación del islam y los musulmanes: el uso personalista e interesado del Corán, la manipulación de su lenguaje para que parezca que dice lo que cada uno quiere que diga, el estrujamiento de su gramática para extraer de él leyes inexorables que no fueron jamás reveladas al profeta.

Pasaron los meses y Amina Aidara sólo percibió la relativa novedad de mi horario: determinados días de la semana tenía que visitar ciertos locales y mezquitas, y ello hacía que se demorase mi llegada a casa. Le tuve que explicar que el negocio de maquinaria portátil en el que me estaba metiendo poco a poco crecía, pero que eso me estaba generando nuevos ingresos que no tardó en descubrir y celebrar. Helenio Gil me pagaba con puntualidad escrupulosa, y con generosidad. Mis trabajos avanzaban en el siempre lento y dificultoso camino de la obtención de la información, que requiere una confianza con los interlocutores que no se fragua de la noche a la mañana. Ante los tablig jugaba con relativa ventaja; en primer lugar, porque para ellos la figura del español simpatizante era un motivo de orgullo para la comunidad y su público, un cartel a mostrar en cada oportunidad que surgiera. Además, mi formación académica y mi estatus económico aportaban mucho al éxito de la estrategia: era un joven de vida acomodada, bien educado y titulado, que descubría en el movimiento de la Jamaat Tabligh una opción de vida y fe atractiva y verdadera. Nada más lejos de la realidad: todo lo que avanzaba en el conocimiento de la auténtica espiritualidad islámica gracias al grupo de Almodóvar me alejaba de la sumisión y el formalismo de la ascética del Tabligh.

Empecé a darme cuenta de que en todas las grandes tradiciones espirituales del mundo existía el mismo tipo de individuos, y que se agrupaban entre ellos en función de su estilo y su carácter. Cada cual hacía

del Corán una herramienta con la que respaldar sus argumentos más humanos y banales. El que, por celos, no quería que su esposa saliera sola a la calle, negaba la intervención de su deseo en la prohibición atribuyéndola al capricho incontestable de Alá. Unos y otros rizaban y contorsionaban los textos del libro sagrado hasta que pareciera que decían lo que ellos querían que dijera. Lo mismo hacía el que pretendía que las mujeres fueran con velo, o que no acudieran a la mezquita a rezar, o que no se metieran en negocios o en política.

También recurrían al Corán los que querían imponer su propio liderazgo religioso, los que defendían la paz y los que defendían la espada. Me di cuenta de que el Corán valía tanto para justificar regímenes tan férreos y crueles como el de Arabia Saudí como para establecer alianzas de amistad sincera con los judíos de Israel. El Corán es un libro inocente, una guía que muchos han convertido en la excusa perfecta para hacer prevalecer su voluntad y su capricho. Pero idéntica opinión tengo sobre lo que se ha hecho con el Talmud de Jerusalén y la Biblia cristiana, con más o menos intensidad en según qué momentos y lugares de la historia.

Aquellos primeros meses acudía a rezar a las mezquitas de los tablig. No era como la del Albaicín. A los tablig no les preocupaba el decoro, la estética, el buen olor, la pulcritud... Yo siempre llevaba la ablución hecha de casa para evitar tener que tocar los grifos y las pilas del *wudu* previo a la oración. Los fieles salían con los pies mojados del baño y dejaban, sin querer, un reguero de aguas en la moqueta, que acababa por pudrirse, dejando escapar un hedor intenso y sin solución aparente.

Aprendí con ellos lo esencial de la conducta religiosa más corpórea. Así, me fui, día a día, asemejando a los fieles de esa mezquita de barrio que sí suponía, por lo visto, una amenaza latente según la inteligencia española y extranjera.

Los fieles me preguntaban frecuentemente por mi familia, por el nombre musulmán de mis hijos, por su iniciación al islam, por la conducta recatada o no de mi esposa. Decían que yo debía obligarla a llevar velo islámico, que no era cosa de opiniones, que lo decía el Corán y eso no tenía discusión posible. Y yo me justificaba explicando que no podía con ella,

que no me hacía caso y que, a pesar de ese pecado menor de la cabellera al viento, era buena madre para sus hijos y yo no quería repudiarla por nada del mundo. Por suerte para mí, los ambientes en los que solía moverme eran exclusivos de varones, jamás mixtos, y nadie interfirió nunca directamente en mi vida familiar. Tanto Amina Aidara como mis hijos quedaron siempre al margen de todo. Es más, salvo alguna anecdótica excepción, ninguno de aquellos musulmanes de los que estaba rodeado llegó a conocer a mi mujer.

Los musulmanes del Tabligh mostraban conductas del todo extrañas en muchos aspectos cotidianos. Sus rarezas en la cama o la mesa no siempre eran bien vistas por otros musulmanes más corrientes, y por eso con frecuencia se empeñaban en ocultar sus ritos domésticos a los demás. Tenían la costumbre o la obligación de beber siempre estando sentados, nunca de pie. Así, llenaban el vaso en el distribuidor de agua fría de la mezquita y, antes de ingerirla, se agachaban del todo o se sentaban en una banqueta. También hacían las comidas en una posición fastidiosa, sentados en el suelo con las piernas cruzadas, y a veces clavando el talón de un pie en la propia boca del estómago para oprimirlo y, de ese modo, saciar el apetito con menos alimento: una especie de balón gástrico ascético y externo. Había también un ritual para irse a dormir, sobre el lado en que no estaba el corazón; otro para asearse en la ducha, para leer los libros santos entre los que figuraba el clásico *El jardín de los justos* y otros de autores tablig del pasado siglo.

Me empezaron a pagar más a medida que Helenio Gil acreditaba ante sus superiores mi dedicación al grupo de musulmanes reaccionarios. Se me dio información sobre el modo en que la Jamaat Tabligh penetró en España desde Gibraltar y Francia y cómo se había extendido por toda la península haciéndose con importantes mezquitas en prácticamente todas las ciudades. Me mostraron documentación acerca de la expansión del Tabligh en Gran Bretaña sobre todo, donde estaban los principales centros de gobierno. Conocí la teoría de sus métodos de captación gracias a diferentes cursos de especialización organizados por diversas universidades. Presencié el trabajo de sus misioneros, de puerta en puerta, de hospital en hospital. A veces actuaban como policía religiosa, llamando la atención a jóvenes

musulmanes que fumaban o bebían en los cafés y tratando de reconducirlos al buen camino a través de pláticas y reuniones. Creo que llegué a saber más de los tablig que los propios tablig de mi mezquita. Estoy seguro.

Tuve que volver a inventar en casa nuevas reuniones de trabajo fuera de Granada para justificar las noches que pasé durmiendo en las salas de oración de las mezquitas tablig de Andalucía. Dormía junto a mis maestros tumbado de lado sobre la alfombra de lana y, muchos fines de semana, viajaba con misioneros que predicaban en otras ciudades. A las mezquitas de Granada también llegaban varias veces al mes misioneros de otras provincias y hasta de países tan lejanos como Arabia Saudí o Pakistán a predicar con su ejemplo y su palabra. Llegué a convertirme en un tablig más. Ayudaba a limpiar la mezquita, a cocinar para repartir comida entre los pobres, a preparar los sermones del imán los viernes de reunión y hasta a hacer el *adán*, la llamada a la oración, antes de cada oración diaria o zalá. Tomé esa costumbre antigua de almuédano gracias a mi voz aceptable y mi oído musical. Cada día controlaba el reloj principal de la sala y, llegada la hora exacta para la zalá del *dohor*, el *asr*, el *magreb* o el *isham*, cada una de las oraciones islámicas de la tarde y la noche, me ponía en pie en el centro de la sala de oración, con la mano en el oído derecho, y recitaba el canto de la llamada según la melodía más delicada y dulce de las que aprendía con discos y casetes. Sin embargo, nunca me atreví a dirigir la oración como hacen los imanes, pues había hombres más viejos y sabios que yo, y más viajados a La Meca, entre los fieles de aquella pequeña comunidad de barrio. Terminaba de entonar el canto de la llamada y el imán ocupaba su lugar, al frente de todos, mirando al este, y dirigía la oración en silencio o recitando sobriamente o cantando la *Fatiha*, el primero de los capítulos o azoras en que está dividido el Corán, según correspondiera a la hora del día.

Los misioneros del Tabligh salían a hacer *dawá* o proselitismo durante tres días al mes, durante cuarenta días seguidos al año y, de manera especial, durante cuatro meses una vez en la vida. Las salidas de fines de semana tenían como destino una mezquita de otra ciudad o zona rural con la que estaban hermanados. La gran salida tenía como finalidad el encuentro con otros tablig en algunos de los centros internacionales de Pakistán o

India. En Bangladés se reunían anualmente hasta dos millones de tablig en uno de los encuentros religiosos más multitudinarios del mundo. Todos querían ir cada año y muchos hacían grandes esfuerzos económicos para lograrlo. Incluso ponían en peligro sus puestos de trabajo.

Mi quehacer junto a los feligreses de aquellas mezquitas granadinas era siempre solitario y sórdido. Tenía que asistir a reuniones agotadoras que se celebraban en el pequeño templo durante la noche, después de la última de las oraciones de rigor. Acudían los de siempre, los fieles más comprometidos, con enormes barbas y marcas en la frente de tanto postrarse y chocarse contra el suelo, y aquellos jóvenes que habían sido captados en la calle la misma tarde. Un *sheij*, venido de fuera por aquello de que nadie es profeta en su tierra, hablaba en dariya, el dialecto más generalizado en Marruecos, de compromiso con el islam, de que todos los cristianos se condenarían en el infierno, de que nuestras hijas debían relacionarse sólo con musulmanas y no andar frivolizando con chicos ni en el colegio ni en la calle, que debíamos ser ejemplo para ellas, que teníamos que obligarlas a llevar el pañuelo sobre el cabello a partir de los nueve o diez años de edad, que no debíamos dejar que se contonearan en público o se desplazaran de un sitio a otro sin vigilancia, que no pasaba nada si abandonaban el colegio a temprana edad, que su función en la vida poco o nada tenía que ver con las ciencias y las letras, que para el conocimiento y las cosas del mundo ya estábamos los hombres...

Después de esas charlas en la oscuridad de la sala de oración, los que salíamos de viaje al día siguiente nos quedábamos a dormir en la mezquita. Era todo un ritual medido y repetido una y otra vez. Los fieles más generosos y pudientes nos traían comida de sus casas para cenar, desayunar y para el viaje en coche del día siguiente. Muy temprano, los de la *dawá* nos levantábamos para rezar con el alba y nos apretábamos en un automóvil y a rodar, a un pueblo de Málaga, a otro de Jaén, a una mezquita de Almería... Cada vez a un sitio diferente. Íbamos todos con chilabas, con gorritos de croché pakistaníes, *kufis*, y sin afeitarnos el rostro.

Recuerdo viajes interminables, en Renaults 11, en furgonetas miserables en las que habían viajado corderos vivos la semana anterior. Ponían música

religiosa, la única permitida; discursos inquietantes de predicadores orientales o series de jaculatorias repetidas que se eternizaban como un fado desafinado. Parábamos a comer en el estacionamiento de un área de servicio o en mitad del campo. Se suponía que yo aprendía mucho de las costumbres y prácticas de aquellos mis hermanos ejemplares, de su modo de orar, de sus silencios introspectivos y de las aburridas charlas que impartían allá donde llegásemos; pero en realidad yo sólo aprendía el dialecto vehicular de los marroquíes y el absurdo de aquella forma de vida tan alejada de las bellezas de lo que me parecía que era el verdadero islam, que ya empezaba a conocer por otras fuentes.

Cada vez con más frecuencia me dejaban decir cosas a los que acudían a conocernos y escucharnos en las hospitalarias mezquitas que nos recibían con jolgorios y teteras. Los discursos más teológicos se los reservaba el más viejo del grupo, casi siempre el líder de la comunidad, que era el presidente a su vez de la asociación legalmente constituida que había registrado la mezquita. A mí, por razones obvias, me pedían que explicara mi experiencia de conversión. Y a veces también que relatara los graves errores teológicos del cristianismo y cómo había llegado a descubrir en el islam la única Verdad, pero yo me negaba a difamar la Biblia, argumentando que el cristianismo era la fe de mis padres, gracias a la cual yo había llegado hasta el islam, y que no era necesario calumniar o denigrar a los *nasara*, los cristianos, para ensalzar lo que Alá reveló a Mahoma. Entonces me pedían que hablara al público de las necesidades materiales urgentes de nuestra mezquita y de las obras de albañilería o fontanería que teníamos pendientes de acometer y las muchas personas desfavorecidas que pedían nuestra ayuda en Granada y se beneficiaban de nuestra caridad. Casi siempre nos dejaban explicarnos durante la oración de los viernes y, tras los lamentos oportunos, pasaba a hacer la colecta como era costumbre: pellizcando mi chilaba con las dos manos a la altura de las rodillas y levantándola hasta la cintura, dejando así un buen regazo en el que cabían monedas y billetes de todos los países de África. Hasta dos mil euros recogimos en una ocasión en una sola mezquita marbellí. Cuando la cantidad recaudada no nos parecía suficiente, viajábamos a otra mezquita el

mismo día y, en ocasiones, después de pasar la chilaba, me ponía yo mismo en la puerta de salida y volvía a invitar a los fieles que abandonaban el templo a que nos regalaran las monedas que aún conservaban en sus bolsillos.

Como casi siempre ocurría, yo trabajaba para el CNI prácticamente a ciegas, sin saber el cometido real de la información que obtenía: en mis informes, que escribía en casa con el mejor estilo del que era capaz y mandaba por correo electrónico a Helenio Gil, detallaba los nombres de los que viajaban, a quiénes nos encontrábamos por el camino o en otras mezquitas, sus teléfonos, nacionalidades y todo lo que pudiera averiguar de ellos. Describía minuciosamente todo lo que oía, lo que decían sobre el rey de España o el de Marruecos, lo que se predicaba sobre el consumo de tabaco, el velo pudoroso de la mujer, la carne de cerdo en los comedores de los colegios públicos, la represión de la piedad en las prisiones y el inacabable perfeccionamiento de la tecnología diabólica. Describía el aspecto físico de las personas cuyos nombres no conseguía averiguar. Me refería también a los enfermos a los que visitábamos en los hospitales por recomendación de los imanes para hacerles llegar el consuelo de la *umma*. Y, sobre todo, lo que más interesaba a Helenio Gil o a quien tuviese él por encima, las conspiraciones entre unos y otros, los rumores malsanos y el destino de los dineros recaudados. Las intrigas entre los miembros de estas comunidades y sus peleas personales resultaban tremendamente jugosas para los servicios de información: era importante saber quién detestaba a quién, pues sólo así podían conocerse confesiones verdaderamente sustanciales de unos contra otros. Los enemigos siempre hablan mal de aquéllos a los que aborrecen y, con el objetivo de hundir su prestigio, cuentan de ellos muchas más cosas de las que deben darse a conocer. Las enemistades son una fuente maravillosa de información: lo saben bien todos los espías del mundo.

Pasé muchos meses y años viviendo como un auténtico tablig varias horas a la semana. Unas temporadas vivía mis compromisos más estrictamente. Otras, ponía excusas y evitaba esos viajes de chatarra y

chilaba a cambio de quedarme en la madrasa y ocuparme de lo más doméstico, de la parte administrativa de la asociación y hasta de tramitar la solicitud de subvenciones oficiales para la mezquita. Pedía esas ayudas y las conseguía de fundaciones tan públicas como Pluralismo y Convivencia, la entidad pública que promueve la libertad religiosa cooperando con las religiones minoritarias. También me permitieron, pasado el tiempo, impartir clases de Corán en español a musulmanes senegaleses que no hablaban árabe; se asumía que mi conocimiento o *fiqh* no tenía el nivel exigible como para ser digno de impartir doctrina a los que se consideran legítimos depositarios de los mensajes de Alá, pero, dado que los destinatarios de mis enseñanzas eran senegaleses y no árabes, preocupaba menos el asunto de la aptitud. Y es que, aunque todos los fieles que me rodeaban negaban ser racistas con las personas de color e incluso se envanecían de la pluralidad étnica y multirracial del islam, la realidad es que los musulmanes originarios del África negra no tenían en estos centros de oración el mismo trato ni el mismo espacio físico que los magrebíes. Por desgracia, sucedía así en muchas otras mezquitas que conocí, y me explicaban que la aparente discriminación se debía a la lengua común o a que preferían ponerse juntos en otro sitio a causa de sus maneras particulares de rezar. Sin embargo, creo que, en el fondo, la razón de esa postergación innegable de los musulmanes negros era histórica, por una parte, y también debida a la asociación de prácticamente todos sus fieles en cofradías místicas. En mi mezquita se hablaba de un islam negro y tardío, e incluso de los peligros de la «negrificación del islam».

Con el tiempo, vinieron los viajes iniciáticos al norte de Marruecos, a la marca o sede de Alcazarquivir, donde un famoso *sheij* del Tabligh transmitía gratuitamente sus conocimientos doctrinales a quienes se acercasen a pedirlo con la humildad debida. No eran enseñanzas espirituales, como las reveladas a los *sheijs* sufíes, sino series de tremendas y aburridas normas de conducta y obligaciones morales nuevas que se sumaban a los ya de por sí intensos códigos islámicos. Los maestros eran siempre abuelitos entrañables, con barbas blancas alpinas y turbantes

pintorescos; pero sus enseñanzas distaban mucho de lo que cabría esperar de sus aires bonachones.

Hacíamos esos viajes en grupos de cuatro o cinco fieles, en un solo coche, y cruzábamos a Tánger en ferri desde el puerto de Tarifa. En varias ocasiones, de camino hacia Marruecos, pasábamos la noche en Málaga o en Algeciras, en el interior de una mezquita grande y contrahecha. Su propietario era un tablig bengalí que regentaba un restaurante de comida halal para transeúntes: allí era siempre donde mejor nos daban de comer *hariras* y pinchitos.

Cuando los policías y guardias civiles del puesto fronterizo revisaban nuestros pasaportes, el de los barbudos que me acompañaban y el mío, y se encontraban con un nombre y apellidos absolutamente ibéricos, siempre preguntaban a cuál de nosotros correspondía. Yo levantaba la mano y quedaban asombrados de mi chilaba y, sobre todo, de mi inexplicable inclusión en el grupo de predicadores piadosos. Me miraban a la cara como queriendo averiguar qué podía hacer yo con un *kufi* en la cabeza en semejante pandilla. Pero no me preguntaban nada más, aunque supongo que, siguiendo los protocolos de seguridad, informaban a sus superiores.

En general, los tablig me parecieron siempre inofensivos, una especie de ultraortodoxos del islam o algo así como la versión musulmana de los testigos de Jehová. Su cosmovisión sobre asuntos como los derechos y libertades de las mujeres o su sentido de la libertad religiosa o sexual tenía poco o ningún encaje en nuestro sistema de leyes y de valores, pero la violencia como recurso para la propagación del islam no era, sin lugar a duda alguna, parte de sus postulados expresos. Se declaraban pacíficos y pacifistas ante quienes se sentaran a escucharles, y lo eran verdaderamente, aunque sólo mientras nada se interpusiera a sus rígidos ideales de vida. Amaban por tanto una paz condicionada a un orden deseable y muy específico, a que sus esposas no se quitaran el hiyab, a que sus hijos no dejaran de rezar cada día, a que dos personas homosexuales no se pasearan por delante de la mezquita, a que nadie explicara a sus mujeres los derechos que las asisten en España... Ese concepto de paz no era el que yo había aprendido en mi infancia ni era el del Occidente tolerante en el que vivían

todos ellos expatriados, pero esa circunstancia era irrelevante a efectos de inteligencia. Lo verdaderamente preocupante para el Gobierno era que, entre las filas del Tabligh, se movían entonces de un lado a otro con más frecuencia de la deseable personajes siniestros que actuaban como imanes, como maestros de las madrasas o como predicadores del puerta a puerta: personas que colaboraban con grupos de financiación o adoctrinamiento terrorista y que encontraban en las estructuras difusas e inabarcables del Tabligh el caldo primordial para permanecer temporalmente escondidos, viajar a otras ciudades sin dejar rastro ni levantar sospechas, contactar con futuros fanáticos religiosos, reclutar a jóvenes con problemas de estructura familiar y pasar siempre desapercibidos como benignos misioneros de la paz.

Así, con esa lección aprendida, pude detectar a esos reclutadores que, sin duda, encontraban en el entorno de esta comunidad un lugar inmejorable para captar a futuros yihadistas. Pero encontré también a viejos terroristas conocidos y buscados por la comunidad internacional de inteligencia, que se aprovechaban de los viajes de los inocentes e ingenuos predicadores para moverse esquivamente y establecer contacto con sus enlaces sin dejar huella en internet o en el teléfono. Y, por último, detectamos a personas huidas de la justicia o ya penadas por terrorismo islamista que, con otro nombre y con contratos verbales y cobros en negro, se ganaban la vida como imanes, profesores o chapuceros en mezquitas y madrasas de barrio. No es fácil saber hasta qué punto los líderes del Tabligh de Gran Bretaña o Pakistán conocen los objetivos de muchos de los integrantes de esta secta transnacional, pero la realidad es que son muy numerosos los nombres de los detenidos por atentados terroristas en todo el mundo que tenían en ese momento relación directa con el Tabligh o la tuvieron en algún momento de sus vidas. Ello explica que muchos gobiernos prohíban su presencia en su territorio e incluso los persigan y detengan abiertamente cuando los identifican como tales.

Recuerdo perfectamente cuando Amina Aidara me preguntaba extrañada por el olor a perfume de almizcle de mis muñecas y de mis orejas. Pero mis descuidos llegaban más lejos en algunas ocasiones y, así,

una tarde cualquiera de viernes de reunión, descubría una *kandora* en mi maletín de trabajo. Le explicaba que me la había regalado el moro de la tetería donde solía bajar a desayunar y se quedaba muy satisfecha. O le decía, como cuando halló una camándula de noventa y nueve cuentas en el bolsillo de un pantalón, que me la había encontrado en la calle y me había parecido decorativa; todavía la tengo en casa colgada de la esquina de una lámina cubista. Más complicado fue, sin embargo, justificar qué hacían billetes y monedas marroquíes en mi cartera después de un fin de semana de trabajo supuestamente en Barcelona. Para todo tuve siempre respuestas rápidas. Es más, tenía respuestas preparadas para ella y para otras personas ante situaciones más comprometidas incluso, es decir, para descuidos en zona hostil. Cometí algunos. Todos los cometemos y con ese argumento me consolaba Helenio Gil cuando le refería alguno de los más bochornosos y desagradables.

El momento más comprometido y apurado que recuerdo tuvo lugar en una oscura *mashuara* nocturna en una mezquita sevillana a la que habíamos viajado para hacer *dawá*. Esas *mashuaras* o reuniones de adoctrinamiento íntimo y comunitario se celebraban casi siempre de noche. Un asistente se percató de que yo estaba tomando fotos con una cámara escondida en un bolígrafo. Había más de veinte personas en la *mashuara*, todas sentadas en círculo frente al predicador de turno. Saqué el bolígrafo que me había regalado Helenio Gil para esas ocasiones y me puse a hacer mi trabajo, con tan mala suerte que uno de los asistentes conocía perfectamente el artilugio pues, según me dijo, había recurrido a uno exactamente igual meses atrás para grabar ciertas conversaciones con su esposa, de la que ya se había divorciado. Mala suerte. Aquel joven, al que no he vuelto a ver en mi vida, fue suficientemente discreto y esperó a que la reunión terminase y me quedase solo en un rincón para abordarme, muy nervioso, y pedirme que le entregase el boli con las fotos.

Tengo que decir en mi favor que, si algo sé hacer bien en este oficio, es sobreponerme a situaciones complicadas. Creo que me pongo más nervioso ahora, recordando el instante, que cuando me pasó. Le pedí al tipo en cuestión, marroquí y fuerte, que me acompañara a una habitación contigua

en la que no había nadie y, ya solos los dos, le conté que no sabía de qué estaba hablando, que yo no le había hecho ninguna foto y que se tranquilizara, que lo veía muy inquieto.

No resultó tan sencillo. El tipo me preguntó quién era yo y para qué y para quién eran las fotos. Así que volví a negarlo todo pero más despacio, casi deletreando las palabras. Hecho ya un energúmeno, el joven no se daba por vencido. Hubo en ese rato quien, alarmado por las voces, llamó a la puerta del cuartito para preguntar si todo estaba bien. «Perfecto», dije yo pidiendo que nos dejaran solos y volvieran a cerrar. Resolví que la cosa no iba a ser fácil, que el tipo no iba a rendirse y que el boli-cámara, que estaba en mi bolsillo, acabaría en sus manos con las fotos de toda la pandilla de catequistas y catecúmenos coránicos. Y yo, al descubierto. O con un puñetazo. Entonces se me ocurrió un disparate, una locura de la que todavía hoy me sorprendo. Le pregunté a mi interlocutor por su nombre y le pedí calma de nuevo, que le iba a explicar todo. «Mustafá, relájate por favor y no me delates, que voy a contarte toda la verdad. Me has pillado. Es cierto que he hecho algunas fotos con el boli, pero tú no tienes que preocuparte por nada. Soy periodista. Me llamo Charlie Cuevas. Búscame en internet. Estoy escribiendo sobre el islam en España para un semanario y procuro ilustrar mis reportajes con fotografías en las que pixelo el rostro de las personas que aparecen. Así que tú, tranquilo. ¿*Safi*?».

Mustafá se creyó de entrada el cuento, que a mí también me pareció verosímil; pero dijo que quería ver las fotos en un ordenador y que borrara aquéllas en las que se reconociera su rostro. Entonces cometió un error: me dijo también que sabía que en aquel grupo había personas radicales y sospechosas de colaborar en acciones terroristas y apoyarlas, y que él no quería que la Policía pudiera relacionarle con ellos ni que se supiera que acudía a ese tipo de reuniones nocturnas, que él no tenía ninguna relación con gente rara ni quería tenerla, que era la primera vez que asistía a una *mashuara*, que tenía su trabajo y su familia y que estaba esa noche allí porque le habían insistido mucho para que fuera y porque siempre había querido profundizar en el conocimiento del islam. Me lo puso en bandeja. Le dije que se había equivocado de sitio y le mentí, subrayando que yo

también conocía a los sospechosos de la reunión, y que tenía sus nombres reales y sus antecedentes judiciales. Le propuse que no contara a nadie lo de mis fotografías y que yo, a cambio, borraría todas las fotos en las que se le reconociera. Le di mi palabra de honor y, como no lo vi del todo satisfecho, me atreví a amenazarle: «Pero si tú le dices a alguno de los de aquí fuera que yo he hecho fotos o que tengo un boli mágico como el tuyo, llamaré a la Policía ahora mismo y les entregaré el *pen drive* con todo lo que hay dentro, incluida la prueba que te vincula a esos tipos malos. Tú confías en mí y yo confío en ti».

Uno de los episodios más infaustos que recuerdo de esos años fue la preparación comunitaria de la Fiesta del Cordero, el Aid al Kebir. Algunos fieles pudientes compraron corderos vivos no sólo para sus familias sino también para la mezquita del barrio, para que sirvieran para alimentar a los recurrentes pobres de profesión que se aprovechaban de la incuestionable caridad islámica.

En un local contiguo a la mezquita de mis amigos los tablig, que fue un garaje en su día y servía ahora de almacén y despensa, guardaron los corderos vivos y sueltos hasta el momento del sacrificio. La tradición establece que debe ser un varón musulmán el que sacrifique a los animales el día de la fiesta grande. Todo padre de familia lo hace y se siente orgulloso de ello y de enseñar a hacerlo a sus hijos. Evidentemente yo nunca había matado un cordero ni quería hacerlo, pero el día de la fiesta sagrada me encontraba en el lugar erróneo y rodeado de la gente equivocada.

Con no sé qué intención verdadera, mis hermanos en la fe me propusieron que fuese yo el que diera muerte a los cuatro corderos cuya carne guisada se iba a repartir después entre los pobres oficiales del barrio. Me negué en redondo con excusas vanas: dije que nunca lo había hecho, lo que era verdad, que no era digno de tanto honor, que no quería hacerle daño al animal con mi impericia ni que sufriera más de la cuenta por culpa de una mala ejecución, y que había en el grupo personas mucho más preparadas y

dignas que yo para tan alta responsabilidad. Al principio parecieron todos convencidos y optaron sólo por enseñarme el ritual para que yo pudiera luego hacerlo en casa junto a mi familia. Así que, uno a uno, fueron degollados en mi presencia tres de los lindos corderitos de caridad. Todo el asunto parecía más o menos resuelto. Sólo quedaba un lechal.

El suelo del garaje estaba para entonces empapado en sangre, que manaba de los cadáveres colgados de ganchos del techo y resbalaba coagulada hasta un desagüe que había en una esquina del almacén. Un tal Solimán, manguera en mano, limpiaba y ayudaba con una escoba a que no se formasen cuajarones en el husillo. Un aficionado a la carnicería empezaba ya a hinchar la piel de los corderos muertos con la ayuda de un inflador de bicicleta. Así la separaba de los músculos y la podía retirar sin gran esfuerzo. Luego abría el animalito en canal, separaba intestinos y pulmones, que no servían, y los amontonaba en un barreño de plástico maloliente. Después, con cuidado, apartaba en otro recipiente las asaduras, lo primero que había que comerse porque es lo que más fácilmente se corrompe.

El olor a establo y sangre del garaje era nauseabundo. «Ahora te toca a ti», me dijeron casi al unísono como si se hubieran puesto de acuerdo para obligarme. Me ofrecieron un enorme cuchillo afilado al extremo con objeto de no ocasionar sufrimiento innecesario al animal. Me negué. Dije que no era capaz, que no me gustaba matar ni siquiera insectos. Pero esta vez las excusas no valieron: «Te hemos reservado el más pequeño de los cuatro, el más fácil», me dijeron sin bromas, pensando que así ahuyentaban mis miedos comprensibles. «Además, de esta manera, como estamos nosotros, si te sale mal la cuchillada por cualquier cosa, podemos ayudarte a terminar el sacrificio sin prolongar la agonía del animal».

Seguramente, si me hubiera negado en redondo a secundar el rito de la ejecución, me hubiese salido con la mía y me hubiese ahorrado el horrible trance del contacto carnal con la muerte. Pero comprendí que me jugaba en aquel momento mi credibilidad, mi disposición sincera a formar parte de aquella pequeña comunidad islámica, mi supuesto deseo de reconocerme como un auténtico musulmán y asemejarme a mis hermanos en la fe. Ya

tenía un nombre musulmán. Hablaba dos dialectos del árabe y conocía los rudimentos esenciales del *fusha*, el árabe normalizado oficial en la mayoría de los países, pero no me habían circuncidado ni había matado un cordero. Seguiría adelante toda mi vida sin circuncisión, que no es obligada en las conversiones de adultos, pero había llegado el momento de acceder al sacrificio abrahámico.

Fue un rito de paso al que no tuve más remedio que someterme. Así lo entendí entonces. Había presenciado sacrificios de animales mucho más grandes en mi boda marroquí y acababa de ver cómo habían dado muerte a los corderos que precedieron al que me correspondía. Agarré el cuchillo ante el júbilo de todos los fieles que me acompañaban. Tumbaron el animal sobre un lado, con la cabeza orientada al este, como hicieron con los otros tres. Entonces yo me agaché. Tres de los más jóvenes sujetaron con fuerza al borrego contra el suelo y estiraron su cabecita todo lo que pudieron para facilitarme el acceso al pescuezo con mi cuchillo afilado de matarife. El pobre bicho intentaba zafarse sin éxito de seis manos atezadas. Era tarde para huir y para dejar escapar al animal, así que asumí los designios de Alá y procedí al mortífero corte precedido de la *basmala*, la fórmula ritual. Deslicé la hoja del cuchillo hacia abajo y hacia arriba tratando de seccionar con esos dos únicos movimientos la yugular, la tráquea y el esófago, lo que está mandado. Lo conseguí a la primera. El anciano que se colocó detrás de mí para hacer el quite, que no fue necesario, sonrió complacido. Tan tensos estaban los músculos de mi antebrazo y tan pequeño era el animal que casi llegué a seccionar su cuello por completo. La sangre brotaba caliente con un caudal imprevisible. Los que sostenían el animal se afanaban por reprimir las últimas convulsiones maquinales de sus cuartos traseros y mantenían abierto el manantial cercenado de la yugular. Me consolaba pensando que, sin riego en el cráneo, no había conciencia posible ni sufrimiento. Mientras, el corazón del corderito agonizaba. Ya no cabía duda alguna de que mi propósito recto y sincero era convertirme en el más piadoso y ortodoxo de los musulmanes, de ser parte merecedora de aquella familia de marroquíes bravíos y, a veces, tan primitivos.

Mi relación con el Tabligh tenía necesariamente fecha de caducidad. Durante cerca de tres años había probado a dormir en el suelo en más de una docena distinta de mezquitas andaluzas; había comido metiendo la mano en fuentes de cuscús en las que también metían sus dedos chupados media docena de barbudos ilustres; acumulaba ya muchos cientos de kilómetros en vehículos sin ITV ni catalizadores; estuve a punto de ser detenido en una redada policial en el negocio de uno de los responsables de una mezquita cordobesa, en el que se almacenaba resina de hachís; me había tragado en ejercicios nocturnos de mansedumbre muchas horas de plática de *mashuaras* clandestinas en las que se ridiculizaba cualquier otra corriente islámica y, en especial, las más espirituales y sinceras. Con la guía oportuna de Helenio Gil y por iniciativa mía conseguimos algún que otro éxito policial, con las detenciones correspondientes y los zulos intervenidos. El Tabligh como organización no tuvo nada que ver en ninguna de las acciones criminales descubiertas, aunque sí personas que trajinaban en sus entornos.

Recibí varios cursos monográficos oficiales organizados sólo para mí, y me inscribí en otros, públicos, por cuenta del Centro, convocados por universidades, el Real Instituto Elcano o la Menéndez Pelayo de Santander. Y, finalmente, se me impuso una digna condecoración en un despacho madrileño como recompensa a un lento trabajo de investigación sobre un entramado religioso que ocultaba y daba alimento y cobijo a personas que habían cumplido penas de cárcel en diferentes países de Europa por alistar reclutas o colaborar en acciones terroristas. Era más que suficiente. Quise que acabase todo así, y de ese modo se lo transmití al único controlador con el que mantuve relación en mi oscura época tablig. Helenio Gil, con su sistemática serenidad aprendida, me dijo que esperaba ese momento, el del hartazgo infinito, que siempre llega, tarde o temprano, y que, en mi caso, se había demorado más tiempo del que él podía haber imaginado. Estaba de acuerdo conmigo en que ya era hora de que me quitara la chilaba, la barba y el *kufi* y que había mucho trabajo, y más interesante, al margen de las mezquitas y los oratorios abiertos en las cocheras de las barriadas populares de España.

Como ya sucedió muchos años atrás, Helenio Gil volvió a hablar de mis calificaciones y de resultados. Al parecer, numerosos jefes madrileños de los que ignoraban mi identidad, pero analizaban y evaluaban cada una de las informaciones que partían de mi pluma, tenían muy buen concepto de mis habilidades y disposición personal. Nunca pude saber qué había de cierto en aquellas felicitaciones o qué parte de los supuestos halagos oficiales procedían de los recursos propios de Helenio Gil para motivar a sus agentes de campo. Me hicieron entonces un arreglo económico a modo de finiquito con el que quedé muy satisfecho, y me despedí de todos aquellos tablig con los que había compartido un buen trecho, clandestino y siniestro, de mi vida. Todavía hoy paso por delante de cualquiera de aquellos oratorios inmundos en los que comí y dormí tantas veces, y tengo que respirar hondo para espantar la fatiga y la náusea que aún me produce el recuerdo del olor de las moquetas despegadas, las manchas verdes de humedad de las paredes, el sabor infecto de los tajines de kefta y la visión de los borregos agonizando en un mar de sangre.

Amina Aidara no recibió bien la propuesta de marcharnos a vivir a Madrid. Granada era entonces y sigue siendo ahora una ciudad perfecta para tener hijos y verlos crecer entre callejas y plazas de palomas. Teníamos además muy buenos amigos con los que salíamos de senderismo familiar a los montes bajos de Güéjar Sierra o quedábamos para probar carnes de caza y los revueltos de níscalos en las enormes ventas de La Vega. Mis hijos se hacían mayores en la fabulosa ciudad de la Alhambra, y tenían ya sus equipos de baloncesto y sus pandillas de bicicletas o de remo lacustre para los fines de semana. La vida, provinciana y sencilla, tenía mucho de sana instrucción, y estaba llena de pantanos verdes para navegar en canoas de alquiler, nieves para el afanoso esquí de travesía y, muy cerca, cañaverales y playas mediterráneas de cantos rodados para el caluroso verano. Disfrutábamos de todo eso con frecuencia porque, sólo en aquellos escondites naturales, lejos del ruido de mi entorno enloquecido y las especias morunas del Albaicín, hallábamos por entonces la libertad necesaria para crecer juntos. Así que lo del nuevo cambio de latitud, de colegio, de piso y de amigos resultó una tarea irritante y penosa para Amina

Aidara, agotada ya de mudanzas perpetuas, siempre inacabadas y nunca definitivas.

Tuve que dedicar varias noches a enumerar, en la sobremesa de la cena y en la quietud del lecho conyugal, las ventajas del ingrato traslado a Madrid. Por más que me esforcé, nunca obtuve de Amina Aidara una aprobación constatable; tuve que conformarme con su resignación de cartujo. Decía con razón que tenía pacientes con la boca a medias en la clínica dental del Triunfo, que la vida granadina se le había hecho confortable, alegre y familiar. Su carácter y hasta su estilo personal de sortear los imprevistos de la vida encajaba mejor entre los andaluces libres y frescales de Plaza Nueva que en medio del apresurado, impreciso y arrogante gentío capitalino. Yo desplegaba argumentos inútiles a favor de Madrid, pero tenía que guardarme los verdaderamente importantes para mí: que quería alejarme y alejarles a ellos para siempre de los barbudos cuya actividad cotidiana llevaba espiando más de tres años, que no quería volver a las *kandoras* mugrientas, esa especie de camisa por las rodillas importada del mismo sitio que la doctrina tablig, ni a las furgonetas herrumbrosas, ni a las preguntas de nadie por los vaqueros ajustados de mi mujer o el maquillaje impropio que utilizaba incluso en el mes sagrado del Ramadán, o para quién eran las cervezas que llevaba en la bolsa del supermercado.

Estaba convencido de que Madrid representaba otra vez el futuro alentador, un burladero a tiempo, mi cuartel de invierno por fin, la aventura siempre idealizada en el fondo y la necesaria escapada hacia el frente del soldado maltrecho. El negocio al que me dedicaba a tiempo parcial se había centrado ahora en la discreta importación de motosierras de poda fabricadas en China, aunque tenía todavía mucho peso la distribución del género de almacén a minoristas españoles, y me daba igual vivir en un sitio que en otro. Helenio Gil también regresaba a Madrid, y ya tenía planes precisos para su mejor agente de campo, como él me llamaba entre palmaditas en la espalda para darme coba.

En principio, el futuro en la empresa del espionaje ya no tendría que ver más ni con predicadores analfabetos ni con enroladores esquivos. Ahora se trataba, según se me fue informando, de entablar amistad con ciertos

diplomáticos de naciones islámicas que el Centro tenía bajo su lupa. Otra vez jugaban a mi favor los elementos de siempre: una capacidad casi plena de entenderme en árabe de la calle, dialectal, a lo que se añadía el conocimiento, adquirido en Granada, más práctico y hondo del islam. Tres años entre musulmanes pietistas me sirvieron no sólo para aprender el modo de postrarme en el rezo sino también para conocer, mucho mejor que la mayoría de los islamistas de mi entorno, las suras del Corán, los dichos y hechos del profeta Mahoma, la tradición y la historia de la civilización islámica. Sabía de traductores del libro sagrado, de las cuatro escuelas jurídicas y sus naciones, de las sectas, los predicadores y los autores de literatura espiritual. Conocía personalmente a los *sheijs* de moda que visitaban mezquitas y madrasas ilustrando con su doctrina a los más incautos y vulnerables; tenía amigos entre los místicos sufíes y entre los wahabíes, más simples y secos; era casi un experto en la Ley de Libertad Religiosa y en subvenciones públicas para confesiones de notable arraigo, e impartía charlas sobre la *taqwa*, la piedad y el temor de Dios, en las madrasas andaluzas cuyos directores me lo demandaban.

Conservo en casa muchos cientos de hojas impresas con informes sobre mis pesquisas en esos años. El contenido de esos folios es todavía secreto oficial: pasó a ser materia clasificada desde el preciso momento en que, ultimada su redacción, fueron puestos en manos de mis enlaces. Consciente de ese nivel de obvia confidencialidad, están bien custodiados en mi casa, por la cuenta que me trae, y nada puedo referir sobre los mismos a nadie. Las normas de este negocio son así y está bien que así sean. También tengo ingentes cantidades de fotografías de *sheijs* bajo sospecha y predicadores proselitistas, archivos de audio de clases magistrales de misioneros ilustres en *mashuaras* nocturnas, planos de mezquitas en obras y de centros culturales islámicos que acababan siendo otra cosa. Guardo además muchas fotos del día de mi *shahada*. Todo debe permanecer oculto. Todo está bien guardado y lo debe estar muchos años más.

Todavía recuerdo una ocasión en que Helenio Gil me refirió la calamidad de un agente que trabajaba en paralelo a mí: perdió en la calle un informe de actividad sobre un sujeto sospechoso de estar vinculado a Al

Qaeda al que seguían la pista. Según me narró, el infiltrado en cuestión se dirigía a un encuentro con su enlace en una cafetería céntrica y transportaba otras carpetas y libros. Tuvo que hacer algo en correos a medio camino y, llegado el momento del encuentro, se percató de que había perdido los comprometidos folios con los que salió de su casa. Descompuesto por la repercusión que podía alcanzar el descuido, retrocedió sobre sus pasos, volvió a la cabina de teléfono desde la que había hecho una llamada, a la oficina de correos, a su escalera comunitaria, a su ascensor... Al final, desesperado, llamó a su enlace para retrasar el encuentro, imprimió de nuevo las hojas en su casa y decidió no contar nada a nadie de la incidencia encomendándose a todos los santos del cielo para que el CNI no supiese del terrible extravío y para que aquellos folios comprometidos, con nombres completos y teléfonos, no cayesen en las manos equivocadas y le dejaran al descubierto y en peligro de muerte.

Tuvo suerte con lo segundo: nadie relacionado con Al Qaeda ni con ninguna de las personas que figuraban en los informes encontró las comprometidas hojas. Por el contrario, fue un buen ciudadano quien lo hizo: un señor jubilado halló desperdigados los papeles en una calle poco transitada, los ordenó, los leyó boquiabierto y, suponiendo que se trataba de un documento policial, los entregó en la comisaría de la plaza de Los Campos. El comisario al que le llegaron los papeles supo de inmediato lo que tenía entre manos: el informe hablaba de imanes y maestros del Corán y, por entonces, la vigilancia de las mezquitas a niveles de infiltración era casi exclusiva del CNI, y ni Policía ni Guardia Civil movían un dedo en el entorno de estos edificios e instituciones si el CNI no era informado previamente y daba su aprobación. El comisario entregó los papeles al inspector de la Brigada Operativa de Apoyo, que son los agentes de la Policía Nacional adscritos al CNI, para que, a su vez, éste los devolviese al director de la delegación del Centro en Granada. Según me contó Helenio Gil, la bronca por el grave descuido fue monumental, pero peor consecuencia tuvo el hecho de la ocultación del extravío; ese tipo de actuación generaba necesariamente una pérdida de confianza irrecuperable

en el agente, y eso precisamente, y no otra cosa, era lo que tenía la capacidad de dinamitar una relación con el CNI de años de trabajo.

Con el Tabligh todas las cosas del mundo se dividían en *haram* o *halal*, lo prohibido y lo permitido. Es verdad que había una categoría intermedia, lo *makrooh* o desaconsejado, pero, en la práctica, también eso formaba parte de lo *haram*. Después había otras categorías diferentes para las personas: las que alcanzarían el Paraíso, la *Yanna*, y las demás, las merecedoras del *Yahannam*, el infierno. Entre los primeros estaban todos ellos, fieles cumplidores de cada uno de los superficiales preceptos impuestos por la tradición islámica más horizontal y mundana o por el fundador del movimiento, Muhammad Ilías al-Kandhklawi. Había todo un compendio moral redactado imprescindible para la obtención de ese premio eterno, pero de alguna manera había quedado reducido en la práctica al modo de orar, lavarse, comer, acostarse y vestirse, y a los días exactos en que debían salir a ilustrar a los otros. Tal era así que entre muchos grandes cabecillas del Tabligh, concienzudos en asearse las barbas y teñirlas con henna o viajar a predicar los días de rigor, los había que engañaban a sus esposas con sus dependientas, que las maltrataban físicamente, que traficaban o menudeaban con polen de hachís, que lideraban mafias de tráfico de inmigrantes, que defraudaban al fisco y la Seguridad Social con contrataciones simuladas en sus hostales de barrio o que, sencillamente, despreciaban por completo las nobles tareas de cuidado y educación de sus hijos.

La música, en todas sus variantes, estaba prohibida para la gran mayoría de los fieles tablig, a no ser que formara parte de la ineludible llamada a la oración previa a la zalá o el rezo entonado de la *Fatiha* por el imán de turno.

Las mujeres, con sus maquillajes, frivolidades y suspicacias, eran la primera causa de perdición del hombre y tenían vedada la entrada diaria a la mezquita: sólo los viernes, y ante la presión de algunos de los sectores menos involucionistas, se les abría en algunos templos una pequeña sala lateral desde la que poder escuchar la *jutba* del imán por un altavoz, sin verlo. Siempre decían que eran bienvenidas a la oración pero que no había

espacio suficiente para ellas. Y también apostillaban al respecto que el mejor sitio para que una mujer rece es su casa. Por eso, cuando no había más remedio que abrir para ellas la puerta de las mezquitas, se las recluía en el cuarto de las escobas.

La *chía*, es decir, la rama chiíta del islam, con sus imanatos y lecturas esotéricas del Corán, y en sus ramas septimanes o duodecimanes, eran, a juicio de los tablig y de la práctica totalidad de los musulmanes suníes bajo su influencia, unos desviados de raíz. Se les consideraba peores que los infieles y peores aún que los cristianos, decía uno de los predicadores al que escuché sermoneando en la mezquita Omar una noche de primavera. Estaba prescrito el mayor desprecio hacia ellos a causa de lo que habían hecho con la historia de los profetas y los textos sagrados. Se les achacaba la culpa de prácticamente todos los males morales del mundo actual, y constituían una amenaza imparable para el único islam fiel a sus orígenes. Cada vez más, en casi todas las mezquitas y madrasas, se difunde el pánico a la *chía*, a sus errores imperdonables de adoración y a la superchería de sus misioneros cismáticos. Y se alienta a desconfiar de todo aquello que proceda de Oriente Próximo y no venga bien avalado por los *sheijs* reconocidos. En ese odio a los chiítas heterodoxos y esa satanización de su filosofía esotérica se inscribe muy bien el inacabable y creciente acontecer belicoso de esa castigada región.

El sufismo, la mística islámica, estaba también en el punto de mira de los fundamentalistas y salafistas, igual que lo está en el de los talibanes afganos. Los sufíes se sienten fieles al espíritu fundacional del islam, a su realidad original, pervertida después por las bajezas humanas a lo largo de muchos siglos de guerras y políticas. Afirman que el sufismo siempre existió, desde los comienzos del islam, aunque no tuviera nombre precisamente por eso, porque era lo normal. Y aseveran que, al principio, el islam era pura espiritualidad mística, la búsqueda del Creador amoroso, el goce sensorial de su presencia, y que hoy lo que se conoce por sufismo es muchas veces sólo el nombre de una realidad que nada tiene que ver con su pasado.

Algunas naciones de tradición o presencia sufí han llegado a prohibir y perseguir a los tablig, cuya organización internacional, la llamada Jamaat Tabligh, está considerada por determinados gobiernos como grupo terrorista. Tal es el caso de Rusia, cuyos medios de comunicación más oficiales dan cuenta en todos los idiomas de cada operación de «desarticulación» de una de las células de la Jamaat.

Los tablig menos cultivados no tienen problema en manifestar en público que también los sufíes se van al infierno, como los cristianos y los infieles de todos los tiempos, por incurrir en *shirk*, asociación, el mayor pecado que reconoce el islam. Y lo cometen quienes atribuyen cualidades propias de Alá a seres, objetos o tumbas. Por eso, también muchos musulmanes del Magreb, acostumbrados a venerar tumbas de santos y patronos municipales y peregrinar a sus morabitos y santuarios en fechas señaladas, son considerados infieles, *kafires*, asociadores y merecedores, por tanto, del fuego de Shaitán, el genio maligno. A pesar de que la casi totalidad de los que rezan en las mezquitas del Tabligh en España son marroquíes, no hay retrato alguno del rey Mohamed VI en su condición de príncipe de los creyentes, de líder religioso. Es más, en los corrillos habituales tras el rezo o la *jutba* de los viernes, eran frecuentes las bromas sobre esa condición real y espiritual y sobre su linaje profético. Esa actitud de burla continua hacia el jefe de Estado Mohamed VI, al que incluso se le señalaba como «desviado» en los aspectos más terrenales, era inconcebible para un marroquí en suelo patrio. Ésa era también la razón de que los tablig irritaran vivamente a los diplomáticos de Marruecos en España y de que siempre mantuvieran a la secta en la mesa de disección y con todos los focos encendidos.

La atmósfera en la que se desarrollaba mi vida clandestina en Granada se había vuelto ya tan densa y cargada que la única liberación posible era abandonar la región. Y así hicimos. Una vez más capitaneaba, al frente de mi familia, otra de las mudanzas imperiosas de mi vida.

4

Abandonamos el piso alquilado en la calle Melchor Almagro un lunes encapotado. Mi modesto despacho en el local donde estaba el bufete de mi hermano tenía ya poco de asesoría financiera y fiscal y mucho más de pequeña empresa importadora de herramientas de bricolaje, un negocio que aprendí de un cliente portugués y en el que me embarqué poco a poco como intermediario; le supuse, con acierto, mejores ingresos que con la calculadora fiscal. Tenía un socio superior que marcaba las líneas de trabajo mientras yo me afanaba en rematar las operaciones de recepción y cobro, y contactar con los clientes. Con el tiempo me fui haciendo independiente en el negocio, me empecé a soltar solo en ciertas operaciones comerciales y las cosas no me fueron mal del todo.

La casa de Granada no cabía en el Citroën Picasso marrón que teníamos entonces, por lo que tuve que mandar varias cajas por delante antes de la mudanza veraniega. En Madrid nos buscamos un piso en Montecarmelo, de mayor tamaño que el de Granada, más nuevo y luminoso. Había contraído la obligación secreta de mejorar en la medida de lo posible las condiciones de vida más inmediatas de Amina Aidara y de nuestros hijos. Teníamos ahora una piscina comunitaria azul, con jardines amplios y flores soleadas en la avenida del Santuario de Valverde. Parqué y calefacción central eran también lujos nuevos a los que no estábamos acostumbrados.

Amina Aidara encontró pronto un trabajo en una pequeña clínica dental de Mirasierra. Se estaba especializando en ortodoncias infantiles, derrochaba simpatía africana con todo el mundo y había aprendido a sacarle partido al enigma de su belleza importada. Nuestros hijos pudieron entrar

en el colegio más cercano a la urbanización, con algo de discreta y eficaz ayuda externa. Enseguida hicieron amigos en el afable vecindario y la tragedia de la mudanza les resultó mucho más rápida y liviana de lo que se habían imaginado.

Llegamos a Madrid con buen tiempo, mangas cortas, barbacoas de apertura de piscina y un perro pequeño, sin raza definida, recién adoptado. No había mezquitas ni chilabas por los alrededores y eso me permitió unas semanas de relajada adaptación al territorio, en libertad plena, al desdén de miradas juiciosas o incisivas sobre mis hábitos diurnos o los de mi familia. Vivía de una forma tan intensamente anónima que parecían haberse eclipsado para siempre y borrado de la memoria los años de tensión y rigidez que me precedían. Respiraba aire puro después de mucho tiempo, libre de funciones teatrales a deshoras, de secretos ensayos impagados, imposturas indecentes, inútiles tomas falsas y precauciones callejeras de psicópata crónico.

Terminaba para siempre la extraña etapa andaluza de mi vida y también mi relación con Helenio Gil, que, próximo ya a su jubilación anticipada, se había buscado un agujero de muertos en un departamento de análisis de riesgo de la carretera de La Coruña. Nos seguiríamos viendo, mucho tiempo en adelante, pero sólo para tapear en los bares de la avenida del Monasterio de Silos, discutir sobre las razones del estado de las cosas en el mundo de los telediarios y reírnos juntos, al final, del esperpento y la comicidad que lleva aparejadas siempre el espionaje. De aquellas conversaciones abandonadas y fáciles, cerveza en mano, entre migas con huevos de codorniz y calamares rellenos, obtuve sin proponérmelo nuevos territorios de luz sobre el pertinaz trabajo de inteligencia que se libraba en los márgenes de la lucha elemental contra el terrorismo de apellido religioso.

Aprendí mucho de contraespionaje y contrainteligencia, regiones tenebrosas de las que no sabía absolutamente nada de momento y en las que acabaría residiendo casi a tiempo completo en los siguientes años: supe de la existencia de agentes encubiertos de otros países que campaban por el nuestro como Pedro por su casa haciendo fotos, localizando paraderos secretos y siguiendo las pistas olvidadas de sus objetivos, e incluso

amenazando con distintas desgracias y calamidades a aquellos de sus paisanos que, por su actividad pública y rebelde, suponían una amenaza para sus naciones correspondientes y no estaban dispuestos a rectificar.

Supe por Helenio Gil de magníficas tapaderas y nidos de espías foráneos en una época ya en que los agentes secretos de las primeras potencias mundiales no entraban en otros países como diplomáticos de carrera, sino que se hacían pasar por pastores de iglesias danesas, misioneros de los santos de los últimos días, ociosos pensionistas canadienses, comerciales de móviles reciclados o corresponsales de revistas de caza. Todavía hoy, son muchos los agentes que cuentan en España con la cobertura de una iglesia cristiana internacional. También me enteré entonces por primera vez de la vigilancia estrecha e intensa a que eran sometidas por el CNI las sedes de ciertas misiones diplomáticas acreditadas en España. Había legaciones concretas que tenían pinchada la centralita de teléfono, y todas las conversaciones que pasaban por la misma quedaban grabadas en archivos de QuickTime que eran traducidos, transcritos y entregados a los analistas correspondientes. Funcionarios y agentes locales de embajadas de países supuestamente fuera de sospecha tenían intervenidos todos sus móviles con las debidas autorizaciones judiciales de alguno de los magistrados de la Sala Tercera del Tribunal Supremo. Y se hacían también seguimientos de políticos extranjeros de países enemigos en visitas a Madrid hasta el punto de fotografiarlos, muchas veces sin querer, en las situaciones más comprometidas para sus familias y superiores; esas fotos no se desechaban ni destruían, sino que se guardaban a buen recaudo y, sólo en caso de que fuese necesario echar mano de ellas por alguna razón de peso, se imprimían y mostraban a los afectados. Era un arma que no fallaba cuando se trataba de neutralizar una maniobra hostil del enemigo.

Gracias a que Helenio Gil no tenía pelos en la lengua durante los años próximos a su jubilación, supe que en los archivos informáticos del CNI, desconectados de la red, existían fotos comprometidas de ministros extranjeros a los que no hizo falta tender ninguna trampa para cazarlos en el fragor de un encuentro homosexual de pago. Y supe de fiestas privadas que acabaron tan mal como una muy concreta, en el palacio de El Pardo, en la

que estuvo implicado un jefe de Estado africano y sobre la que se guarda, de momento, el más absoluto de los silencios interplanetarios. Más le vale al protagonista y promotor de la bacanal que siga siendo así.

Sucedía muchas veces que, cuando agentes españoles de contrainteligencia investigaban de cerca a un espía extranjero sospechoso de andar obteniendo información reservada por medios ilícitos, acababan descubriendo de pasada otros detalles, escabrosos e íntimos, que desbordaban los objetivos de la investigación pero que nunca eran despreciados ni omitidos en los informes correspondientes. Supe también entonces de varios destacados diplomáticos de un régimen de rigurosa moral islámica que fueron descubiertos en un lujoso hotel madrileño en un flagrante y voluptuoso adulterio con champán francés incluido. Parece ser que la fama de los amores de urgencia del Madrid nocturno se había extendido por los mentideros de las oligarquías patrias y las realezas orientales más puristas. También hubo casos de desenmascaramiento accidental de contrabandos y evasión de divisas llevados a cabo abusando de las inviolables valijas diplomáticas a las que tienen derecho los agentes de un Gobierno en el exterior, según la regulación de la Convención de Viena; la extralimitación en el uso de las valijas diplomáticas es un asunto siempre candente, aunque ya viejo, en el anecdotario fronterizo. Desde que la Embajada de Argentina metió en España en 1982 una bomba de relojería con el objetivo de reventar la fragata inglesa *Ariadne* atracada en Gibraltar, ninguna valija diplomática extranjera está libre de sospecha. Los mensajeros encargados de su transporte, entre aeropuertos y embajadas, reciben importantes recompensas por permitir que un agente de un servicio de contrainteligencia local las inspeccione cuidadosamente en un lugar discreto y entre sombras a medio camino entre su origen y su destino.

Helenio Gil me presentó al que sería en adelante mi nuevo enlace en Madrid, un hombre joven que conocía perfectamente los objetivos hacia los que había que apuntar para no equivocarse y que no perdía su tiempo con formalidades ni rodeos preliminares. Me pidió en el primer encuentro que lo llamara Alex, lo que me supo fingido y cándido en exceso para el aspecto siberiano de su mirada metálica. Con los pómulos angulosos, los ojos

grandes, el cabello muy corto y la piel clara estrechó con fuerza mi mano reafirmando que no podía llamarse Alex de ninguna manera, así que yo siempre me referí a él, en mi fuero interno, como Alexander o el Ruso. Helenio Gil también acabó por llamarlo así y, como él terminó sabiéndolo y no le importó, le rebautizamos oficialmente con el apelativo de las estepas.

Estaba separado de una mujer perfecta, con la que llegó a tener dos hijos muy maleducados cuyas custodias y manutenciones le daban numerosos dolores de cabeza. El suyo era uno más de los infinitos casos de separaciones y divorcios dentro de este negociado ingrato del espionaje; los cambios repentinos de destino, los trabajos a deshora e imprevisibles, la obligación del secreto profesional con todas sus inevitables sospechas y recelos generaban unas ausencias y desconfianzas que en muchas ocasiones terminaban en rupturas definitivas y amargas.

Con frecuencia, los miembros estatutarios del CNI realizan trabajos en ciudades diferentes a las de su residencia y tienen que abandonar el hogar casi sin previo aviso y por los días que sea necesario. Se recibía del extranjero la noticia de que un perturbado del islam supremacista viajaba hacia Segovia, y había que mandar corriendo a gente a la estación de tren, a la de autobuses, a las casas de aquéllos que pudieran darle cobijo o a las mezquitas señaladas, si había alguna. El trabajo no acababa hasta que se daba con el extranjero o se descartaba con fundamentos sólidos que no había llegado a la ciudad. Pero si estaba en la ciudad y era de los considerados como verdaderamente malos, había que monitorizarlo, someterlo a seguimiento y vigilancia, descubrir sus contactos regionales y repasar su actividad regular. Hacía falta un equipo de diez o más agentes operativos para no perderle la pista ni un solo minuto del día o la noche. De hecho, son muchos los centros del CNI que, además de contar con los puestos de trabajo correspondientes para el personal asignado, tienen también camas y duchas para que pernocten los agentes en misión que se han tenido que desplazar y no quieren gastarse las dietas en hoteles ni dejar pistas de su paradero en establecimientos en los que hay que registrarse con carnet y tarjeta. Idéntica estrategia de despiste policial usan los yihadistas y sus adláteres cuando viajan a otra ciudad y se hospedan en casas

particulares de cómplices o en lúgubres mezquitas en vez de hacerlo en pensiones o casas de huéspedes, lo que no deja de ser curioso.

Siguiendo las indicaciones precisas de Alexander, pronto establecí amistad con determinados funcionarios de embajadas de países cuyo devenir y actividad interesaban muy especialmente al Gobierno de España. Aquellos primeros pasos por las cloacas de la diplomacia supusieron ciertamente un cambio sustancial en mi actividad diaria: en un muy breve plazo de tiempo había pasado de arrastrarme entre barbas empapadas en *baisara*, un puré de habas secas que se consume mucho en Marruecos, a deslizarme sigilosamente entre impolutas corbatas de seda china y despachos enmoquetados que olían a incienso de pachulí.

Los funcionarios de embajadas y consulados del mundo se saben estrechamente vigilados y extreman las precauciones en todo lo que tiene que ver con la confidencialidad de sus comunicaciones. Los diplomáticos españoles adscritos a misiones acreditadas en países de los considerados sensibles reciben instrucciones detalladas al respecto y cuentan con el asesoramiento técnico necesario para que sus comunicaciones a través de internet o teléfono no puedan ser interferidas por funcionarios del país anfitrión. Aun así, todos los servidores públicos españoles saben bien que, mientras se hallen en otro país usando redes de comunicación ajenas, sus transmisiones y correos estarán en manos del Gobierno de turno y lo que éste quiera conocer de ellas.

El CNI espía muy de cerca a determinadas embajadas acreditadas en España. Son precisamente aquéllas que albergan en sus sedes personal de algún servicio propio de inteligencia o que representan a países cuyas políticas podrían suponer una amenaza para nuestro país. No lo hubiera podido saber jamás si no me hubieran encargado formar parte, en diferentes momentos, del elenco anónimo de espías a cargo de ese control quirúrgico de las conexiones funcionariales.

Las embajadas de los países cuya actividad política o económica interesa más a España son, consecuentemente, a las que más recursos y

personal destina el CNI. De cada uno de los edificios de estas misiones diplomáticas especiales en Madrid se tienen los planos precisos, perfectamente actualizados después de cada pequeña obra menor o cambio de distribución, sus alzados y ventanas así como la redacción de los proyectos técnicos de sus sistemas de seguridad y de telecomunicaciones. También se conoce de esas embajadas y consulados la ubicación exacta de cada despacho y el cargo y las funciones públicas de la persona que lo ocupa. Se sabe perfectamente el trabajo concreto que desarrolla cada funcionario en su oficina, así como el lugar en el que tiene su domicilio particular, las características de su familia, el servicio doméstico, sus coches, cuentas y movimientos bancarios, sus móviles corporativos y personales, sus puntos débiles o vulnerabilidades... Se tienen perfectamente localizadas las cajas fuertes que hay en todas esas sedes, y las cámaras de seguridad exteriores e interiores.

De algunos edificios diplomáticos concretos, se conocen las claves de acceso a los despachos y los códigos de desactivación de las alarmas, y no hay duda alguna de quiénes son los funcionarios que, habiendo entrado en España, bien con pasaporte diplomático o bien con pasaporte de servicio, se dedican a labores que no tienen nada que ver con lo que indican expresamente sus documentos oficiales, sino más bien con órdenes secretas que reciben por muy distintos y sofisticados cauces. En algunos casos estos extraños funcionarios tienen rangos de secretarios, consejeros de embajada o vicecónsules adscritos a provincias remotas. En otros, figuran oficialmente como cocineros o personal doméstico de las pomposas residencias de los embajadores. Pero también he sabido de la existencia de espías extranjeros «legales» que habían entrado en España como trabajadores anónimos procedentes directamente de sus países de origen. Abrieron tiendas de telefonía durante un tiempo e incluso ejercieron como camareros de bar y, después, tras meses y meses de jugar al despiste policial, fueron contratados por la embajada de su país como simples porteros de finca o chóferes. Supuestamente, de ese modo no levantaban la más mínima sospecha del país anfitrión, y conseguían estar a salvo de escuchas, vigilancias o expulsiones; pero lo cierto es que la identidad de

todos los diplomáticos, funcionarios, agentes locales, amigos y colaboradores de determinadas legaciones extranjeras está laboriosamente escrutada. Entre esas legaciones hay que citar a las de Irán, Venezuela o Corea del Norte, pero también a algunas de países mucho más cercanos y teóricamente afines. Por supuesto, Marruecos, Turquía o Egipto no se libran, y no sólo porque España tenga interés en ellos, sino porque otras potencias amigas nos exigen ese servicio constante.

Hay embajadas con micrófonos ocultos en perfecto estado de funcionamiento. No es tan difícil, mediante algo de dinero o favores personales, conseguir la ayuda de un funcionario o agente local de la misma misión para introducir determinados artilugios en un despacho principal. La cuestión técnica de la colocación de sistemas de escucha o de vídeo corresponde casi siempre a las divisiones operativas del Centro, que están preparadas específicamente para eso; pero poco pueden hacer los agentes de esas divisiones si otro tipo de agente, con acceso libre al edificio o residencia en cuestión, no ha reconocido antes el terreno, confeccionado los planos, fotografiado las cajas fuertes y las cámaras o señalado las lámparas de sobremesa en las que pueden colocarse, por ejemplo, bombillas con micrófono oculto incorporado, un simpático cacharro coreano que, además de utilizar la corriente eléctrica de la red para dar luz a un escritorio importante, la aprovecha también para grabar nítidamente todo lo que se habla en su entorno y remitir después el archivo de audio a un receptor ubicado en el exterior del edificio. De ese modo, emitiendo señal sólo a deshoras y en uno o dos segundos, estos aparatos resultan invisibles a los barridos electrónicos y rastreos habituales que realizan los funcionarios extranjeros responsables de la seguridad de sus edificios.

Muchas sedes diplomáticas y consulares comparten espacio con las oficinas de los servicios secretos exteriores de sus gobiernos respectivos. Esta práctica sigue siendo habitual en el mundo de la diplomacia universal, aunque algunos países, cada vez más en número y con mayor frecuencia, recurren a estrategias más sofisticadas para introducir y camuflar a sus agentes en un territorio extranjero.

A nuestro país no sólo le interesa lo que hagan en nuestro territorio los agentes de los países enemigos o potencialmente enemigos: también se ponen todos los medios técnicos y humanos para conocer el paradero y la actividad de lo que hacen en España los agentes de las potencias amigas. Ni la Agencia Central de Inteligencia estadounidense (CIA) ni el Servicio de Inteligencia Secreto británico (SIS, más conocido como MI6) ni el Mossad israelí se libran de la atención de los servicios de inteligencia españoles; y los informes sobre sus pisos francos, estaciones legales, antenas, trabajos de campo y comunicaciones encriptadas están siempre actualizados sobre la mesa de los analistas del CNI. Podemos estar orgullosos de la calidad técnica de nuestros criptólogos: se dice de ellos que están entre los mejores de Europa.

Alexander me pidió una mañana de sábado, en un restaurante de carretera próximo a Barajas, que me acercara a un determinado ciudadano británico que, supuestamente, trabajaba como fotógrafo *freelance* pero sobre el que recaían ya fuertes sospechas de actividad de espionaje. Había orden de comprobar si las apariencias se correspondían con la realidad, y, para obtener ese acercamiento necesario al objetivo, pusimos sobre la mesa todo lo que se sabía sobre aquel Mr Williams. Por lo visto, había ya algunos datos de seguimientos anteriores fracasados en los que figuraban algunos de sus gustos, aficiones y hábitos de vida: nada revelador.

No resultó difícil preparar un encuentro casual con el inglés. Esperamos a que saliese de su casa en bicicleta, como cada domingo, y entonces yo me coloqué en un punto determinado de su trayecto campestres habitual. Me vestí para la ocasión con un maillot de Movistar y me senté, junto a mi bicicleta pinchada, en una piedra del camino boscoso. Williams, previsible como un niño, se detuvo junto a mí, se interesó por el golpe que simulé me había dado en el hombro al caerme y me ayudó a cambiar la cámara rajada de la rueda delantera. Así nos conocimos y, aprovechando que no vivíamos lejos uno del otro, empezamos a salir en bicicleta con asiduidad y a vernos en bares de cañas con cierta frecuencia. Todo ello llevó mucho tiempo pero,

por suerte, los directores del Centro son generosamente indulgentes con los plazos, conocedores sin duda de que determinados programas requieren, para su buen funcionamiento y desarrollo, un plazo de tiempo irreducible.

Williams solía hablarme en los paseos y en las ventas del camino de su trabajo de fotógrafo, que era público y oficial; yo también le hablaba del mío, el de almacenista, importador y ferretero; hicimos excursiones juntos, y entonces, con mucho tacto, le iba poniendo cebos, «carnaza» en el argot. Le contaba, por ejemplo, una graciosa anécdota de un pariente mío en la que mencionaba de pasada que trabajaba en el Ministerio de Defensa al lado de un importante mando. También le dejaba caer que yo tenía amigos en determinada embajada árabe, a cuenta de la nacionalidad marroquí de mi mujer. O que me llevaba muy bien con determinados líderes políticos de la izquierda en Madrid. Y así, poco a poco, y no sin dificultades, íbamos poniéndole en bandeja la ocasión de quedar al descubierto, de mostrarse interesado por algo extraño y ajeno a las inquietudes presumibles de un fotógrafo de naturaleza. Si el agente extranjero no estaba especialmente adiestrado para desconfiar de todo aquél que apareciera casualmente en su vida, podía terminar cayendo en la trampa, mostrando una especial inclinación a contactar con determinado funcionario o conocer ciertas instalaciones.

El pobre Williams fue probablemente el más ingenuo de todos los agentes británicos en activo: no tardó en picar el anzuelo que le pusimos, como una trucha de vivero, y, embriagado de confianza, un buen día se me descubrió por completo. Me dijo que su padre había sido toda su vida un directivo del SIS, y que él se había dado cuenta de que yo podía tener acceso a cierta información, «nada especial», que a Londres le podría parecer interesante, y que él podía hacer que le pagaran por esa información, y que nos repartiríamos el dinero si estaba de acuerdo. Ante mi fingida perplejidad, refería todo aquello medio en broma, medio en serio, sin terminar de definirse como lo que realmente era hasta comprobar cada una de mis reacciones. Mientras, yo le explicaba que realmente no tenía acceso a ninguna información de interés para nadie, que mi relación con esos

diplomáticos árabes o con políticos españoles no sobrepasaba nunca la camaradería de las cervezas y los chistes.

Cuando vio que no me asustaba de nada ni me escandalizaba de lo que decía, se justificó explicando que el objetivo del SIS era el mismo que el de todos los servicios de inteligencia: la seguridad global, el bien de todos, la preservación de la democracia, nuestros valores y todo ese rollo de primero de espionaje. Fingiendo ser un novato en todo aquello, yo le pregunté que por qué el SIS no obtenía esa información requiriéndosela al Gobierno de España, estando como estaban ambos países en el mismo bando y teniendo tan buenas relaciones. Él me explicó que esa era la vía habitual, que se hacía mucho y que funcionaba a la perfección, pero que muchas veces ciertas solicitudes no recibían respuesta a tiempo, se demoraban en exceso y acababan por perder su vigencia e interés, que era mejor conseguir la información directamente de la fuente y sin burocracia. Salvadas mis dudas iniciales, me esforcé por mostrarme muy anglófilo y entusiasmado con la idea de poder trabajar para el MI6, «como James Bond», le dije. Él me dio una palmada paternal en la escápula, de bienvenida, y comenzamos una relación que se prolongó más de un año.

Los espías extranjeros que habían sido descubiertos tenían muy mermadas sus capacidades para obtener información toda vez que sus potenciales fuentes iban siendo convenientemente alertadas por el Gobierno. Unas veces se conseguía así el objetivo de aislar al agente, se le cerraban todas las puertas y, de ese modo, cercado y finalmente percatado de su desnudez, tenía que abandonar el país discretamente y con el rabo entre las piernas, nunca mejor dicho. En otras ocasiones, como en el caso de Mr Williams, se optó por dejar trabajar al personaje, por permitirle incluso acceder a cierta información oficial y poco relevante para evitar así que se sintiera descubierto y que la agencia para la que trabajaba, consecuentemente, lo sustituyera por un agente nuevo y desconocido. Mientras tanto se le mantenía vigilado y seguido de cerca, se daba cuenta de su trabajo diario y, según el caso, se le intoxicaba con información falsa interesadamente confeccionada en los sótanos de los ministerios en atención a determinados objetivos.

«Poner un rabo» a alguien significa, en el argot, someterlo a vigilancia y seguimiento. Siempre interesó más ponerle un rabo a un agente extranjero descubierto que permitirle darse cuenta de que había sido destapado. Mr Williams estuvo un año con un rabo puesto, vigilado muy de cerca. Se le pinchó el teléfono y se tuvo constancia de cada uno de sus encuentros clandestinos con informadores locales y con trabajadores de la Embajada del Reino Unido. De esa manera pudieron ser descubiertos otros agentes en España del mismo SIS, un par de españoles sin honor vendidos por dos duros, un piso franco en Marbella con parabólicas sin disimulo en la terraza, una conexión militar en el Gobierno de Gibraltar, una red de informadores a sueldo de poca monta y un corredor de armas belga que tenía su base de operaciones en un piso de la calle de Silva.

En ese tiempo, me enseñaban todo lo referente a cámaras ocultas y micrófonos especiales; no para que hiciera uso de ellos ni los manejara, que ese no era mi oficio, sino para que, conociendo su aspecto y sus mecanismos, nadie pudiera sorprenderme nunca en un descuido mientras me movía por el interior de un edificio dotado con medidas de seguridad.

No me resultó especialmente complicado entablar amistad con determinados diplomáticos extranjeros aprovechando la cobertura que me daba el hecho de tener negocios de importación ya abiertos, o en perspectiva de abrirse, con sus correspondientes países de origen. Inventé una red de distribución de mis máquinas de jardinería en Marruecos. También me ayudó mucho mi conocimiento eternamente inacabado del *fusha* y una capacidad natural, de la que no quisiera alardear, para encontrar elementos de empatía y afinidad hasta con el mismísimo diablo. Localizar esos puntos de encuentro ideológicos o políticos con el otro es una de las primeras bazas del topo para lograr introducirse lenta y sigilosamente en el territorio vallado.

Los servicios de contrainteligencia del Centro, integrados básicamente en la Oficina Nacional de Inteligencia y Contrainteligencia, son los encargados de vigilar de cerca a todos los funcionarios y diplomáticos de los países señalados en cada momento como potencialmente enemigos, y a su entorno más próximo. No hace falta subrayar que uno de esos países es

Marruecos. Quizá sea al que más atención se presta. Con ayuda de sus estaciones en Rabat, el CNI supervisa el itinerario biográfico de cada uno de los empleados de las embajadas y consulados marroquíes en la península, Las Palmas o Mallorca. Realiza ese trabajo de investigación antes de autorizar los visados de servicio solicitados por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Marruecos para sus funcionarios a desplazar; sin embargo, rara vez, aun teniendo confirmación de que el sujeto para el que Marruecos solicita la acreditación diplomática es un espía o un gendarme de alguna brigada policial de información, se deniega ese visado. Lo importante no es que no entren los espías o que no actúen en territorio nacional, sino saber quiénes son, conocer su pasado, tener un informe de actividad de cada uno de ellos convenientemente actualizado y vigilar continuamente sus movimientos para saber cuáles son sus objetivos inmediatos.

En casi todos los edificios de la representación diplomática marroquí en el mundo hay oficinas de la Dirección General de Estudios y Documentación (DGED), el servicio de inteligencia exterior marroquí que dirige Yassin Mansouri. En las estanterías del CNI hay fichas de cada uno de sus agentes en España, con fotografías desde todos los ángulos posibles, y expedientes completos de su actividad profesional y privada. Se conoce también a cada uno de los miembros de su familia, los amigos que frecuentan y los de su esposa o hijos, los gustos y las aficiones, las orientaciones íntimas, las opiniones políticas...

Para pinchar sus móviles ha sido necesario el trabajo de personas como yo, fuera de toda sospecha, que consiguen sus números a base de dedicar tiempo a la amistad y la confianza. Para conocer sus correos electrónicos y poder espiarlos a conciencia se han tenido que reventar las contraseñas de los routers de muchos edificios diplomáticos, nunca suficientemente protegidos a pesar de haber sido instalados por personal técnico marroquí venido expresamente para ello. Para poder seguir a los agentes marroquíes en sus desplazamientos nacionales se ha tenido que conocer con tiempo suficiente su intención de viajar y su destino, y eso se consigue mediante una buena relación de inocente y franca amistad.

Hay agentes, españoles o marroquíes en origen, colocados cerca de cada uno los agentes de la DGED que operan en España. Estos se encargan de informar al CNI de cada uno de sus movimientos, por muy triviales y libres de sospecha que puedan parecer. Unas veces son sus propios vecinos los que los vigilan, ancianos respetables que reciben generosas gratificaciones y regalos del Centro por contar lo que ven frente a su puerta o por permitir la colocación de una cámara oculta temporal en su balcón. Otras, son los amigos del colegio de sus hijos o las cándidas compañeras de café de las esposas. En las mejores ocasiones, cuando se puede, son amigos íntimos de ellos mismos, personas corrientes con un trabajo y un pasado libre de toda extraña suposición.

Se sabe bien, por todo ese despliegue de medios humanos, que la mayoría de los agentes de la DGED en España no hacen absolutamente nada por cumplir con sus teóricos cometidos: son simples enchufados del régimen con sueldo público, hijos de altos mandos de la Marina Real o sobrinos de primos del cuñado de Su Majestad. Se incorporan cada día a sus puestos de trabajo a la hora que les parece, o sencillamente no llegan en toda la mañana; salen antes que nadie del edificio; almuerzan, siempre que encuentran quien les acompañe, en caros restaurantes; y no se reúnen más que con compañeros del negociado, amiguetes de café y ligues de urgencia de escaso interés informativo.

Estos burócratas sin sindicato no rinden cuentas a nadie y nadie les pide explicaciones sobre sus horarios o tareas. Por el contrario, junto a estos incompetentes convive un reducido grupo de la treintena de agentes que tiene la DGED en España que sí se toma en serio su trabajo y se preocupa de seguir muy de cerca los movimientos del Frente Polisario en Madrid; los grupos españoles de apoyo a la independencia del Sáhara; las reivindicaciones y actividad pública de los inmigrantes que simpatizan con el nacionalismo rifeño y sus apoyos desde la izquierda de Podemos o el nacionalismo de la Candidatura de Unidad Popular (CUP); los *influencers* marroquíes que hablan o publican en España contra Mohamed VI o el Makhzen y, sobre todas las cosas, el trabajo del movimiento islamista

prohibido en Marruecos Justicia y Caridad, que cuenta en España con líderes, sedes encubiertas y agenda de relaciones internacionales.

Como cosa a añadir, hay que subrayar que los hombres activos de la DGED también tienen el encargo de vigilar de cerca la actividad de los políticos marroquíes que viajan a España y que se reúnen con líderes políticos españoles: cuando vienen en visita oficial o incluso de vacaciones se les sigue de cerca, y no sólo a través de la prensa; monitorizan sus intervenciones públicas; graban audios y vídeos de sus charlas y conferencias y, lo más importante, están atentos a las personas con las que se ven y hablan incluso en sus momentos más distendidos de relajación vacacional. Todos esos ministros de Marruecos que se pasan las vacaciones en Marbella o Sitges están perfectamente controlados por la DGED. De ese modo, el todopoderoso Makhzen aplaca siempre a tiempo cualquier amago de subversión, traición, conspiración, rebelión, o de simple propaganda contra el rey y sus políticas públicas.

La DGED sabe que los políticos marroquíes son frágiles y tienen acceso en sus oficinas a información sensible que puede ser de interés para España. La posibilidad, remota pero siempre posible, de que un agente español contacte a algún destacado funcionario o cargo público marroquí y pague por la información militar o política que pudiera proporcionar es un asunto a evitar al que Marruecos dedica muchos medios.

El vecino reino del sur vive pendiente de cualquier amenaza que pueda desestabilizar sus débiles estructuras institucionales. Basta acercarse un poco al trabajo de la DGED en el exterior para conocer la jerarquía de sus preocupaciones prioritarias. De alguna manera, este servicio vela para que todo aquello que está sometido al control del régimen marroquí en su territorio soberano no halle, fuera del mismo, una oportunidad de actuar, desarrollarse, crecer o reproducirse. Todo preocupa, ya sea un simple rumor en prensa o redes sociales, o un grupo de disidentes que se reúnen los sábados por la tarde en el casino de un pueblo de Madrid para hablar de cárceles o de impuestos. Para entender ese desasosiego aparentemente desmesurado hay que atender a todas las amenazas al régimen que han proliferado, sin éxito, desde los dos frustrados atentados contra la vida de

Hassan II: brotes de nacionalismos, primaveras airadas, islamismos reprimidos, oposiciones deslenguadas, acusaciones internacionales, revueltas populares, injerencias de misioneros extranjeros, provocaciones fronterizas...

El Gobierno de Marruecos supervisa muy de cerca en su territorio soberano la actividad de sus mezquitas y sus imanes, tanto que cuenta con un ministro sólo para ese cometido nombrado directamente por el rey. No hay ninguna otra entidad autorizada en el país vecino para erigir mezquitas fuera del control ministerial, ni cabe que los imanes, que son todos empleados de la Administración, improvisen sermones en los templos o peregrinaciones particulares. Gracias a este control cenital, Marruecos ha estado absolutamente a salvo hasta hace poco de injerencias religiosas exóticas. Sin embargo, los telepredicadores que se cuelan ahora en los hogares a través de las parabólicas e internet, nunca suficientemente controlado, suponen nuevas amenazas frente a las que el sistema no está del todo preparado. Los barrios más humildes de Rabat y Casablanca se llenaron hace años de parabólicas, que proliferan ya como champiñones y se han extendido por todas las azoteas del país. El Gobierno tiene que controlar lo que se cuela en Marruecos y lo que otros cuelan a los marroquíes que viven y trabajan fuera de Marruecos.

La DGED tiene como misión principal controlar la actividad de los cuatro millones de marroquíes que viven fuera del territorio nacional. Al tratarse de una población que se mantiene estrechamente ligada a Marruecos por lazos familiares, que viaja con frecuencia vacacional a su país, que envía remesas de dinero y que regresa a casa con la jubilación, el Makhzen no puede permitirse que sea permeable a ideas políticas o religiosas que mermen o hagan peligrar la autoridad del régimen o la popularidad del monarca alauí. La autoridad del rey de Marruecos se basa, fundamentalmente, en su carácter de «príncipe de los creyentes», de califa descendiente en línea directa indiscutible del profeta Mahoma. Ese cariz sagrado no puede refutarse en Marruecos, y el Gobierno marroquí trabaja duro para evitar también que se ponga en entredicho en las comunidades marroquíes formadas en el extranjero. Por eso, los agentes de la DGED,

militares y varones en su gran mayoría, invierten importantes sumas de dinero en pagar a informadores dentro de cada comunidad destacada o grupo de emigrantes. Así conocen a tiempo lo que se pueda gestar contra sus intereses y, en caso necesario y recibidas las órdenes oportunas, actúan contra esa amenaza con precisión quirúrgica unas veces o con la fuerza de una apisonadora de cilindro, según sea el caso.

Marruecos ha ideado muchos modos de ejercer el control sobre su población en el extranjero. Cuenta con una especie de secretario de estado en Rabat dedicado exclusivamente a los marroquíes dispersos por el mundo; gasta importantes sumas en ayudas y subvenciones a asociaciones culturales de marroquíes en el extranjero afines al régimen alauí; construye mezquitas en capitales simbólicas, implanta centros culturales y casas de Marruecos; envía imanes a predicar durante las fiestas religiosas señaladas; propicia, no siempre con éxito, el liderazgo amable de los cónsules y, sobre todo, intenta hacerse con la representación oficial de los musulmanes en cualquier país europeo frente a otros candidatos sirios o pakistaníes, siempre pujantes.

El liderazgo del islam en los países donde existe una nutrida colonia marroquí es un objetivo estratégico de la DGED para ejercer el control de sus súbditos; así, la religión se convierte en una herramienta de control social fundamental. El islam no tiene jerarquías internas, o no debe tenerlas, y son muy pocos los países musulmanes que han desarrollado estructuras eclesializadas. Hay países occidentales que prefieren poner el islam en manos de Marruecos y evitar así que caiga en otras de líderes espirituales con visiones del islam menos dulces o con más dinero para financiar su práctica y propagación.

Uno de los principales éxitos de Marruecos en lo que a liderazgo religioso internacional se refiere se fraguó hace unos años en el acuerdo firmado por el entonces ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Laurent Fabius, y el de Asuntos Islámicos de Marruecos, Ahmed Taufiq, en una ceremonia presidida por el rey Mohamed VI y el expresidente francés François Hollande. Según lo acordado por ambos líderes, el Instituto Mohamed VI de Formación de Imanes, Predicadores y Predicadoras, en

Madinat al Irfan, impartirá formación teológica a los imanes que quieran ejercer como tales en Francia. El objetivo de esa iniciativa era que en poco tiempo todos los predicadores musulmanes de Francia pasaran el filtro doctrinal marroquí, tan querido por los líderes europeos por su flexibilidad frente a otras rígidas doctrinas orientales. De momento, el proyecto no acaba de funcionar bien con los franceses: ni todos los imanes galos quieren formarse allí ni los que se deciden a hacerlo acaban los tres años de estudios reglados. Sin embargo, ese joven centro de teología sí triunfa en lo que a liderazgo islámico se refiere ante numerosos países africanos. Mali, Guinea-Conakri o Costa de Marfil envían a sus imanes a formarse en este centro malikí de referencia que ya compite en prestigio con la Universidad de al-Azhar o la de Medina. España no acaba de ver con buenos ojos la medida: por un lado, el Gobierno entiende que un acuerdo similar permitiría tener bajo control doctrinal a los imanes que ejercen en mezquitas españolas; pero, por otro, no se quiere despreciar el peligro que supone dejar en manos marroquíes todo el islam español y, además, abrir así la puerta a que Marruecos llene este país de agentes encubiertos.

El Gobierno marroquí cuenta también con fundaciones sociales para ayudar a aquellos súbditos con falta de recursos económicos en países extranjeros, y costean la repatriación al Reino de los restos mortales de aquéllos cuyas familias no cuentan con los medios necesarios para costear ese doloroso viaje y el funeral. Con todo, y a pesar de los hercúleos esfuerzos que realiza, a la DGED le nacen y proliferan amenazas continuas en todos los rincones del mundo. Y España, lejos de ser una excepción, por su proximidad vecinal, es el epicentro de la mayoría de ellas.

Se dispuso todo en el Centro para introducirme en el entorno de la DGED. No era ese mi único objetivo laboral: dado que la operación requería mucha paciencia y tiempo, complementaba ese esfuerzo lento de ir avanzando paso a paso con otros trabajos, diferentes y compatibles, que tenían que ver con protocolo y labores de interpretación y acompañamiento a visitantes oficiales áraboparlantes.

Infiltrarse en una organización es siempre una carrera de fondo. No hay que tener prisa alguna ni el corredor debe provocar jamás una situación irreversible de desconfianza por culpa de un esprint innecesario y a destiempo. La única manera de conseguir el éxito de la misión es caminar muy despacio, conforme a un plan establecido pero siempre muy lenta y pausadamente. El menor apresuramiento puede generar sospechas indeseables, y anular por completo y para siempre, de manera irreversible, cualquier posibilidad de éxito.

Políticos de medio pelo de países árabes visitaban Madrid con frecuencia. Se reunían con sus homólogos españoles, con empresarios de algún sector cuyas inversiones en sus regiones interesaba promover, con sus connacionales más granados y sus cónsules. Estos burócratas y técnicos hacían también alguna escapada turística por los alrededores y se fotografiaban a sí mismos como simples excursionistas ante lo que les parecía más exótico y brillante. En los encuentros oficiales de estos egipcios, jordanos o qataríes había siempre traductores oficiales que dominaban el árabe además del español y el inglés. Eran casi siempre profesionales de confianza de origen marroquí contratados por el Gobierno de España para esas ocasiones. Por supuesto, se les investigaba a fondo antes de sentarles en una sillita entre los sillones de dos mandatarios y se cuidaba mucho de comprobar que no tuvieran contacto con personal diplomático o gobiernos extranjeros a los que pudieran hacer llegar las confidencias de Estado a las que tenían acceso en su trabajo ordinario. De hecho, a una intérprete de árabe de nacionalidad y origen españoles se la vigiló muy de cerca en cierta ocasión a raíz de que iniciara una relación afectiva con un primo del entonces embajador de Marruecos; aunque en principio no había por qué sospechar de la buena mujer, alguien del Centro propuso que se le intervinieran las comunicaciones telefónicas, y se pudo descubrir así que, gracias a las artimañas de su novio, ella narraba con todo lujo de detalles las delicadas conversaciones de los encuentros internacionales a los que asistía como intérprete. Fue borrada de la bolsa oficial de trabajo y dejó de ejercer como intérprete para siempre. Se casó después con su novio marroquí, el primo del embajador, y montó un

pequeño hotel de playa en Noja en el que aún se sirve comida magrebí a petición de los huéspedes que la demandan. No es difícil que la señora cuente historias relacionadas con su antiguo trabajo de intérprete de árabe. Y siempre termina diciendo que la despidieron cuando empezó a tratar con un pariente del embajador de Marruecos. No fue exactamente así, pero obviamente ella ignora las escuchas a las que fue sometida y que fueron realmente las causantes de su cese.

En una ocasión, por mediación de Alexander, formé parte de una comitiva de recepción de un ministro de Arabia Saudí que viajó hasta Madrid con una espléndida corte de secretarios y ayudantes. En el grupo había intérpretes, tanto españoles como saudíes, mucho mejor capacitados que yo para traducir sobre la marcha las conversaciones oficiales, pero el CNI decidió que formara parte de la extremadamente amable delegación española anfitriona. Se pensó que, agasajando en árabe a los huéspedes y, sobre todo, a su corte de secretarios y mayordomos, y acompañándolos a las actividades paralelas de ocio previstas en agenda, tal vez se pudiera obtener alguna información de interés o, al menos, algún contacto amigable para lo que fuese necesario en el futuro. Y allá que me fui yo a Toledo elegantemente ataviado para pastorear a la viril corte de turbantes y escoltas que me habían asignado. Les explicaba cuatro cosas de la ciudad imperial, la taifa de Toledo y la mezquita del Cristo de la Luz, y ellos se entusiasmaban y hacían fotos con teléfonos móviles de modelos que aún no se habían visto en España. Entonces me los llevaba a comer pescado, para que todo fuese halal y conveniente a ojos de los demás, pero ellos preferían carne y vino y, entre grandes risas, contaban proyectos grandiosos en Riad y acuerdos internacionales inminentes que me daban para un par de buenos informes.

Mi fama de anfitrión especializado en el mundo árabe se extendió pronto por ciertas oficinas de altos cargos de la Administración. De modo que no era raro que me encargaran que fuese al aeropuerto de Barajas a recibir a una delegación de la federación de fútbol de Jordania. Los saludaba, los acompañaba al minibús oficial y les iba explicando la agenda

por el camino y ofreciéndoles alternativas de tiempo libre para los huecos de ocio del programa oficial.

En otras ocasiones surgieron viajes a países árabes de directores generales españoles, grupos parlamentarios y presidentes de potentes empresas públicas. Y allá iba yo como colaborador ministerial, como acompañante experto en cultura islámica y conocedor de la lengua, una especie de dama de compañía, de adlátere o jefe de protocolo, como solía presentarme muchas veces, que cuidaba de que el señorito de turno no metiese la pata en un saludo o en una cena, y de espectador privilegiado e informador encubierto.

Hasta tal punto me convertí en conocedor del protocolo islámico que llegué a ser contratado por empresas españolas para impartir charlas sobre educación y modales islámicos a sus comerciales. Entre las compañías que comerciaban con clientes de países árabes se extendió pronto mi fama de buen conocedor de las costumbres locales. Incluso Airbus Military demandó mis servicios en una ocasión para que advirtiera a sus pilotos instructores de vuelo de todo aquello que debían tener en cuenta para tratar exitosamente con los pilotos saudíes a los que adiestraban en el manejo de sus aviones de guerra. En aquellas charlas en Madrid o Sevilla hablaba a los que tenían que viajar a Arabia Saudí o Qatar sobre cómo comportarse con las esposas de los anfitriones, con qué mano comer, cómo saludar a los niños, en qué momento debían descalzarse, qué atuendo usar, cómo cubrirse en las piscinas…

No me resultó difícil captar la atención de algunos de los agentes de la DGED que operaban en Madrid esos años. Dado que conocía sus rostros, porque me habían entregado sus fotografías, pude acercarme a ellos con estudiadas excusas durante el transcurso de una de las celebraciones de la Fiesta del Trono que tenían lugar cada año en diferentes hoteles y palacetes de alquiler. En esas rimbombantes y multitudinarias fiestas anuales el embajador se viste con las galas alauitas, con fez rojo y babuchas amarillas. Los invitados, de muchos ámbitos políticos y empresariales de Madrid, desfilábamos en cola para ser introducidos por el jefe de protocolo de la legación antes de pasar al salón del convite. Posábamos entonces para las

fotos junto al jefe de misión y su engalanada familia y nos perdíamos enseguida en el sarao, juntándonos los españoles con los españoles y los marroquíes con los marroquíes.

Se arregló muy fácil lo de colarme en la fiesta de aquel 30 de julio. Sólo hubo que hablar con una empresaria soltera que estaba invitada al evento porque era proveedora de material de oficina de la embajada, y así pude entrar discretamente como su acompañante. Una vez dentro de los salones del hotel, me separé de aquella amable señora, que podía haber sido mi abuela, y empecé a bucear entre los invitados con una sonrisa bobalicona y feliz en el rostro que siempre me ha dado resultado. Intentaba escudriñar las caras de mis objetivos. Había muchas banderas marroquíes por todas partes y de todos los tamaños, y grandes retratos del rey. Un grupo de *gnawa,* uno de los géneros principales del folclore marroquí, venido de la muy atlántica Larache empezó a tocar su música extenuante. Yo miraba por cada rincón y en cada corrillo y no encontraba ningún rostro conocido, hasta que por fin hallé de golpe juntos a todos los miembros del servicio de información marroquí cuyas fotos guardaba celosamente en casa desde que me fueron entregadas.

No es fácil reconocer a alguien en persona cuando sólo se tiene de él una única fotografía. A pesar de que había dedicado esa misma tarde, antes de salir de casa, más de una hora a grabar en mi mente los rostros, sabía que entre más de quinientas personas la localización estaría complicada. Para memorizar esas fotos, intenté fijarme en los rasgos más característicos de cada uno de los agentes retratados, y les puse apodos para recordarlos fácilmente: El Mexicano para el del bigote; El Tonto para el de la mirada alelada y la boca semiabierta; Resines para uno que se parecía al actor; El Dandi para el más repeinado... Tuve mucha suerte, porque estaban todos juntos, bebiendo refrescos de naranja en un corro masculino al fondo del salón, el sitio más distante a la orquesta. Allá estaban El Mexicano, Resines, El Dandi y unos cuantos más cuyos apodos de urgencia ya he olvidado. Me situé suficientemente cerca de ellos, pero mirando hacia el escenario por encima de las cabezas del público, como si me importara lo

que hacían los músicos. Casi podía escuchar lo que hablaban entre sí los espías.

Una corte de jóvenes camareras con cofia salieron de las cocinas y paseaban ya bandejas con dátiles y pastelas diminutas. Yo trataba de encontrar la manera de enganchar con el grupo: pensaba en acercarme a preguntarles algo o intentar caer casualmente en la misma mesa cuando llegara el momento de sentarnos; pero no hizo falta ninguna maniobra. El Dandi me debió ver un tanto despistado y solo, me hizo un gesto fraternal para que cogiera un canapé de las bandejas e indicó a la camarera que me trajera una bebida. Yo, a un par de metros de distancia, respondí con un gesto de infinito agradecimiento, mano en el corazón, y salté al ruedo casi sin pensarlo: «Feliz Fiesta del Trono, señores», dije en árabe mientras me acercaba al grupito sacando una tarjeta de visita del bolsillo de la chaqueta. «Ese es mi nombre y ese es el de mi negocio. Estoy abriendo una delegación en Casablanca, si Alá lo quiere». Curiosidad general.

Les pregunté en español si eran funcionarios de la embajada y respondieron que sí mientras se presentaban con nombres y cargos que identifiqué de inmediato como inventados para la ocasión. No todos se manejaban en español igual de bien, así que yo intercalaba expresiones en árabe o bien El Mexicano hacía de traductor para los demás. Solté unos comentarios aduladores sobre los aperitivos marroquíes de las bandejas mientras ellos celebraban que fuese capaz de hablar su lengua y de conocer los rudimentos de la gastronomía bereber. Aproveché entonces para lanzar el anzuelo: «Es que mi mujer es marroquí, y me enseña el *fusha* con mucho amor y paciencia. Siente auténtica devoción por Mohamed VI y la princesa Salma», precisé, con cara de idiota, mucho antes del divorcio real y perfectamente consciente de que la monarquía es, junto al islam omnipresente y la territorialidad, uno de los pilares sobre los que se sustenta la cohesión nacional.

En aquel primer encuentro con la DGED, en el que estaba presente el jefe del grupo de la antena de Madrid, Abdeláh Bakali, quedó perfectamente definida y clara mi vinculación emocional con el país del sur, mis conocimientos esenciales de la historia reciente de Marruecos, mi amor

desigual por las carnes de Rachidía y los pescados del antiguo Mogador, mis viajes literarios al Marrakech de Al-Mutamid y un sinfín de adornos florales que venían todos juntos a resumir la gran mentira de que yo era, por naturaleza y casamiento, más fiel a Mohamed VI que a Juan Carlos I.

El encuentro fue inimaginablemente provechoso, más de lo que jamás hubiera podido entrever Alexander ni en sus sueños más húmedos. Entusiasmados con mi aparición y mi conocimiento de la cocina y monumentalidad marroquí, los agentes sacaron enseguida el sempiterno y recurrente asunto de la belleza de las mujeres árabes, las morenas esquivas de Agadir, las más pálidas pero muy mangoneadoras de Casablanca, las libertarias de Tánger... Yo les seguía la corriente sin grandes problemas, hacía precisiones sobre mis gustos más íntimos al respecto e incluso llegué a relatar una aventura secreta y maravillosa con una joven tetuaní de inigualable belleza que les dejó boquiabiertos. Era una historia que había leído muy recientemente en una novela andaluza y, conociendo como conocía ya al macho marroquí, no escatimé detalle alguno de voluptuosidad y encanto: su larga cabellera brillando al viento, el sonido de las fuentes del fabuloso riad, la habitación perfumada con agua de azahar, sus susurros tibios en mi oreja, la ventana abierta a la medina infinita... Me los gané a todos en segundos. Me invitaron a sentarme con ellos, a visitarles también cualquier día en sus oficinas. Así que el jueves siguiente, sin más demora, aparecí por el despacho del jefe máximo con una caja de verdejo de barrica que sirvió para engrasar definitivamente nuestra prometedora relación de amistad.

Los primeros encuentros con aquellos agentes y, en concreto, con Abdeláh Bakali, el jefe de los siete, no fueron especialmente productivos en lo que a información concreta se refiere. A pesar de mis esfuerzos para que las visitas que les hacía en sus despachos resultaran naturales, nunca lograba del todo el éxito informativo perseguido. Así que tuve que insistir e insistir, muchas semanas. A ellos les encantaba hablarme de los logros marroquíes en el mundo empresarial internacional, de las nuevas y grandes construcciones en Casablanca, de hoteles suntuosos en Marrakech, de proyectos faraónicos en Tánger... Yo les contaba detalles de mi interés por

el islam inteligente y cabal de los malikíes, de la generosidad de su espléndido monarca, de la elegancia sin estrecheces de la princesa Lalla Salma y otras trivialidades bien estudiadas para ser puestas en escena. Pero ni Abdeláh Bakali ni ninguno de los otros agentes acababa por hacer ninguna confesión que delatara su oficio misterioso o que me permitiera poder dar por hecho en su presencia que eran algo más que anodinos diplomáticos sin agenda.

Abdeláh Bakali se presentaba como vicecónsul general en todos los saraos públicos a los que asistía tantas veces en representación de su país. Formalmente era vicecónsul ante el Ministerio de Asuntos Exteriores de España. Vestía siempre de traje oscuro, con corbatas marrones y amarillas que desentonaban con los gustos locales. Era alto y tenía el pelo muy corto, negro y brillante. A menudo usaba anticuadas gafas de sol de piloto. En general presentaba un aire inquietante de espía lúgubre, como la mayoría de sus compañeros de antena: una apariencia que también tropezaba con los portes que ya hacían furor entre los agentes de campo de otros servicios secretos más occidentales y modernos. Estos últimos, lejos de evocar a intérpretes del *film noir* más sombrío y fatal, se camuflaban como afligidas amas de casa, empollones becados por Erasmus, turistas zarrapastrosos y sin prisas o incluso nocturnos *gigolos* desbraguetados.

El despacho de Abdeláh Bakali, en la calle Leizarán, era pequeño, con una mesa de chapa que soportaba varias manos de pintura gris, dos ordenadores nuevos y una impresora extraordinaria, tres teléfonos por cable llenos de botones que no manejaba, unos silloncitos de confidente, nunca mejor dicho, una caja fuerte Fichet de llave y combinación, y un retrato gigante de Mohamed VI con uniforme y boina militar. Siempre había revistas en francés por todas partes, con portadas gloriosas del rey o paisajes increíbles del desierto de Ouarzazate, pero ningún documento ni carpeta a la vista, como estipulan los manuales de todos los servicios secretos del mundo. Sin embargo, a veces, cuando el azar me lo permitía, descubría un pequeño post-it con un teléfono escrito a lápiz pegado en el brazo del sillón o una anotación breve en el calendario de anillas del escritorio. Eso era más que suficiente para empezar a tirar del hilo y, muy

poco a poco, llegar hasta un confidente nuevo o establecer una relación desconocida entre Abdeláh Bakali y un delincuente común ya fichado, un consejero autonómico corrupto, un senador nacionalista o una de esas alemanas explosivas que prestan servicios refinados a los caballeros en los alrededores del hotel Villa Magna.

Nos hicimos amigos a base de dedicar mucho tiempo y mucho trabajo a ese objetivo de la amistad. Cada vez que pasaba a ver a Abdeláh Bakali por el consulado preparaba cuidadosamente una historia que narrarle, un próximo viaje a Marruecos, o le pedía un contacto político en Meknés para algo relacionado con mi negocio, o que me recomendara un buen hotel en Cabo Negro para seducir a una amante imaginaria de M'diq. Por supuesto, le invitaba a comer con la frecuencia necesaria en alguno de los restaurantes de Concha Espina. Pedía vino blanco con cualquier pretexto indispensable, pero evitaba el cerdo. Decía que el Corán no era igual de taxativo con el cerdo que con el alcohol, y yo hacía como si le creyera.

Mi papel estaba muy bien diseñado y estudiado para generar confianza en Abdeláh Bakali. Mostraba entusiasmo por cada éxito de Marruecos en la esfera política y en los medios españoles y, a la vez, ofrecía mi disposición a colaborar con su reino en asuntos tan pueriles como ayudar a difundir una información en la prensa española a través de un amigo periodista, enterarme mejor del proyecto de una promotora española en Tánger Med o conseguir gratis un minibús para una comitiva parlamentaria de la Cámara de Consejeros de Marruecos que visitaba Madrid para entrevistarse con el presidente del Senado. También relataba a Abdeláh Bakali, con el permiso de Alexander, algunos de mis discretos trabajos oficiales en comitivas de recepción; intentaba llamar su atención sobre los asuntos a los que yo podía tener acceso recibiendo a secretarios de Estado de países con reservas de petróleo o presidentes de federaciones deportivas árabes de las que él casi no había oído hablar.

La estrecha amistad con Abdeláh Bakali se prolongó varios meses sin un solo éxito informativo concreto. Alexander no mostraba especial prisa en conseguir resultados o cosechar frutos inmediatos: para él ya era triunfo suficiente que yo pudiera entrar sin llamar en su despacho y preparar té en

su hornillo eléctrico sin pedir permiso; pero sus superiores sí empezaban a impacientarse y a demandar cosas concretas de la misión. Era incuestionable que Alexander y yo estábamos acopiando nuevos datos sobre el siniestro personaje que era Abdeláh Bakali y sabíamos ya de muchos de sus movimientos y viajes habituales. Pero todavía no era información suficiente para tan afanosa e importante empresa, ni para lo que me estaban pagando, así que un día, antes de darme por agotado o de que algún jefe impaciente arrojara la toalla por mí definitivamente, jugué, siempre de acuerdo con mi enlace, mi última mano de naipes: «Sé que, además de vicecónsul, eres de los que se dedican a informar a tu país de lo que pasa en España; todo el mundo lo sabe, me lo han dicho por ahí, incluso gente del propio consulado. No sé cómo se llama eso, pero me gusta investigar y enterarme de cosas y sería para mí un honor poder echarle una mano a tu país. Si, encima, me reportara un beneficio económico, mejor que mejor, aunque eso no es lo más importante para mí».

Abdeláh Bakali sonrió como si escuchara a un niño decir que, de mayor, quiere ser astronauta de la NASA, la Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio estadounidense. Pero después de unos segundos asintió con la cabeza varias veces, con parsimonia, sin dejar de mirarme, con las manos en posición de rezo delante de sus labios siempre amoratados. Y me preguntó si lo que yo quería era ser colaborador del servicio de inteligencia marroquí. Respondí que sí, colaborador o lo que fuera, que me hacía ilusión, pero que sobre todo estaba seguro de que podía serle útil a Marruecos, que conocía a mucha gente en Madrid, en el Gobierno, en los ayuntamientos de la comunidad y en la Cámara de Comercio, y tenía amigos también en algunos medios de comunicación nacionales y generalistas; que podía enterarme de cosas y hacerle trabajos que necesitara.

Abdeláh Bakali mordió el anzuelo; no era descabellado que lo hiciera después de los ímprobos esfuerzos por fortalecer la relación de confianza. Casi no podía creérmelo, pero en cuestión de minutos estaba formalizando mi adhesión incondicional a la DGED: rellené con todos mis datos personales un impreso sin membretes. No hice nada por disimular un cierto

temblor en los dedos: pensé que le daría realismo a la escena. Después Abdeláh Bakali mandó a su asistente a fotocopiar mi DNI y dijo que lo iba a enviar todo a Rabat para que constara en el ministerio y se pudiera destinar una partida presupuestaria a mi trabajo. Luego me pidió una foto mía y, como no tenía ninguna a mano ni reciente, me la hizo él con una pequeña cámara digital marca Hipercor que sacó de un cajón con llave. Sabía que me estaba metiendo en un embrollo gordo y definitivo, en el lío de mi vida, o en uno de ellos, como cuando me declaré musulmán públicamente en la mezquita del Albaicín. Pero también sabía quiénes se iban a poner muy contentos con ese paso trascendental que estaba empezando a dar. Y ya podía imaginar los rincones recónditos de información privilegiada a los que mi estatus de colaborador oficial y secreto de la DGED iba a llevarme.

Avisé a Alexander de inmediato, en cuanto abandoné la oficina de Abdeláh Bakali y comprobé que nadie podía seguirme ni oírme hablando por teléfono por las calles soleadas. Se encendieron todas las alarmas en la carretera de La Coruña, tanto que esa misma tarde ya estaba reunido de emergencia en un café del centro con Alexander y otro individuo, nuevo para mí, que por lo visto iba a explicarme las cosas de la DGED que debía saber de inmediato y las mil precauciones que había que tomar a partir de entonces para no ser descubiertos jamás ni por ellos ni por nadie. El tipo nuevo, mayor, fuerte y canoso, me dijo que yo acababa de empezar a jugar en primera división y que eso debía tenerlo claro. Me dijo también, con su firme voz radiofónica, que la DGED disponía de numerosos medios en España, y de mucha gente, que no me fiara de nadie, que no diese un solo paso en falso, que no cometiera los errores que habían cometido ellos, los de la DGED, confiando ciegamente en mí, que cuidara mucho mi seguridad y mirara por la ventana antes de salir a la calle andando o en coche, que no olvidara ninguno de los protocolos de despiste que me habían enseñado, que fingiera siempre delante de Abdeláh Bakali escrúpulos o dudas en hacer todo lo que me pidiera, incluso cierto temor a meterme en problemas con las autoridades españolas si se descubriera mi vinculación con los servicios secretos marroquíes. Y también me dijo que tenía que ser muy sincero con ellos, con los del CNI, que ser agente doble no era cosa de bromas, y que

cualquier sospecha de infidelidad al Centro me haría perder la confianza del director y supondría el final del programa y de la relación.

Sigo ignorando a qué director se refería el hombre canoso especialista en el despliegue de los servicios secretos de Marruecos en España, pero recuerdo que añadió a su sermón que jamás debía informar a «los malos», bajo ningún concepto, de nada que ellos, los del Centro, no hubiesen supervisado al detalle y autorizado previamente. Se inspeccionaría cada elemento de cada uno de los trabajos que me encargara la DGED y de las informaciones, fruto de ellos, que yo tuviese que poner en manos de Abdeláh Bakali. Se me ordenó que no volviese a hablar por teléfono con él ni con nadie de la embajada o el consulado general de nada relevante, que todas las conversaciones «calientes» fuesen cara a cara y, preferiblemente, en su despacho, fuera del campo de control de otros agentes del CNI o brigadas policiales.

Se me instó a no usar cámaras ni micros con ellos, que se las sabían todas, a no dejar nunca mi móvil en sus manos y a ponerle una clave segura por si me lo dejaba olvidado algún día en algún sitio, y a desconectar de la red cualquier ordenador doméstico en que guardara documentos o fotografías que me pudieran delatar en caso de robo de datos. De ese modo se intentó sobre todo que nadie del CNI, que no fuese mi controlador o este experto, pudiera conocer nunca el grado de mi vinculación con la DGED. Es decir, había que evitar por todos los medios que ningún investigador de ningún servicio de información español o extranjero, incluida la Policía y la Guardia Civil, me descubriera trabajando para «los malos» y me señalaran por error como un auténtico agente al servicio de un país «potencialmente enemigo», como me repetían. Si ello sucediera, cosa que siempre era posible dada la densidad de informantes en torno a los funcionarios marroquíes, habría que desvelar la delicada misión y eso significaría también el fin del programa: sólo el más absoluto de los sigilos podía garantizar mi seguridad y las buenas relaciones entre España y Marruecos, que eran primordiales para el Gobierno de España. Me dijo literalmente: «Si te descubren y se monta por tu culpa un problema diplomático nos vamos todos a la mierda».

Aquella reunión de emergencia tuvo lugar en el Café Comercial, que desde luego cuenta con el decorado más apropiado para intrigas tan internacionales y cinematográficas como aquélla. El canoso, de espalda a la pared, volvió a insistir en que no hiciera nada que me pidieran los marroquíes sin la autorización de Alex. Me dijo que no podíamos incurrir en ninguna actividad delictiva obteniendo información sensible para el enemigo o proporcionándosela, y que debía tener muy claro que, si algo sucedía fuera de control, el CNI lo iba a negar todo y me iban a dejar tirado, que España no se mete en un problema diplomático con Marruecos por culpa de una metedura de pata de un agente. Añadió además que, de momento, íbamos a ir haciendo muy pocas cosas por ellos, las justas y más fáciles: «Tenemos que dejar que se mojen, que se delaten, que lloren por la información que necesiten, que paguen oro por ella. Deben creer que la tienes o que puedes conseguirla... Pero el único objetivo de todo esto es saber en qué andan metidos, qué es lo que les interesa de nuestro país», concluyó apurando su café y dando por terminada la reunión.

Como de costumbre, salí el primero de la cafetería, solo. Alexander y el canoso se quedaron pagando mi merienda y sus aguas minerales. Me detuve un momento en la glorieta de Bilbao y respiré hondo. Necesitaba deletrear mi nombre, recordar a mi extraordinaria familia, tan ajena a todo lo que me estaba pasando, pensar un instante en Amina Aidara y en nuestros hijos adolescentes, asumir la compleja duplicidad en la que estaba aterrizando y revivir una zona cualquiera de mi vida en la que todo fuese verdadero, decente y sencillo. Empezaban a chisporrotear en mi cabeza las primeras dudas sobre lo que acababa de hacer por escrito en el despacho de Abdeláh Bakali. No sabía si tenía sentido toda esa nueva vorágine urbana, si merecía la pena el guirigay que estaba formando. Y esos recelos y náuseas se harían recurrentes y perennes desde entonces y nunca me abandonarían del todo. Reconozco que había dado un paso valiente, pero necesité tres días de completo asueto para asimilar y quitarme de encima el espanto de la infiltración institucional.

Por aquellos años ya había viajado en muchas ocasiones a Marruecos por muy distintas razones. Me había entrevistado con más de un consejero de la Embajada de España a cuenta del negocio de los cubitos de hielo, primero, y de las podadoras de gasolina, después, y me había dado tiempo a interesarme por las ruinas monumentales de la historia de los últimos años del país alauita. La compleja condición nacional y cultural de Amina Aidara también me llevó, tiempo atrás, a bucear en las bibliotecas públicas en busca de información sobre el Sáhara Occidental en un tiempo en el que no existía internet, y a seguir haciéndolo luego en la red: componiendo aquel relato de la historia reciente de Marruecos, descubrí un pueblo gentil y generoso pero infectado de belicosidad y corrupción, una podredumbre vertical que había tenido siempre sus orígenes en el más alto estamento de la nación y descendía después hacia abajo y en espiral hasta llegar al último funcionario, hasta el portero de la más insignificante oficina de tributos de cualquier administración local. Pude comprobar personalmente que aquella putrefacción criminal de los primeros años de la independencia de Marruecos estaba todavía viva en la insaciable clase política del nuevo milenio. De viaje en Agadir o Casablanca, con la aventura frustrada de las máquinas de hielo, me veía continuamente obligado a echar mano de pequeños sobornos para conseguir el favor de cada pequeño funcionario. Pero también conocía ya por entonces los grandes sobornos a los que había que recurrir para que los empleados públicos de mayor peso hicieran el trabajo por el que se les pagaba un sueldo suficiente.

Las oficinas diplomáticas de Marruecos en el exterior no eran una excepción a la corruptela administrativa generalizada que tanto mermaban los débiles intentos de democracia en el país. Todos los funcionarios de embajada y consulados exigían pequeñas sumas de dinero a sus connacionales a cambio de agilizar la obtención de la ayuda pública solicitada o la documentación oficial requerida. Ni siquiera trataban de que esa práctica se llevara a cabo con discreción. Al contrario, todos los súbditos de Mohamed VI que residían en España sabían perfectamente cuánto había que dar a quién para obtener qué. Siempre supe que la causa de ese pudrimiento genérico era el analfabetismo funcional y político y, por

esa misma razón, la falta total de denuncia o queja por parte de los afectados por el sistema.

Marruecos había hecho gala en los años setenta de una extraordinaria mano dura que apenas recibió reprimendas internacionales. Los años de plomo que siguieron a los dos atentados mortales frustrados contra Hassan II se prolongaron hasta los años noventa, cuando consiguieron escaparse de sus cárceles secretas o fueron liberados los familiares de los muchos autores de aquellos golpes fracasados contra el rey. Las torturas en el país que gobernaba Hassan II, al que Juan Carlos I llamaba «mi hermano», eran práctica habitual en calabozos y prisiones. No hay manera de acercarse a la historia más actual de Marruecos pasando por alto los tormentos indecibles y escandalosamente sofisticados a que fueron sometidos familiares de familiares de simples opositores políticos o vulgares alborotadores callejeros. Las esperanzas que la comunidad internacional puso en el sucesor legítimo de Hassan II, tras su fallecimiento en 1992, se desvanecieron pronto. Los profundos cambios que parecían avecinarse con Mohamed VI se esfumaron enseguida. Ya nadie espera especiales progresos en el territorio de nuestro vecino del sur. Tal vez haya que aguardar otra generación más.

Yo no era ya ningún muchacho ingenuo que quería ganarse unos euros espiando al enemigo. No era ajeno en absoluto al peligro personal que corría engañando y estafando a agentes secretos de un servicio que siempre se caracterizó por su crueldad y que tiene en sus páginas biográficas más recientes capítulos horrendos de represión y brutalidad. No estaba tratando con agentes secretos de la civilizada Suecia ni con la amable Tailandia. Me estaba metiendo conscientemente en el interior de un túnel sucio lleno de ramificaciones y agujeros en los que, además de rostros tan aparentemente amables y legales como el de Abdeláh Bakali, convivían otros muchos con historiales nacionales de secuestros a sus espaldas, de torturas infringidas a simples sospechosos, humillaciones y desapariciones eternas.

Alexander consiguió para mí nuevos encargos ocasionales con los que pude obtener alguna remuneración complementaria a mis ingresos mensuales ordinarios procedentes de los fondos reservados. Me proponía

viajes a determinadas comunidades autónomas en las que me encomendaban una misión rápida y, muchas veces, turbia. Fui así en una ocasión a La Coruña haciéndome pasar por turista argentino musulmán y visité, de tal guisa, una mezquita local para hacerme amigo del líder y conocer sus opiniones religiosas sobre determinados asuntos de actualidad. En otra ocasión acudí a Rabat acompañando como jefe de prensa e intérprete a un director general de un ministerio que debía entrevistarse con el presidente del Gobierno de Marruecos: no deja de ser anómalo que el jefe del Gobierno de Marruecos esté tan dispuesto a recibir a políticos occidentales de mucho menor rango. Otra vez me presentaron a un adjunto al Defensor del Pueblo como ciudadano idóneo para informarle de la realidad que podía subyacer o no bajo ciertos atropellos de la Administración a comunidades de inmigrantes federadas en la Comisión Islámica de España. Y así, como traductor o experto en todo y en nada, me fui haciendo poco a poco con un espacio propio en un universo todavía extraño en el que se cocían muchos de los asuntos que más interesaban a España y a Marruecos.

El primer trabajo concreto que hice para la DGED fue el de camarógrafo. Evidentemente no era más que una prueba a la que me sometía Abdeláh Bakali, supongo que un ejercicio trivial para testar mi disponibilidad y mi precio. Me dijeron que acudiera con una cámara y grabara un multitudinario encuentro del ministro delegado encargado de los marroquíes en el extranjero, Mohamed Ameur, con los miembros de las comunidades marroquíes que fueron invitadas. Y allí estaba yo, en el salón de actos del hotel de la convocatoria, con un trípode y una cámara de vídeo corriente, para grabar las palabras del ministro y, sobre todo, como me pidió Abdeláh Bakali expresamente, las preguntas e intervenciones del público, con sus rostros y, si era posible, sus nombres y apellidos. Se trataba así de cubrir el acto pero sin que hubiera en el mismo un camarógrafo marroquí: ello hubiera cohibido al público del encuentro, pues habrían identificado de inmediato la presencia del cámara con una maniobra de su Gobierno o de su embajada. La libertad de las intervenciones no hubiese sido la misma y se

habría anulado la posibilidad de descubrir la participación de los más rebeldes e interesantes.

La misma noche del encuentro, recién acabado el cóctel sin alcohol, Alexander me dio permiso para entregar la cinta a mi jefe marroquí; habían comprobado por otras fuentes que no hubo nada en la reunión que debiéramos ocultar a la DGED. Ningún marroquí asistente manifestó discrepancias ni quejas serias al ministro, por lo que no había necesidad de proteger la identidad de nadie. A cambio del casete, Abdeláh Bakali me pagó cuatrocientos euros sin recibo ni justificante. Fue un trabajo tan fácil y limpio como aburrido. Nadie me preguntó nada. Pasé desapercibido del todo. Y de eso se trataba precisamente.

En esos años, por petición de Abdeláh Bakali o de su ayudante Said Ziani, al que se refería siempre como *«mon assistant»*, tuve también alguna relación con la Embajada de Argelia. Entré en el edificio en un par de ocasiones con la excusa de unos viajes de negocio a Orán, fingidos, que nunca llegué a realizar. Me dediqué a describir con detalle cada elemento de los despachos que visitaba, en especial de aquéllos cuyos ocupantes eran sospechosos de figurar en el elenco de los servicios secretos argelinos, el ya desaparecido DRS. Por supuesto, Alexander nunca objetó nada a que esa información fuese puesta en manos de Abdeláh Bakali: no es misión del Centro proteger a los argelinos, me dijo.

Conseguí los planos precisos del edificio de la Embajada de Marruecos en Madrid gracias a un arquitecto de la promotora y anterior propietaria del inmueble, la ya quebrada constructora Colomina S.A. No recuerdo si en los años que la embajada llevaba ocupándolo se habían realizado cambios sustanciales en la distribución de las habitaciones, pero sí sabía que las canalizaciones de las redes de telecomunicaciones seguían siendo las mismas, y eso era, al parecer, lo que realmente interesaba al Centro.

El caso es que me pasaba los meses obteniendo información para los buenos y para los malos; se me había duplicado el trabajo y tenía que esforzarme por no cometer el menor error, por no dar por hecho ante Abdeláh Bakali o Said Ziani ningún dato que sólo pudiera conocer por Alexander. No tuve meteduras de pata a destacar en ese tiempo, pero la

tensión de cada encuentro no disminuía y, a la larga, se me fue notando en la pérdida gradual de dos tallas enteras de cintura: comía menos y sin orden, caminaba por la calle con informes y relatos siempre nuevos para unos y otros, dormía bien sólo cuando creía que me lo merecía, y tenía que mantenerme siempre en guardia ante el menor cambio o movimiento personal en mi entorno más inmediato. Para colmo, debía velar por que Amina Aidara no supiese nunca qué escribía en mi ordenador o qué hacía exactamente en la calle a algunas de las horas más indecentes del día. Tenía excusas e historias preparadas para cada ocasión, bien hiladas, y mentiras largas con detalles concretos y minuciosos, que es la única manera de hacer que se parezcan a la verdad.

Descubrí que los árabes son tremendamente vulnerables al compadreo y la camaradería. La familiaridad instantánea es una virtud de esa civilización, pero, en términos de inteligencia, también es una debilidad. Mi experiencia me ha demostrado que, cuando un espía de un país árabe cree que tiene un amigo, lo que se dice un aliado sincero, baja la guardia y empieza a cometer errores de libro. Al principio pensé que un ejemplo claro del exceso de confianza depositada en mí por los responsables máximos de la DGED en España era el hecho frecuente de que me dejaran a solas en despachos en los que había documentos y ordenadores encendidos a la vista. No me refiero ya a los despachos de los agentes secretos, siempre impolutos y despejados de expedientes, sino a los de los funcionarios ordinarios de embajadas y consulados, vicecónsules o consejeros.

Desde el CNI me advertían del cuidado que debía tener en esas situaciones, y yo siempre sospeché que esos instantes de soledad liberadora podían ser justamente aquéllos en los que me vigilaban más de cerca por medio de una cámara imperceptible. Probablemente había alguien observándome en otra habitación a través de un monitor de vídeo, para cazarme en una de aquellas pruebas, si es que lo eran. Por eso, en tales situaciones, nunca hice un solo movimiento que pudiera delatarme. Ni fotos ni abrir carpetas ni acercarme a ver qué había escrito en los folios abandonados en las mesas. Era común, según me advertían los míos, someter a examen la confianza de un conocido o colaborador dejándolo

solo en un despacho de interés para comprobar si, en efecto, tocaba algún papel o robaba algo. Sigo sin saber a día de hoy si aquellas situaciones eran fruto de la confianza especial que depositaban en mí o, por el contrario, eran pruebas de fuego. Sí doy fe de que fueron muchas las veces en que me hicieron pasar a un despacho «delicado» y me dejaron solo muchos minutos con la excusa del ocupante de ir a comprar tabaco al kiosco o a por un refresco. Ante la duda de que, en esos frecuentes instantes de holgada soledad, se me estuviese estudiando, yo evitaba hasta el menor gesto que pudiera delatar mis objetivos o mi oficio. Es más, ni siquiera levantaba la cabeza o la vista para comprobar la existencia de microcámaras en algún rincón del techo. Había que estar quieto del todo, bostezar de aburrimiento, estirarse con descaro e incluso hurgarse la nariz sin remilgos para demostrar al hipotético vigilante que uno se sentía completamente solo y, a pesar de ello, no husmeaba en ningún sitio.

Por entonces, la situación de mi familia me atormentaba mucho. Aquello de jugar en primera división y codearme con personas de dudosa moralidad y más dudosos sentimientos no era compatible con el anhelado reposo doméstico de mi inocente juventud. La conciliación familiar era una tarea laboriosa y con pocos frutos en aquellas condiciones de trabajo. Me sentía muy expuesto a muy diferentes contingencias cada vez que me deslizaba con cualquier excusa por un despacho en busca de una información de relevancia. Yo no era un agente estatutario del CNI, que cobra una nómina membreteada por el Ministerio de Defensa o de la Presidencia, por el que el Gobierno no tiene más remedio que dar la cara y al que hay que proteger. Yo estaba siempre absolutamente vendido en el sentido más desolador de la palabra. Y sabía que también estaba exponiendo a Amina Aidara y a mis hijos a ciertos riesgos, y de alguna manera no me lo perdonaba.

Cuando hacía llegar estas quejas a mis superiores del Centro, ellos me tranquilizaban de inmediato garantizándome que nadie podría interferir mis comunicaciones estando en territorio nacional y que cualquier cosa que quisieran averiguar «los malos» sobre mí pasaba necesariamente por los viejos métodos del seguimiento y las pesquisa sobre mi entorno. Por eso era

tan importante estar siempre alerta y que ni Amina Aidara ni mis hijos supieran nada, para que nadie pudiera sorprenderles nunca refiriendo a un amigo de confianza o un familiar algo al respecto. Y por eso era tan importante también que mis encuentros reales y mis comunicaciones con los controladores del CNI se aseguraran al milímetro cada vez para evitar detecciones indeseables. A mi ya de por sí compleja vida comercial se sumaban ahora nuevas claves, nuevos números de teléfono, nuevos protocolos de seguridad y continuas maniobras de despiste y evasión. Acabé por sentirme un personaje extraño e indefinido.

Llegaba por las noches a casa, abría la puerta y encontraba a Amina Aidara jugando con mis hijos a la Nintendo, todos acomodados en cojines y riendo sobre la alfombra del salón. Intentaba sumarme a la fiesta como uno más, pero traía la ropa impregnada de farsas absurdas y de hostilidades extranjeras. No sabría cómo decirlo. Esa ocupación indecente, de topo y de embustero, no era la apropiada para un padre corriente que, en lo más profundo de su corazón, sólo quería pasar tiempo con sus hijos y transmitirles los principios éticos esenciales de la supervivencia entre los humanos, los que aprendí de mis padres y de mis abuelos. Sólo quería estar con ellos cada día, con Amina Aidara, a la que quiero con todo mi corazón, y con mis hijos, que son fruto de su genética y su paciencia infinita de madre feliz. Sentía unas ganas incontenibles de pegarme a ellos, a sus asuntos pequeños, a sus tareas escolares, a sus amigos de regatas. Tenía la obligación de enseñar a mis hijos a superar con holgura cada uno de los trámites de la vida, y me daba cuenta de que no lo estaba haciendo por culpa de todas esas situaciones disparatadas a las que me conducían unas instituciones cuyas siglas no significaban nada para la gran mayoría de las personas con las que me relacionaba en mi mundo honesto. Quise preparar entonces unas cortas vacaciones en algún buen hotel de Roma o de París, todos juntos, pero sucedían cosas importantes en el entorno de la DGED y la agenda de los deseos quedaba nuevamente aparcada. Y así me fui resignando y desgastando, como creo que le sucedería a cualquiera en mis circunstancias y con mis características.

Una mañana de domingo me dirigí a reunirme con Alexander en un café previamente pactado en la zona centro de Madrid. Salvo él y yo, nadie podía conocer con antelación alguna el lugar del encuentro. Crucé la plaza de Lima hacia el sur, por la Castellana, cuando me percaté de un coche pequeño y blanco, detrás del mío, conducido por un hombre con corbata, que no se separaba de mí. En los semáforos, y sin quitarme las gafas de sol ni mover el cuello, descubrí a través del espejo retrovisor al único ocupante. Memoricé la matrícula, la marca del coche, la edad y los labios azules de besugo del conductor. A la altura de la plaza de Cuzco ya no me cabía duda alguna de que el coche me estaba siguiendo a pesar de que mantenía una distancia prudente. Tomé entonces una bocacalle a la derecha. Pudo ser Pintor Juan Gris o General Yagüe. Pensé que, habiendo poco tráfico a esa hora, quedaría en evidencia la maniobra de seguimiento y delatado el coche. Pero el vehículo no giró a la derecha detrás de mí, sino que pasó de largo.

Me vi solo de repente en aquella calle absurda, mirando por el retrovisor y casi detenido del todo. Entonces entró en escena otro coche, uno rojo igual de pequeño, que avanzaba despacio. Todo encajaba: era de manual. Seguí avanzando unos metros, pasé varios cruces sin desviarme, despacio, como si estuviera buscando un aparcamiento. El vehículo rojo me estaba siguiendo a distancia. Así que me detuve en doble fila donde pude, detrás de unos automóviles estacionados en batería, y me bajé rápidamente del coche por mi lado, que era el de la calzada. Al hacerlo, tuve una visión perfecta de la matrícula del coche rojo que rebasaba mi posición en ese instante y de su conductor. Hice como si no me percatara de nada. El vehículo sospechoso no se detuvo, sino que siguió calle abajo y desapareció de mi vista.

Caminé unos metros por la acera, bajo la arboleda perenne de Madrid, y entré en una pequeña tienda de revistas y tabaco donde compré un ejemplar de *El País*. Me entretuve un rato más en el establecimiento ojeando las revistas del corazón mientras comprobaba con mucho disimulo que la calle estaba despejada. Cuando, por fin, me decidí a salir, entraba en ese preciso momento en la tienda el conductor del primer vehículo, el blanco. Fue impresionante: aunque se había puesto unas gafas de leer que no llevaba

antes, se había quitado la cazadora negra y lucía ahora un jersey amarillo que hasta entonces estaba oculto bajo la ropa, lo pude reconocer. El plan en estos casos es evitar cualquier movimiento o gesto que haga pensar al enemigo que uno se ha percatado de que está siendo seguido o vigilado. Así que, para darle más naturalidad al asunto, volví otra vez hacia dentro y pregunté al propietario del establecimiento si tenía tabaco o sabía dónde lo vendían. Después me metí en mi coche y me puse en marcha. Antes comprobé si el de la cara de besugo salía o no de la papelería: no lo hizo, no quiso ponerse en evidencia.

Comencé a circular sin orden por esas calles grandes que tanto me deprimen y cuyos sentidos precisos de circulación desconozco. Finalmente alcancé la zona de la cafetería pactada para el encuentro en la calle General Perón. Encontré un boquete en el que dejar el coche de mala manera. Me bajé y caminé hacia la cafetería. Llamé a Alexander por el móvil y le dije que me seguían dos tipos, que lo tenía perfectamente claro, que estaba a punto de cruzar una calle con semáforo y veía reflejado en un escaparate que tenía en frente a uno de ellos, detenido unos diez metros detrás de mí. Aun así, para cerciorarme, cuando cruzaba me paré en seco en mitad del paso de cebra y me palpé los bolsillos como si buscara unas llaves o un mechero. Entonces me di la vuelta muy rápido como si me dirigiera de nuevo a mi coche a recoger lo que fuera que había olvidado; y así sorprendí de frente al conductor del coche rojo. Para colmo, en la acera opuesta estaba ya estacionado en doble fila el vehículo blanco, cerrado y sin el tipo feo de la cara de besugo dentro.

Se lo conté en directo a Alexander por el móvil, y me dijo que me dirigiera ya hacia la cafetería. Cuando entré, Alexander y otro individuo me esperaban en una mesa. «Cuéntame con precisión», dijo el de más edad. Detallé los vehículos, las matrículas, las edades y alturas aproximadas de los conductores, describí sus rostros y su vestuario. «Muy bien» –dijo el que dirigía la operación–, «pero te falta un tercer personaje». Y me señaló hacia afuera, donde se veía un discreto *scooter* con una linda parejita de adolescentes con cascos hípicos. «Esos son los que te han hecho las fotos», me dijo, enseñándome ya impresas en folios unas imágenes mías de

mediana calidad tomadas mientras conducía mi Citroën, salía de la tienda de periódicos y, lo peor de todo, entraba en la cafetería donde tenía que encontrarme con Alexander.

Aquellas jornadas de entrenamiento eran agotadoras pero reconozco que no había otra manera de aprender a esquivar los intentos de seguimiento a que fui sometido en más de una ocasión por profesionales mucho más peligrosos pero menos instruidos que los agentes del CNI que participaban en esos extenuantes cursos matinales.

Era muy importante que durante los entrenamientos nunca habláramos entre nosotros, los actores del juego: estaba prohibido que nos conociéramos los seguidores y los seguidos. Cada vez que terminaba un ejercicio, el director del curso le preguntaba por teléfono a cada uno de ellos si habían notado en mí algún gesto raro, algún movimiento mal hecho que les pudiera hacer creer que me había dado cuenta de algo. Todos practicábamos así, seguidores y seguidos. Unos aprendían a seguir o a hacer fotos sin ser descubiertos. Otros, como yo, aprendíamos a desconfiar de todo lo que se moviera a nuestro alrededor. Algunas veces usábamos motos, nuestros coches o simplemente caminábamos.

Yo nunca conocía con antelación el aspecto de los que me seguirían esa jornada, siempre diferentes, y los seguidores no podían saber tampoco hacia dónde me dirigiría yo. Y nos hacíamos muchos kilómetros en una sola mañana por las calles antiguas de Madrid. Recuerdo bien que, además de aprender a detectar anomalías por esas calles, me acostumbraba al hecho siempre inquietante de estar siendo vigilado por personas desconocidas. Es cierto que eran sólo prácticas preparadas con personal operativo del CNI, pero siempre resultaba turbador descubrir a un agente misterioso, de los míos o del enemigo, a mis espaldas cuando caminaba por una calle solitaria de Madrid. Por eso, cuando llegó el momento en que me vi de verdad convertido en objetivo de una vigilancia por oscuros agentes marroquíes venidos de provincias, pude actuar con la naturalidad debida y tomar buena nota de facciones, edad, atuendo y complexión. Y después, con ayuda de cámaras de vigilancia de cajeros y supermercados, el Centro se hacía con sus rostros bien definidos y terminaba por descubrir la identidad de esos

«malos» que todavía no habían dado la cara y ponerles los nombres y apellidos correspondientes.

Aprendí a caminar por las calles de Madrid mirando hacia atrás sin que nadie que pudiera estar detrás de mí lo notara. Uno acaba por hacerse experto en las cosas más extrañas y minuciosas: unas veces hacía como que caía de mi bolsillo al suelo un paquete de clínex y tenía que volverme a recogerlo; en ese instante preciso, mientras me agachaba mirando hacia atrás, levantaba un poco la vista las décimas de segundo suficientes y retrataba a la gente que caminaba por la acera unos metros detrás de mí. Después seguía adelante y me esforzaba en memorizar y ordenar bien la imagen captada: el viejecito de la boina, el joven del patín, más lejos, el turista nórdico de la cámara colgada... Entonces cambiaba de calle un par de veces, hacia otras menos concurridas, sin prisas, y buscaba un escaparate grande y diáfano frente a mí en el que pudiera verme reflejado con mi corte de transeúntes inocentes, y así comprobaba si en esa segunda instantánea volvían a aparecer algunos de los que había visto antes al recoger los clínex. Si el turista de la cámara estaba allí, no había duda de lo que estaba pasando. Al rato, tras varios cambios de rumbo, aprovechaba el instante en que me cruzaba con alguna mujer llamativa para fingir que me volvía descaradamente a mirarle el culo y, de ese modo, tener otra vez una breve panorámica de lo que se cocía a mis espaldas. Había que contar con que «los malos» se cambiarían de gafas y chaquetas cada vez que sospecharan que podían haber entrado en mi campo de visión, por lo que no cabía fiarse de gorras o bufandas llamativas; eso sería lo primero de lo que se hubieran desprendido para evitar ser identificados y reconocidos por alguien adiestrado en estas artes. Para entonces, cuando la certeza era absoluta o ni siquiera tanto, había que ponerse a salvo: abortar el encuentro con Alexander, si es que estaba previsto esa mañana, y buscar un sitio concurrido en el que desaparecer con la ayuda de un taxi.

Esos seguimientos reales tuvieron lugar a medida que transcurría el tiempo y mi relación con la DGED se estrechaba: creo que en un determinado momento Abdeláh Bakali empezó a ser consciente de toda la información que yo había acumulado sobre las identidades, domicilios,

operaciones abiertas, preocupaciones y métodos de los miembros de su equipo. Y así empecé a descubrir cómo se las gastaba esa gente, tan tremendamente ingenua al principio. Mientras tanto, yo empezaba a darme por satisfecho con no ser descubierto nunca por culpa de un descuido y, sobre todo y cada vez más, con volver siempre sano y salvo a casa.

En aquellos años el CNI no debía de tener en sus directorios a muchas personas que reunieran las características necesarias para poder ser introducidas en el entorno ibérico de un servicio secreto como el de la DGED. Se me contó que semejante empresa se había intentado muchas veces con marroquíes residentes en España, con desiguales resultados a causa sobre todo de la desconfianza que generaban en el Centro. Resultaba difícil obtener información relevante de un agente en el que, precisamente por causa de su origen marroquí, nunca se confiaba del todo para una misión tan delicada. Por eso, no se invertía casi nada en formar convenientemente a esos inmigrantes audaces ni se les facilitaba la mínima información necesaria para el desarrollo de su actividad, así que era difícil que pudieran desarrollar bien su trabajo o rendir frutos útiles. Para el Centro, la única virtud de los colaboradores marroquíes era que resultaban baratos: lejos de pagarles con billetes de cien euros, como hacían conmigo, se les gratificaba la información que traían con fines de semana en hoteles de la sierra, reparaciones para sus coches en talleres oficiales, papeles para su familia política y la satisfacción de otras muchas y variadas ilusiones baratas. Sin embargo, esos desdichados tenían una gran ventaja para el Centro: en caso de ser pillados fotografiando rostros nuevos en una misión marroquí, argelina o siria, España tenía muy fácil desentenderse de cualquier responsabilidad.

Madrid está lleno de embajadas y diplomáticos de países que no representan el menor problema. La gran mayoría de las sedes de las misiones en la capital están fuera de sospecha y no son objeto de vigilancia alguna. No se invierte un solo agente ni un solo euro en saber qué hace el encargado de negocios de Australia o el agregado militar de Uruguay, que

yo sepa. Incluso a los espías oficiales de los países «inocentes» se les permite campar a sus anchas y no se les pinchan los teléfonos ni se les persigue a ninguna parte. Hacen su trabajo con libertad, que consiste básicamente en recabar información de interés comercial o político para su país y remitirla a sus superiores en origen a través de los cauces seguros. Esa información la obtienen normalmente de fuentes tan abiertas como la prensa de la mañana o los telediarios, o de conversaciones en algunas de las incontables recepciones que dan los embajadores en sus residencias con motivo de sus fiestas patrias. Remiten reportes periódicos con temas empresariales o sociales que pueden resultar o no del interés de sus gobiernos. Por eso les pagan mensualmente. En contados casos, estos agentes, con tarjeta roja de estatuto diplomático, vigilan la actividad de alguno de sus connacionales que residen en España y están bajo sospecha de algún asunto turbio, o huidos de su justicia. Si alguno de esos objetivos realizara una actividad «extraña» que pudiera poner en riesgo las relaciones entre el país acreditado y el país anfitrión, actuarían dando aviso a sus superiores o alertarían a las autoridades locales.

No es fácil saber qué personas de las que hay acreditadas en una misión diplomática son las que trabajan para obtener información y remitirla. En ocasiones son los mismos ministros consejeros o secretarios los que hacen esa labor, y reciben recompensas extraordinarias por ello, a veces en modo de ascensos o gratificaciones por productividad: hay cónsules extranjeros, en provincias, especialmente sensibles a todo lo que se cuece a su alrededor que pueda ser del interés de su Gobierno. Y hay embajadores que, por el contrario, no se enteran de nada ni ponen el menor interés en ello. Los agregados de prensa y los agregados militares están siempre bajo la lupa. En general, todos los agregados lo están desde que aterrizan en Madrid. El hecho de ser orgánicamente dependientes de ministerios diferentes al de Asuntos Exteriores les hace sospechosos de poder estar vinculados a organismos relacionados con el espionaje de Estado.

A veces sucede que los agentes de determinados servicios secretos de algunas naciones muy concretas descuidan el acatamiento a las leyes españolas en el celoso desempeño de las órdenes que reciben. En ocasiones

pisotean los principios constitucionales más elementales, inexistentes y desconocidos en sus países de procedencia, y hasta los de la Declaración Universal de Derechos Humanos, y ha habido casos en España, y muy recientes, en que agentes oscuros de dictaduras atroces han amenazado e incluso atacado a súbditos de su nación cuya actividad en territorio ibérico estaba representando una amenaza para la estabilidad de su país, su sistema de gobierno o, simplemente, la popularidad del líder político de turno. En otros casos, esos homicidios de Estado fueron sólo respuestas a determinadas afrentas, o maneras desesperadas de frenar alguna publicación comprometida, o un mero escarmiento disuasorio. Me consta que el CNI e incluso la Policía conocen perfectamente la autoría de esas ejecuciones callejeras que llegaron a las portadas matinales: sé incluso de casos en los que la actividad subversiva de la víctima extranjera ya era conocida tanto por el Centro como por otras agencias de inteligencia amigas, y que con ayuda de cámaras de vigilancia, control de señales de móvil, información de hoteles, trazas de tarjetas de crédito y sentido común se pudo determinar perfectamente la identidad del ejecutor. Sin embargo, una cosa es llegar a saber quién actuó y bajo las órdenes de qué país y otra, muy distinta, es intervenir en un asunto tan complicado como un crimen de Estado, denunciarlo públicamente, detener o expulsar al autor y dar pie así a una escalada bilateral de tensiones, desmentidos y agravios diplomáticos que ningún país desea.

En los años que dediqué a trabajar para el servicio secreto marroquí me ocupé de los más diversos y extraños encargos. Unas veces los hombres de Abdeláh Bakali me pedían que trasladase cierta inquietud oficial de Marruecos, llegada al consulado por fax, a alguna autoridad española o medio de comunicación generalista nacional. Según me ordenaban, tenía que hacer como si me hubiese enterado casualmente de la información en cuestión y ponerla al alcance de alguien próximo al Gobierno, de algunos de esos cargos públicos con los que ya sabían que yo empezaba a codearme. Los agentes marroquíes suponían que, gracias a mis trabajos de anfitrión oficioso de Estado y acompañante intérprete, tenía buena relación con personas próximas al Gobierno. Evidentemente, yo no hacía llegar ninguno

de esos rumores a nadie: bastaba con que redactara el asunto en un informe al Centro. Otras veces, Abdeláh Bakali o su asistente me pedían que llevara recados y chismes a un funcionario de la Embajada de Siria. Y entonces iba a esa embajada a informarme de cualquier cosa relacionada con un viaje o un negocio, establecía una relación de confianza con el funcionario o funcionaria que me tocara, hablando de sirios a los que conocía, de lugares preciosos en Yabal Visir, y le soltaba algo que supuestamente había escuchado del embajador de Marruecos con respecto a su país. Chapurrear el árabe estandarizado facilitaba mucho la labor de hacer amigos entre los servidores públicos de las misiones de esos países.

La gente de Abdeláh Bakali me requirió muchas veces datos fiables sobre la identidad de ciertos marroquíes en España que estaban bajo sospecha por haberse integrado en las actividades de Justicia y Caridad. Algunos de aquellos sospechosos eran conocidos ya por el CNI y su actividad estaba perfectamente monitorizada. Pero de otros no se sabía nada aún y, gracias al interés de la DGED, quedaban al descubierto y marcados. Por supuesto, mis amigos de la DGED también querían saber todo acerca de la delegación del Frente Polisario en España. Unas veces obtenía esa información por mí mismo, cuando era fácil, por medio de periodistas y simpatizantes. Otras veces me la facilitaba el CNI, ya capada adecuadamente, para que la pusiera en manos de la DGED como si fuera fruto de mis indagaciones y mi empeño. Cuando, por razones de seguridad o cuestiones políticas o legales, no podía acceder a lo que pedía Abdeláh Bakali, Alexander y yo nos inventábamos una excusa contundente o, como sucedía muchas veces, aprovechábamos la ocasión para entregarles información falseada e intoxicar así deliberadamente al vecino enemigo confundiéndole con amenazas inexistentes.

Por obtener información útil la DGED me retribuía en metálico, como es lógico, pero cada vez con más racanería. Siempre me pagaban en sus propios despachos, con billetes usados que sacaban de cajas fuertes desconchadas y que ponían en mis manos sin disimulo, como el que se los da a un tendero. Yo transfería de inmediato el dinero a Alexander, con todos los detalles de la entrega: lugar, procedencia, cajas, conceptos… Tras tomar

nota de la numeración de los billetes, Alexander me lo reintegraba de inmediato: decía que era mío, que me lo había ganado y que debía aceptarlo como parte de lo que se me pagaba por trabajar para España en un asunto tan complejo y delicado.

En otras ocasiones Abdeláh Bakali me pagó mi trabajo con vacaciones en los mejores resorts de las costas de Tetuán y Tánger, y esas fueron las escasas veces en que pude disfrutar de agradables fines de semana familiares en Cabo Negro o Espartel. Cuando cruzaba la frontera de Marruecos con mi familia, invitado por la DGED, siempre era recibido por un funcionario del Gobierno marroquí que no ocultaba estar someramente al corriente de mis vinculaciones con su embajada en Madrid. Y éramos tratados a cuerpo de rey, con chófer incluido para nuestros desplazamientos desde el aeropuerto de Tánger al hotel de playa y vuelta. Pero hasta tal punto me sentía observado en el interior del país vecino, desde el preciso instante en que mi número de identificación de extranjeros era tecleado en el ordenador de la Policía fronteriza, que el Centro y yo decidimos unánimemente que era mejor, es decir, más seguro, no volver a viajar a Marruecos. Ni con familia ni solo, ni invitado ni por mi cuenta. Por si acaso. Y así actué en adelante. De hecho, a partir de determinado momento jamás volví a pisar Marruecos, ni me atrevo a volver a hacerlo. No me sentiría seguro allí: he leído demasiadas historias espantosas de la prisión secreta de Tazmamart y he manejado informes de relatores de Naciones Unidas sobre encarcelamientos, torturas y vejaciones en las comisarías, y desapariciones.

Esas historias son para echarse a temblar. Así que le puse a Abdeláh Bakali excusas creíbles a partir de cierto momento y no volví a aterrizar en Tánger ni a cruzar el estrecho de Gibraltar. En España me encontraba a salvo, aunque no fuera del todo así. Además, tenía muy claro ya que mi familia no debía asumir el menor riesgo a causa de mi empleo. Marruecos desapareció un día del mapa con sus playas infinitas, sus dulces piscinas azul turquesa, sus anticuadas motos de agua, sus lubinas al horno… Había viajado por lo más feo y lo más bonito del reino del regateo, por sus callejones más arcaicos y sombríos, y por sus urbanizaciones más juveniles

y desmadradas. Pude conocer en esas vacaciones, gracias a la generosidad de mis amigos de la DGED, a una élite industrial marroquí que veraneaba en complejos residenciales increíbles, con supermercados prohibitivos y restaurantes italianos de postín: sus hijas adolescentes hacían aquagym o contoneaban sensualmente sus bikinis en la piscina, al ritmo del pop inglés del momento, se tumbaban al sol en las playas exclusivas y se paseaban de la mano de sus novios ante la mirada atónita de las niñeras, estas sí vestidas y cubiertas, que empujaban achicharradas los carritos de los bebés encomendados.

En aquella élite económica de bikinis y vasos de ron había ministros, generales, comerciantes de armas, dueños de medio país y príncipes despreocupados. Sus playas eran privadas, valladas y vigilados sus límites por agentes de la gendarmería real empapados en sudor. Se comía jamón y se bebía champán. Y, atraídas por las luces de neón de los locales nocturnos, las comerciantes del amor de emergencia, con faldas de cuero y botines, hacían su agosto también en julio.

Viajé con Amina Aidara y los chicos a Barcelona con motivo del funeral y entierro de mi madre. La muerte se presentó sin avisar, y la sorprendió en casa mientras se terminaba su sopa de *galets* dominical. No imaginábamos ese desenlace veloz. Las afecciones, menores e infrecuentes todavía, no hacían presagiar aquel final. Así que nadie reprochó mi ausencia en tan particular momento. Ni yo mismo.

Cuando llegué al tanatorio de Les Corts me encontré con mi padre, mis hermanos y cuñados, con los que siempre mantuve estrechos lazos y muy continuo contacto a pesar del ajetreo de mi vida. También descubrí un sinfín de rostros del vecindario de mi infancia con los que el tiempo se había ensañado sin compasión alguna. Recuerdo la emoción natural de cada encuentro con unos y otros en una situación tan pesarosa, y también la nostalgia de reconocerme lejano y mayor. Muchas de aquellas amigas de mi madre, ancianas bien compuestas y enlacadas, me recordaban perfectamente a pesar de los años transcurridos y me besaban y abrazaban

como si fuera todavía el niño feliz de entonces, aquél en cuyo salón de mármol se reunían dichosos sus hijos para ver los dibujos animados de Calimero en una de las primeras Telefunken en color de todo el barrio.

Me pareció que Barcelona había cambiado profundamente. Además, la ausencia de mi madre en el paisaje convertiría la ciudad para siempre en un puñado de inmuebles atroces y calles baldías sin sentido ni orden. En el sobrio oratorio del edificio funerario encontré una paz fabulosa y nueva aquella mañana de lunes lectivo: era un sosiego del que no disfrutaba desde hacía muchos años, que necesitaba con urgencia y que tenía su origen claro en la presencia de mis hermanos y mis tíos, en la orfandad sobrevenida y en la convalecencia del impacto de la noticia de la muerte de mi madre. Pasé horas en un silencio imprescindible que no he vuelto a conocer.

El santuario de Santa María de Montserrat se llenó durante el funeral matutino de familiares lejanos, amigos íntimos de la familia, ancianos irreconocibles y coronas de gladiolos. Había caras que no había visto en mi vida, pero que se dirigían a mí con un afecto entrañable que me llenaba de verdadero consuelo. Todavía no me daba cuenta, pero lo más recóndito de mi conciencia estaba sufriendo un cambio absoluto, un tránsito hacia otra manera de reconocerme en medio del mundo, hacia otra forma de ser y sentirme un individuo. Y en plena metamorfosis visceral, caminando por el pasillo central hacia el altar iluminado, junto a los míos, descubrí juntos, en uno de los bancos más próximos al baldaquino, los rostros de Helenio Gil y Alexander.

Creo que nunca habíamos coincidido los tres en un lugar público delante de personas que me conocían, así que no supe si debía saludarles, estrecharles la mano y agradecerles que hubieran hecho el viaje, como me apetecía, o, por el contrario, tenía que actuar como indicaban los manuales e ignorarlos por completo. Fue una sensación tan paralizante que fueron ellos quienes tuvieron que ayudarme a escapar de mi bloqueo: se acercaron y me dieron sendos abrazos, a cual más fuerte y sincero, a la vista de todo el mundo. Todavía conservo en algún lugar recóndito del corazón todas y cada una de las calorías de esos abrazos de hombre, los primeros en la vida que recibía de las dos personas con las que más secretos y bajezas había

compartido durante toda mi trayectoria. Y me di cuenta entonces por primera vez de lo que habían significado tantos años de encuentros clandestinos, de preocupaciones compartidas, de contingencias inesperadas, de miedos irresolubles. Sólo por aquel gesto de afecto sincero llegué a sentirme por primera vez parte imprescindible de un equipo y plenamente orgulloso de las siglas a las que había dedicado tantos años y sacrificios.

Helenio Gil y Alexander habían tenido acceso durante mucho tiempo a un aspecto de mi personalidad que nadie más había conocido ni debía conocer. Y eso era lo que me hacía sentirme extraño al estar delante de ellos y, a la vez, de otros. Ese instante también formaba parte del rito de tránsito íntimo en que se me estaba convirtiendo el entierro de mi madre. Todos los rostros de aquel funeral, los de quienes me abrazaron y los de quienes lloraron compungidos porque despedían a su amiga, a su tía o a una vecina entrañable, cobrarían desde entonces y para siempre un significado nuevo, amable y gentil. Y los de Helenio Gil y Alexander no eran una excepción.

Durante el año que siguió a ese capítulo del devenir de mi familia, dramático y feliz a la vez, fui una persona totalmente nueva y desconocida, incluso para mí. Me estorbaban, cada vez más, los ruidos y las prisas de las calles, la charlatanería y las risotadas de los bares de copas. Huía despavorido de fiestas improvisadas y estridencias, de cualquier clase de alboroto. De repente, me había vuelto un animal introspectivo y necesitaba un espacio para la reflexión que nunca antes había echado de menos ni buscado. Únicamente lo encontraba ya en la más absoluta soledad o en la estricta compañía de Amina Aidara y de mis hijos. Ese tesoro familiar cobró también entonces un valor nuevo y formidable, y sólo quería salir con ellos a tomar el sol a la clandestinidad de Peñalara o Monte Abantos, con bocadillos y refrescos. Buscaba ríos en los que pescar escurridizos barbos, hogares de montaña con parrillas de carbón, piscinas de pueblo con chiringuitos al sol y playas lacustres para el pícnic veraniego. Creo que todo eso se tuvo que notar en casa, y mis hijos, que jamás habían tenido la suerte o la desgracia de visualizar el verdadero trabajo de su padre, celebraban a su modo las nuevas iniciativas domésticas y las andadas campestres para el esparcimiento vacacional.

El Cojo era el apodo con el que nos referíamos a un oficial de la DGED que, durante una buena temporada, renqueó a causa de un grave accidente de carretera. Su nombre completo y su número de pasaporte, como en muchos otros casos, constaba ya en los archivos del Centro, por lo que en los informes ordinarios que yo redactaba aludía a él simplemente como El Cojo. Era menudo y de aspecto enfermizo y azulado. Tenía un carácter extraño y un sentido del humor inestable. Era una de esas personas junto a las cuales nadie está a gusto del todo; yo detestaba tener que ir a su encuentro, cuando era el caso, para averiguar algo que me hubieran pedido. Me veía obligado fatigosamente a sobreactuar y fingir estar a gusto en su compañía. Creo que tampoco yo le caía simpático a él. Sin embargo, ambos debíamos tener muy claro que, cuando se trata de intereses superiores, uno tiene que someter y desplazar sus afectos y fobias. Yo actuaba así con él, y él hacía los mismo conmigo.

Me habló una vez de su afición a los caballos, de su juventud como jinete de la selección de polo de Marruecos, formada por militares y corceles de las cuadras reales. Esa información fue suficiente para que Alexander inventara un nuevo elemento de afinidad entre El Cojo y yo. Pensó que el mundo ecuestre podía ayudarnos a compartir más cosas, y El Cojo era un personaje del máximo interés entonces porque, entre otras cosas, no aceptaba de buen grado la autoridad de Abdeláh Bakali y mantenía con él una relación tensa y complicada. Esa enemistad manifiesta le llevaba a contar defectos y errores de Abdeláh Bakali que resultaban tremendamente provechosos al Centro.

Alexander arregló con el Club de Hípica Las Palomas, cerca de mi casa, el uso semanal de sendos caballos de salto con los que entrenar en pista y salir a trotar por los páramos de los alrededores. Mi experiencia en la equitación se limitaba a dos o tres campamentos de verano de mi infancia en Barcelona, pero me esforcé por hacerme de nuevo a la montura y los estribos y retomé enseguida el gusto por el apasionante mundo de la hípica *amateur*.

Antes de invitar al Cojo a montar me esforcé por familiarizarme en solitario con las impecables instalaciones y los alrededores de Las Palomas.

Semanas después de practicar a mi antojo propuse al Cojo disfrutar de una mañana de domingo a caballo. Por supuesto que aceptó agradecido, como era de esperar ante un ofrecimiento tan prometedor y gratuito. Y, con ese pretexto de echar una mañana ecuestre y rural, conseguía sin esfuerzo que El Cojo y yo acabáramos hablando de temas tan interesantes para el Gobierno de España como la salud del rey de Marruecos, sus cambios inexplicables de médicos, las opiniones irreverentes de sus consejeros más antiguos o las primeras líneas rojas fijadas por el Makhzen para la nueva Constitución nacional. Recuerdo con mucho deleite esos paseos a caballo sobre el cuadrilongo de arena, y las cabalgadas de regreso a la hora del almuerzo. Recuerdo también que al Cojo le gustaba corregirme muchos defectos de jinete repentino y que incluso nos atrevíamos a poner unos *cavaletti* de cierta envergadura en la arena, y así me familiarizaba con el salto. Cuando guardábamos los animales en sus cuadras desayunábamos por segunda vez en la plaza del Ayuntamiento de Colmenar Viejo, bajo sombrillas coloradas de Coca-Cola, y yo me extendía sobre mis amigos en la política y mi agenda futura de recepciones orientales.

Madrid era una ciudad infinitamente más cómoda que Granada para trabajar de espía. La probabilidad de coincidir en un mismo lugar con personas ante las que tenía que interpretar papeles diferentes era mucho menor en una metrópoli como Madrid que en una capital de provincia. En ciertas calles del Albaicín era frecuente que, mientras charlaba distendido en árabe con un salafí de chilaba sucia y barbas teñidas, entrara en la tetería y se sentara a mi lado con su novio una compañera motrileña de la clínica de Amina Aidara. O sucedía también que, al estar todos los objetivos de primera fila tan concentrados en un espacio tan reducido, coincidíamos más de un agente y más de un servicio de información en el mismo lugar y a la misma hora, y nos reconociéramos o no, pero por si acaso dábamos parte a nuestros respectivos jefes y, de ese modo, al menos yo acababa sabiendo quién era policía, quién era de los nuestros o quién un cabo de la Brigada Provincial de Información de la Guardia Civil. Cuando Helenio Gil sabía que algún cuerpo policial andaba detrás de un individuo para cazarlo con las manos en la masa y detenerlo por enaltecimiento del terrorismo o

financiación de la yihad, me llamaba de inmediato a consultas y me pedía que me apartara del individuo en cuestión en adelante, que ni le llamara ni le visitara para no acabar también en el furgón de la redada.

Siempre he sido consciente de la rivalidad entre el CNI y la Policía o la Guardia Civil. Es casi una obsesión de todos los agentes del Centro combatir cualquier tipo de filtración a los cuerpos policiales. Se compite para ser el primero en remitir la información fresca a los centros de coordinación de inteligencia. El CNI se ha vanagloriado de disponer de un mayor conocimiento de lo que sucede en el entorno de la radicalización y el fundamentalismo islámico. Siempre se ha dicho en el ambiente que las brigadas de información del Cuerpo Nacional de Policía (CNP) y de la Guardia Civil están perdidas en esa materia concreta. En los necesarios contactos entre el CNI y el CNP, los espías se cuidan mucho de ofrecer el más mínimo dato de interés a los policías. Se les niega incluso la menor pista de por dónde van las investigaciones o sospechas para poder, llegado el caso, tener la exclusiva y la primicia, como si se tratase de medios de comunicación competidores.

Los cuerpos policiales acababan por tenernos perfectamente identificados a muchos de los que nos convertíamos en especialistas en asuntos islámicos nacionales. No podían saber de nuestra filiación organizativa, así que suponían que éramos conversos, neomusulmanes, arabistas, islamólogos o individuos aculturizados. De ninguna manera debían saber que nos dedicábamos a la infiltración o que trabajábamos para el CNI. Y, precisamente por eso, porque no lo sabían, era frecuente que nos preguntaran por nuestra implicación en ciertos ambientes o que nos propusieran trabajar para ellos. A mí me pasó eso en dos ciudades distintas y siempre por parte de agentes de brigadas de información: les llegaban noticias de que conocía a personas de interés para ciertas investigaciones, de que accedíamos libremente a mezquitas sospechosas o, simplemente, de que controlábamos las estructuras organizativas del islam español, con sus líderes, comisiones y subcomisiones. Entonces averiguaban mi número de móvil, me llamaban por teléfono y me proponían tomar un café. Pero no podía ser: el CNI me prohibía incluso ese café. «Diles que no quieres saber

nada, que te da miedo colaborar, que no tienes información alguna de interés policial, que cuando la tengas les llamarás, que simplemente tienes amigos musulmanes y que te gusta el islam como materia académica, y que no te quieres sentar a tomar café con ellos para que no te vea junto a un policía alguno de los fieles con los que te mueves no sea que te tachen por ello de confidente o chivato». En el fondo, lo que Helenio Gil o Alexander me transmitían era el miedo del CNI a que la Policía les robara un informante o un agente; cabía esa posibilidad, incluso de que pagaran más dinero por los mismos servicios. Nunca lo sabré porque, obedeciendo fielmente a los míos, en ambas ocasiones rechacé sentarme a negociar el precio de mi trabajo.

Los choques entre distintas administraciones u organismos públicos eran comunes entonces y supongo que se seguirán produciendo en el entorno de la investigación y el espionaje oficial. Por eso, una de las principales y novedosas máximas implícitas del CNI es renunciar a tener colaboradores o agentes que desempeñen su profesión en algún campo de la Administración Pública. Hubo por lo visto un tiempo en que era habitual tener en nómina a enfermeros de la sanidad pública o profesores de universidad. Pero, en más de una ocasión, su trabajo para el CNI obteniendo información protegida de sus centros de trabajo (fichas de alumnos, direcciones de pacientes, teléfonos de profesores, etcétera) fue descubierto por sus decanos o directores. Tras varios escándalos recientes con más o menos proyección mediática, el CNI prohibió tajantemente a sus técnicos recurrir a funcionarios públicos para tales menesteres. Sin embargo, como quien hizo la ley hizo la trampa, ahora, cuando se quiere llegar hasta el archivo de datos protegidos de determinada institución pública, como un colegio o una consejería autonómica, se recurre a limpiadoras, electricistas o vigilantes jurados, es decir, trabajadores del edificio con acceso a las instalaciones en cuestión, y con llaves, pero que no son funcionarios ni servidores públicos, sino que dependen de empresas privadas de servicios.

Había un tal Hamid Paes, apodado *El Chauní* porque era de Chauen, contratado como agente local en el consulado general de Marruecos en Madrid. Tenía apellidos moriscos. Presumía de ello y de colaborar con las oficinas de la DGED haciendo eventualmente los trabajos de fotografía y escrutinios personales que le encargaban los agentes de guardia. Era un auténtico charlatán. En la intimidad, presumía también de conocer en Madrid a militantes de Justicia y Caridad, de tenerlos fichados a todos y de saber en qué mezquitas se difundían mensajes salafistas, así que me pareció que había cosas que se le podían sonsacar en el transcurso de un sosegado viaje en coche un sábado por la mañana. Por eso, cuando casualmente lo encontré en el recibidor del consulado preguntando a sus compañeros por la mejor carretera hacia Ciudad Real, me metí en la conversación inventándome que yo iba mucho a esa tierra, que había un almacén de ferretería que me compraba herramientas y cortacéspedes, y que también tenía muchos amigos en Almagro. «¿Cuándo tienes que ir?», le pregunté. Dijo que al día siguiente, sábado. Y le propuse que fuéramos juntos en mi furgoneta, si quería, porque precisamente tenía que llevar un par de motores a la nave de Alfesa, un almacén de ferretería del polígono avanzado de Ciudad Real con el que tuve negocios. Hamid Paes se lo creyó, aceptó la propuesta de viaje y me esperó a media mañana en la M-30 a la altura del estadio Vicente Calderón.

El trayecto fue muy interesante. Hablamos de su familia, de la mía, de las preocupaciones corrientes de ambos, lo normal antes de entrar en terrenos resbaladizos. Paramos a medio camino en una gasolinera a comer algo y, antes de hacer la comanda, me preguntó si yo era musulmán, como mi mujer. Le dije que claro, que ya hacía muchos años que me reconocí como tal. Y quiso saber si tenía la costumbre de rezar. Le respondí, medio ofendido, que por supuesto, aunque admití que no con la regularidad debida a causa de mi horario de trabajo y las complicaciones familiares que todo el mundo supone. Me dijo que lo entendía, que era lo normal, que él sí rezaba siempre con puntualidad solar, y me preguntó si no me importaba acompañarle a hacer la zalá en el aparcamiento, que era la hora del *dohr*.

Pretendía hacer la oración antes de almorzar porque con la ingesta de alimento se pierde la purificación y, en ese caso, tendríamos que hacer la ablución previa al rezo en un lavabo o pileta de la estación de servicio. Así que salimos, nos fuimos al aparcamiento al aire libre, junto a la furgoneta, en lo que parecía ser un lugar discreto. El tipo sacó dos pequeñas alfombrillas de su mochila, de las que sirven sólo para apoyar la frente, y nos pusimos a rezar sobre el asfalto, mirando al Levante. Di por hecho que despertaríamos la curiosidad de los clientes de la gasolinera, cuatro gatos, pero no me importaba en absoluto porque nadie podía conocerme allí. O eso creía yo.

En mitad de una de las postraciones pasó junto a nosotros un grupo de escolares de excursión, niños de doce o trece años que se bajaban de un autobús y se disponían a sentarse en un merendero a comerse el bocadillo del mediodía. Al vernos en posición orante empezaron, alborotados, a señalarnos, y la escena me pareció muy divertida. Pero, de repente, reconocí en el grupo a la profesora que los guiaba. Y ella también me reconoció a mí de inmediato, pues era una de las maestras de mis hijos, del colegio de monjas en el que estudiaban cerca de casa. Un vapor frío me recorrió el esófago desde el vientre a la boca. La buena señora no fue capaz de disimular su asombro. Seguía caminando, pastoreando a los alumnos, pero no dejaba de mirarme, supongo que para comprobar que de verdad era yo y no uno que se me parecía. No se me ocurrió otra cosa que seguir con mis rezos como si nada. Por fin pasó de largo el grupo escolar completo, atropellándose unos a otros y llenando de gritos la meseta, y supongo que la seño se sentó en los bancos de pino con los alumnos. Hamid Paes y yo volvimos a la cafetería con los deberes espirituales hechos, y pedimos un par de arroces precocinados con almejas, de los que se comercializan en envases de plástico, se calientan sobre la marcha en el microondas y saben a queroseno. Contaba con no volver a ver esa tarde a la profesora de inglés de mis hijos, pero al cabo de unos minutos, cuando terminaba mi arroz, entró vigorosa en la cafetería a pedir unos cortados en vaso de corcho. Y me saludó desde la barra. Me vi obligado a responder al saludo con cierta cortesía y a darle explicaciones sobre mi novedosa piedad.

Dejé a Hamid Paes unos minutos solo en la mesa, me acerqué a la *teacher*, que se llamaba Leonor, y le pregunté dónde iban de excursión y todo eso, lo propio de las conversaciones de gasolinera. Ella contestaba a todo, aunque no me decía nada relacionado con el rezo del aparcamiento, como si no lo hubiera visto o no le importara. Pero yo sabía perfectamente que la imagen del padre de cuarto de ESO rezando descalzo como los moros en el *parking* de la gasolinera iba a ser la comidilla del lunes en el desayuno de los profes. No había más que verla: estaba completamente impresionada y deseando tener un minuto, ahora que no le cabía la menor duda sobre mi identidad, para llamar a los compañeros de claustro y contárselo, con todos los detalles; y en cuestión de días se iba a enterar también Amina Aidara, así que, para evitarlo, me anticipé: «Quisiera hablar contigo en relación a lo que me has visto hacer en el estacionamiento hace un momento». La profesora puso cara de no haber reparado en nada raro, pero no le consentí el farol: «Me has visto haciendo la oración de los musulmanes». Ella se sintió descubierta y se sobrecogió, pero siguió callada, tragando saliva. «Ahora no es posible, pero el lunes te veo en el colegio y te lo explico todo, y, mientras tanto, te ruego que no cuentes nada de esto, pues no quisiera que alguien sacara conclusiones precipitadas y equivocadas al respecto».

Visiblemente violentada, Leonor me aseguró que no abriría la boca. «Te lo prometo, te lo prometo», decía la pobre como si quisiera eludir una amenaza o alguna calamidad se pudiera cernir sobre ella en caso de que incumpliera su palabra. Me despedí muy cortés y agradecido, hasta el lunes, y volví a la mesa del Chauní.

El lunes por la mañana llegué al cole antes que ningún profesor, encontré a la maestra aparcando y le pedí unos minutos. Aterrada, me rogó que la dejara entrar a firmar la asistencia en portería. Luego nos tomamos un café justo al lado, aprovechando su hora libre, en unos veladores de propaganda. No había nada más que explicar que la verdad. No era lo que procedía según los manuales, pero estaba cansado de poner parches sobre los parches. La profe y el cole eran el mundo de mis hijos y de mi esposa, y en él yo era yo de verdad. Y no quería empezar a contaminarlo de rarezas y sospechas. Había que poner un cortafuego de inmediato.

Leonor encendió un pitillo mientras le traían el café negro. En cuanto la camarera se retiró, comencé pidiéndole que fuera muy discreta. Le dije que iba a contarle un asunto muy delicado, que Amina Aidara y los niños no sabían nada. Estaba paralizada, así que apunté alto y disparé: «Trabajo para la Policía. El hombre con el que me viste rezando el sábado pertenece a un peligroso grupo terrorista internacional. Estamos tratando de pillarle. Le he hecho creer que soy musulmán, y así consigo acceder a su territorio de contactos y enlaces extranjeros». A la pobre mujer sólo se le ocurrió decir que se imaginaba que se trataba de algo así. Y yo me di por satisfecho: bromeé sobre la situación de la gasolinera, las casualidades de la vida, y el asunto quedó zanjado. Por supuesto, ni mencioné el acrónimo para el que trabajaba realmente ni referí nada relacionado con los servicios secretos marroquíes. Me interesaba enfatizar el peligro de la operación y el sigilo que requería el asunto. La profe guardó secreto en el colegio. Estoy seguro, aunque también me consta que le contó el episodio y la explicación del mismo a su marido. Esas cosas se notan.

Uno de los últimos trabajos que me encargó Alexander fue acercarme a los responsables de Córdoba Internacional TV, una emisora vía satélite que se estaba instalando en España por aquel entonces y que encendió todas las alarmas sociales, no sólo por la referencia de su nombre a la ciudad andaluza de la mezquita, siempre reclamada por el yihadismo universal, sino por el carácter involucionista y lamentable de las ideas de su máximo ejecutivo y promotor, el jeque Abdelaziz al-Fawzán. Este individuo ridículo y barbudo, hijo de un famoso telepredicador saudí, llegó a Madrid después de un periplo sudamericano y norteafricano en el que indagó el mejor emplazamiento estratégico para su empresa de comunicación y para la difusión de sus emisiones internacionales en español sobre asuntos islámicos. Fueron muchos los empresarios en Madrid que, deslumbrados por su poderío económico, se arrimaron al jeque con el objetivo preciso de convertirse en sus socios comerciales en España. Ejecutivos de algunas de las más importantes corporaciones españolas no dudaron en ofertar sus

platós, servicios satélites de telecomunicaciones, aparataje audiovisual y elenco humano para que Al-Fawzán pudiera poner en marcha inmediatamente su millonario proyecto de primer canal islámico de televisión en español.

Mientras a él lo llevaban en Madrid de un despacho a otro proyectándole vídeos promocionales de grandes trabajos informativos y telemáticos, a su esposa, con el rostro completamente cubierto por un riguroso *niqab* de luto, la paseaban en limusina unas azafatas, contratadas para la ocasión, por las mejores joyerías de la calle de Serrano y las *boutiques* de ropa interior más distinguidas del barrio de Chamberí.

Al-Fawzán se dejó convencer por unos y otros tiburones de la Gran Vía, montó finalmente su circo de tres pistas y empezó a generar polémica desde el minuto cero de emisión. Desde sus platós, en San Sebastián de los Reyes, comenzaron a difundirse mensajes muy cuestionables en relación a las políticas exteriores de Israel, las falsas banderas del terrorismo internacional o las causas más oscuras de los nuevos conflictos armados de Oriente Próximo. Pero había más: el propio Al-Fawzán ya había dado muestras previas de su adscripción más firme al wahabismo dieciochesco, proponiendo el odio a la fe idolátrica de los cristianos o explicando las razones «científicas» de la naturaleza retorcida del sexo femenino.

Con no poco esfuerzo y paciencia, conseguí armonizar mis incursiones diplomáticas y mis trabajos para Marruecos con un hueco semanal entre los colaboradores externos del nuevo canal, sediento de musulmanes que supieran hablar y escribir buen español. Pude así estrechar lazos con quienes desarrollaban trabajos informativos y con algunos de sus colaboradores externos más activos. Sospecho que yo no era entonces el único colaborador de la emisora con intereses diferentes a los puramente periodísticos o religiosos: conocí enseguida a compañeros, y especialmente compañeras de redacción, que necesariamente desempeñaban allí las mismas dobles funciones que yo. Con el tiempo uno acaba detectando a agentes e informadores allá por donde vaya y mire. Me sigue pasando.

Trabajando gratuitamente para Al-Fawzán, pude hacerme amigo de ciertos directivos y contables de su negocio de divulgación y conocer con

suficiente hondura los entresijos económicos más oscuros de la sociedad, sus indecibles consignas informativas, sus conexiones secretas con otros medios de comunicación islámicos de países extranjeros, sus intolerables imposiciones a los empleados y empleadas en materia de vestimenta y sus insaciables planes de expansión geográfica por satélite y cable.

Creo que el CNI tenía toda la información que se había podido obtener sobre Al-Fawzán y sobre su tinglado de cámaras y platós para la propagación del wahabismo en el mundo hispanoparlante, y que todos esos datos, analizados y contrastados con los que aportaron otros informadores y servicios extranjeros, estaban en manos de quienes tenían poder de decisión en el Gobierno. Sin embargo, nadie movió un dedo contra Al-Fawzán ni contra su ideología machista y de odio, ni contra sus intolerables mecanismos de censura. Sus emisiones siguieron en antena, en internet y en continua expansión hasta que la crisis interna le obligó a echar el candado. Al-Fawzán regresó a Arabia Saudí y se dedicó a protestar públicamente contra cada medida aperturista del heredero al trono Mohamed bin Salmán. No le gustó eso de que dejaran conducir a las mujeres ni la relajación de los códigos morales. Así que fue detenido junto a otros muchos millonarios influyentes y ahora está entre rejas.

Ya era tarde cuando El Cojo me recogió con su coche muy cerca de mi casa. Me había llamado minutos antes para decirme que quería hablar conmigo, pero no por teléfono, como cabe esperar de alguien cuyo trabajo le lleva a la convicción absoluta de tener intervenidas todas sus comunicaciones. Lo que no sabía El Cojo es que el coche también estaba intervenido y que, además de un localizador lapa en los bajos, todavía tenía instalado un micrófono en su interior. Yo tampoco debía conocer ese detalle, pero Alexander me alertó del mismo para que fuese consciente de que lo que yo hablara dentro del vehículo sería escuchado por personal del Centro que no tenía por qué conocer mi infiltración y que podía hacer, por tanto, una interpretación anómala de mi vinculación con la DGED. Por suerte, Alexander me prevenía siempre de los móviles que tenían pinchados los agentes extranjeros con los

que me movía, especialmente los marroquíes. Y de ese modo yo ponía todos los medios y cuidados en evitar que determinados asuntos hablados por teléfono delataran a mis oyentes anónimos que mi relación con la DGED iba más allá de la simple amistad o el interés mercantil.

El pequeño micrófono que tenía instalado el coche de placas de matrícula amarillas era un artilugio muy sofisticado conectado a la batería. Emitía a poca distancia, pero podía manejarse desde el exterior con un mando a distancia. Para recoger sus archivos sólo había que tener un coche receptor en un área próxima. El mecanismo fue instalado precisamente en ese vehículo, que solía conducir El Cojo, porque era también el que solían usar en la embajada para recoger a políticos marroquíes de medio pelo que aterrizaban en Madrid en visitas oficiales. Pocas semanas antes de aquello, un ministro de Rabat de viaje por España había viajado a varias ciudades del norte en el interior de ese coche y, gracias al micro y a un discreto seguimiento, se pudo conocer al detalle todo lo que habló con sus colaboradores durante esos trayectos.

Atendiendo a mi curiosidad para estos asuntos, Alexander me explicó que el micrófono fue instalado aprovechando una visita rutinaria del coche al taller, con la colaboración necesaria de un mecánico previamente reclutado, que dio aviso a los especialistas del CNI cuando el vehículo entró en su local. Entonces, el mecánico se fue a tomar café, dejando el taller abierto y sin vigilancia, permitiendo así a un agente de la unidad operativa, técnico en electrónica, vestido con un mono azul, entrar e instalar tranquilamente el aparato.

El Cojo quiso llevarme en el coche a una zona discreta para hablar. Dijo que era para que ningún compatriota mío me viera con él y pudieran así acusarme de colaboración desleal con Marruecos. Pero a mí la zona me pareció excesivamente discreta, tanto que llegué a temer seriamente por mi seguridad; con esta gente nunca se sabía. El Cojo detuvo el coche en la calle Federico Mompóu, frente al viejo Centro Cultural Montecarmelo.

Era una noche lluviosa y, de repente, la atmósfera se volvió lúgubre: los arbolillos mecidos por el viento, una gasolinera de Cepsa a demasiada distancia, los faros de los vehículos de la autovía mojada… «Tú y yo

podemos ganar mucho dinero», empezó diciendo el siniestro espía, tan resbaladizo como de costumbre. «Pues de eso se trata, cuéntame cómo», respondí fingiendo toda la disposición y el interés del mundo. Entonces El Cojo, con el mismo mal español que todos sus compañeros de misión, me contó que había una importante partida presupuestaria en su ministerio para pagar información valiosa relacionada con el Gobierno de España, que entre él y yo podíamos repartirnos el dinero si mandábamos a Rabat un carnet mío de militante del partido del Gobierno y cualquier cosa que sirviera para reforzar la idea de que tenía amigos muy cerca de algún ministro importante. Me dijo que yo era listo y sabía moverme, que no me costaría ningún trabajo preparar esa documentación, y que, después, sólo habría que escribir informes con opiniones de personas próximas al presidente o a sus ministros, con sus nombres y apellidos. Añadió que yo me podía inventar esas opiniones, sobre los temas que ya sabíamos que preocupaban en Marruecos, que cuanto mejor lo hiciéramos y más imaginación le echáramos más dinero nos mandarían y más nos repartiríamos. Estupefacto, o quizá no tanto, le pregunté si Abdeláh Bakali conocía ese plan.

Me dijo que no, pero que no me preocupara por eso, que yo no tenía que decirle nada. Y añadió que iba a hablar con él en los próximos días para explicarle que nosotros íbamos a empezar en asuntos exclusivos de política española. Y que el resto de temas los seguiría llevando yo directamente con él.

La propuesta no me sorprendió tanto. Era descabellada, como el guion de la película *El sastre de Panamá*, pero encajaba perfectamente en la corriente de corrupción absoluta que empapa cada rincón de la Administración del vecino Reino de Marruecos. Es cierto que esta epidemia no es exclusiva de ese país, que toda África y buena parte de América Latina y de Asia la padecen. Y quisiera poder afirmar con argumentos y pruebas que hay funcionarios marroquíes que no se han dejado salpicar por esa ola de contaminación moral y putrefacción administrativa...

Juzgué prioritario salir cuanto antes de aquel automóvil y de aquel paraje solitario. Así que, en principio, accedí a todo lo que propuso El Cojo, le dije que me dejara pensar un par de días y que tenía que volver a casa de

inmediato porque mi esposa me estaría esperando preocupada. Al llegar a mi urbanización, me bajé del Mercedes frente a mi portal y le pregunté, sólo por parecer interesado en la cuestión, de cuánto dinero hablábamos. «Mucho más que las propinas que te da Abdeláh», fue lo que contestó con su media sonrisa maliciosa antes de pegarle un pisotón al acelerador y desaparecer en la noche.

Alexander supo por una fuente dentro del Consulado General de Marruecos en Madrid que, a partir de determinado momento, la chusma de la DGED comenzó a tener leves y todavía infundadas sospechas de mi doblamiento. Unos pinchazos telefónicos del Centro lo confirmaron enseguida: «los malos» no tenían ninguna prueba clara de mis vinculaciones con el CNI, pero se había extendido entre ellos el rumor de que yo trabajaba para otros, que estaba extrañamente unido a ciertos funcionarios españoles de algunos ministerios señalados. En cierto modo era previsible y normal que esto pasara: yo mismo había advertido a Alexander de mi continua y excesiva exposición pública y de la incompatibilidad de la infiltración con el permanente engaño a unos y a otros. Mi presencia en tantos despachos simultáneos ya no se justificaba bien sobre presupuestos de negocio o amistad. El Centro me mandaba por entonces a todos los saraos; también querían que estuviese en contacto con los principales líderes de la Comisión Islámica de España. Tuve que entablar una efímera relación con Riai Tatary en ciertos momentos de debate por la representación de los musulmanes. A petición de Alexander, también me acerqué a Mounir Benjelloun cuando todavía era una apuesta marroquí, antes de que el Makhzen diera por ciertos sus devaneos con Justicia y Caridad. Seguía en pleno contacto con los conversos y no conversos de Junta Islámica: por entonces interesaba todo lo que hacían en los medios internacionales la vasca Laure Rodríguez y el cordobés Muhammad Escudero. Por si ya no tuviera bastante, cada vez que se descubría en Madrid la nueva presencia de un ciudadano iraquí o sirio con la vida resuelta me mandaban a su encuentro para hacer averiguaciones sobre su ideología y conocer sus círculos de amistad, no fuera que

estuviesen financiando el terrorismo o las guerrillas de Oriente. Compraba carne en las carnicerías halal que me señalaban cada dos por tres y me granjeaba la amistad de los carniceros pakistaníes para comprobar o corroborar la sospecha de que usaban sus negocios como tapaderas de un punto de *hawala*, un sistema ilegal de transferencia de fondos. Descubrimos así *hawaladar* por todos los rincones de San Cristóbal de los Ángeles y San Diego, agentes clandestinos de oficinas de remesa. Y encontramos también un sinfín de locales abiertos al público en Lavapiés con trabajadores extranjeros dados de alta que nunca estaban en sus puestos de trabajo.

En el Centro ya se echaba mano de mí para casi cualquier cosa. Nos confiamos demasiado y fuimos bajando la guardia, como hacen los maridos infieles. Creo que perdimos el respeto reverencial que hay que tenerle al enemigo. Además, no era compatible, desde ningún punto de vista, mi papel de hombre orquesta con la necesaria percepción de absoluta inocencia que estaba obligado a generar en mi entorno. Así que las cosas se torcieron, como yo ya había previsto y advertido en muchas ocasiones. En algunos ambientes se comenzó a hablar de mí más de la cuenta. Algunos de los directivos de la Comisión Islámica de España me veían con oficiales marroquíes y deducían que trabajaba para ellos. Otros más próximos a la embajada alauita se extrañaban al verme aparecer por barrios y locutorios lejos de mi zona de trabajo habitual o de mi domicilio. Algunos fundamentalistas recelaban de la autenticidad de mis ideas, tal vez panarabistas en exceso para el modo de vestirme o de divertirme los fines de semana. Demasiadas cosas no cuadraban para mucha gente diferente. Me saludaban en árabe en las mezquitas, me llamaban por mi nombre musulmán los imanes más piadosos, pero el tiempo pasaba y yo no avanzaba en ninguna dirección, no acababa de implicarme personalmente en nada. Se llegó a creer en ciertos ambientes que yo era periodista, un reportero al estilo de Antonio Salas, que se colaba en los rincones más recónditos del territorio enemigo para obtener información y publicarla. La gallina de los huevos de oro acabó como la de La Fontaine.

No se pudo reaccionar mejor ni hubo tiempo para maniobrar demasiado una vez que se precipitaron los acontecimientos. Las instrucciones de

Alexander fueron que bajara el perfil, que no preguntara ni provocara en adelante encuentros ni conversaciones con nadie, que mantuviese un tono de actividad general bajo hasta nuevo aviso. Sin embargo, en sólo una semana, las cosas dieron un giro de tuerca más: aquel rumor entre funcionarios extranjeros y diplomáticos acerca de mis intentos de obtener información sobre la actividad de la Embajada de Marruecos y, en general, de los musulmanes que residían en España llegó a la más alta dirección del CNI. Daba igual lo que sospecharan de mí los matarifes halal o los remeseros de los locutorios; pero que las más altas instancias del Gobierno de Marruecos se sintieran espiadas por España no era admisible ni asumible para la cúpula del CNI o el Ministerio de Defensa.

Por entonces, las relaciones con Marruecos eran aceptablemente buenas, aunque frágiles, y lo último que deseaba el Gobierno de España era verse señalado o reprendido por su vecino del sur a causa de un asunto de espionaje de baja intensidad a sus misiones en España. Así que desde alguno de los despachos más grandes de la carretera de La Coruña partió la orden terminante y firme de hacerme desaparecer de inmediato de todo lo que tuviera relación con Marruecos directa o indirectamente. Se me indicó de forma categórica que no volviera a pisar el consulado ni la embajada, que no llamara a los móviles de ningún diplomático, que si me llamaban ellos para algo les diese largas y pusiera excusas, que no quedara en verme con nadie y, mucho menos, a solas, que fingiera que tenía graves problemas familiares, de salud o de lo que me diera la gana, y que me abstuviera de participar en evento público alguno relacionado con el mundo islámico o magrebí. Me dijeron a través de Alexander que me había quemado del todo en sólo unos días, que la dirección del CNI me quería fuera de todo; que mi nueva situación, de la que no se me culpaba en absoluto, había puesto en un aprieto al Gobierno y podía hacer peligrar las buenas relaciones con Marruecos. Me informaron de que tal vez España tuviera que dar explicaciones a Rabat sobre la presencia de agentes en ciertos entornos, y que, si había preguntas sobre personas concretas, iban a negar por supuesto cualquier relación mía con el CNI o con cualquier otro servicio oficial español de inteligencia.

Alexander me dijo que ahora tocaba una retirada sutil y pausada. Así que estuve dos semanas dedicado a mi negocio, casi sin salir de casa. Rechacé invitaciones ordinarias a cafés que me llegaron desde el consulado. Hubo funcionarios que me llamaron extrañándose de no verme. Mi enlace me dijo que esta situación ya se había dado otras veces con otros agentes y en otros sitios, que él las conocía bien y que sabía que ése era siempre el final de todo, el final absoluto sin vuelta atrás: «Cuando el enemigo alumbra con su linterna a un agente oscuro, el agente sale de la oscuridad y ya no sirve para nada; esto es como en el Stratego». Me explicaron que tal vez se me podría buscar con el tiempo otro agujero de interés, en la Unión de Comunidades Islámicas de España (UCIDE) me dijeron, junto a personas que aún no me conocían ni tenían elementos para sospechar nada ni relacionarme con nadie. «O te metemos en manteca y te dedicas desde casa a seguir en redes sociales a los que te vayamos señalando; para eso siempre hace falta gente que se desenvuelva en árabe y sepa detectar ideas radicales».

Ninguna de las vagas alternativas que se pusieron sobre la mesa para prolongar la continuidad de mi relación con el Centro llegaron a buen puerto, probablemente por mi falta ya de interés en mantener con vida un vínculo agonizante. El paro forzoso se prolongó. Como era de esperar, al cabo de dos meses de baja obligada sin reportar un solo informe relacionado con la embajada o el consulado se me dijo que el programa había terminado y que en adelante se interrumpirían los pagos, evidentemente. Me prepararon una especie de finiquito negro, que acepté complacido, supongo que como un gesto amistoso para que desapareciera en silencio para siempre, al menos del ruido de las embajadas y los despachos de las agencias de inteligencia extranjeras. No hubo más instrucciones; que seguíamos en contacto, que no me perdiera del todo, que a ver si quedamos un día tranquilos para comer y comentar no sé qué cosas que dejamos pendientes...

De repente, se hizo grande la urgencia de mudanza. Otra vez esa veleidad. Era extraño, pero no me quedó más remedio que sopesar las ventajas posibles del inesperado cambio de rumbo de los acontecimientos, y

en mi fuero interno las encontré oportunas y deseables: óptimas, diría. Todavía conservaba, a pesar de mi vida de falacia y embuste, un fondo sereno de pureza elemental. Aquel trabajo de años de bajezas y enredos no había contaminado los principios y valores que se me inculcaron en la infancia. Tenía en casa esperándome siempre una verdad muy grande a la que agarrarme incluso en los momentos de mayor zozobra.

Deduje, de regreso al cuartel legítimo de mi hogar, que le había sacado suficiente partido a la primera mitad de mi vida: gozaba, gracias a mi relación con el CNI, de una cosmovisión que no conocía en ninguno de mis compañeros de promoción universitaria y en casi ninguno de mis interlocutores habituales de acampadas familiares y senderismo. Ese privilegio hundía sus raíces en mis estudios de la lengua árabe y sus dialectos; en las lecturas de tratados de civilización islámica y su compleja e inabarcable *aqida*, con todas sus banderas y recovecos; en ciertos viajes al África blanca que resultaron iniciáticos y reveladores; en mis amistades políticas recientes de La Moraleja, pero también en el hecho de haber tenido que bucear por las alcantarillas de las supremacías patrias, la española y la marroquí, siempre insatisfechas, politizadas, ideologizadas hasta el extremo.

De mi sólido matrimonio con Amina Aidara, que dura ya más de tres lustros, había tenido la culpa el CESID. Y sigue siendo maravilloso: estoy casado con una de las mujeres más reconfortantes que conozco. Es femenina y abnegada. Sigue pareciéndome misteriosa al cabo de los años. Su belleza y su carácter del desierto no han sido nunca estorbos para la maternidad gentil, la generosidad abrumadora, el orden doméstico, el amor a los proyectos comunes. Amina Aidara y yo supimos construir lejos de todo una región remota en la que siempre hemos sido felices. Llegados a ese punto puedo afirmar con rotundidad de sabio que hemos hecho juntos un trecho importante del camino.

El Centro fue también el que me permitió encumbrarme a esa privilegiada atalaya desde la que disfrutaba ya de unas vistas exclusivas sobre el mapa del islam más político de Europa y del norte de África. Y aprendí ante eso que uno de los peores males que asolan a la sociedad de

nuestros días es el de la ideologización. Las ideologías instrumentan personas e instituciones al servicio de sus oscuros fines. Las ideologías se habían colado en el más íntimo y sagrado corazón de las tradiciones espirituales. Todo lo que un día fue bello y bueno está ya contaminado de miseria y porquería. La Verdad sigue ahí, en sus rincones de siempre, pero ahora se hace más difícil que nunca encontrarla.

Sólo un poco antes de retirarme del universo CNI para dedicarme en exclusividad a mis negocios mundanos de herramientas a motor y grupos electrógenos hablé con Amina Aidara y le relaté una parte de lo que creo que puedo contar, que nunca es todo. Ni casi todo. Le expliqué este mundo de sordidez irremediable, de desamparo individual, de drama humano y de fracaso social. No se sorprendió demasiado. O sí, pero disimuló como tienen que disimular los confesores. Le ahorré muchos detalles, los más oscuros, para que no pudiera deducir que la había puesto en peligro, que habíamos estado todos en peligro alguna vez. Rebajé muchos de los asuntos que le referí, restándole riesgo y contingencia a toda la historia.

No sospechaba nada; no sabía nada de servicios secretos, recelos entre naciones hermanas o políticas brutales de control y represión sobre los ciudadanos, pero entendió bien mis reservas y disimulos de lustros, y hasta agradeció haber permanecido cándidamente al margen de todo hasta el final feliz de la historia. Sé que lo que más sorpresa le produjo fueron mis años de absoluto silencio, tanto que por momentos llegó a dudar de mi relato. En la terraza de casa, ante un par de oportos, con los chicos ya acostados, saqué una carpeta de trabajo llena de cosas: allí había documentación falsa a mi nombre, actas notariales, copias de muchos informes y fotografías tremendas en algunas de las cuales pudo reconocer a su marido como nunca lo había imaginado, con atuendos islámicos, entre corderos y chilabas, en noches fabulosas de recuerdo de Alá junto a musulmanes sinceros y de corazón recto, bajo carpas de Ramadán y *harira*, en alcazabas extranjeras o con ministros de paso y escoltas de paisano.

Tenía abandonado mi almacén profesional de artefactos orientales y a muchos de mis clientes leales. Ya no era un negocio boyante, pero es cierto que sabía cómo volver a ponerlo en marcha. Y lo hice. Retomé las polvorientas riendas de la empresa de importación de herramientas motorizadas que no había tenido tiempo de sentir verdaderamente como propia. Ese negocio representaba lo único materialmente fructífero y honesto que había en mi vida, y no tenía nada que ver con la prestidigitación del espionaje. Volvimos a cambiar de ciudad, sí, otra vez, esta de manera definitiva, con el convencimiento de que me mudaba a un sitio perfectamente amable, discreto, limpio en el peor sentido de la palabra, alejado de conspiraciones, agentes extranjeros y sórdidas empresas disfrazadas de mezquita. Tuve que robar un par de comerciales a la competencia y arranqué de nuevo aquí con las nuevas y eficientes motosierras chinas y las desbrozadoras de dos tiempos.

Mis hijos se quedaban sin espacio. Los veía crecer cada vez que me alejaba y volvía; dejaban atrás la aparatosa adolescencia, y requerían una atención renovada y un ambiente mejor que el que les pude conseguir en los límites del Madrid brutal, enquistados en una urbanización de clase media y siempre atormentados por las incomodidades de la vida que les ha tocado llevar, entre pisos insuficientes y monovolúmenes a plazos.

No he querido volver a Marruecos. Y no volveré a visitar jamás ese país, o, al menos, no lo haré hasta dentro de muchos años. Sé que los ordenadores de la aduana tienen distintos tipos de alertas para cada nombre previamente registrado que se pica en el teclado. Tanto mis apellidos como mi número marroquí de identificación de extranjeros remiten a un aviso programado: alertan a los policías corruptos de la garita de control de mi relación con algo innoble y oficial. Y tienen que dar parte a sus superiores antes de permitirme cruzar la valla peatonal del aeropuerto o la dársena del muelle. Lo lamento por las calles de Esaouira y la gente honrada del desierto. Siento nostalgia por ciertos jardines de Marrakech por los que caminé de la mano de Amina Aidara y nuestros hijos en primaveras esfumadas. Pero cultivo hierbabuena en el patio soleado de casa y mi mujer sigue cocinando con las especias balsámicas del desierto.

Este rincón nuevo tiene una luz que me hacía falta. Amina Aidara cuenta por fin con su propia clínica dental, con una higienista en nómina y la visita los viernes de un cirujano maxilofacial. Está tan cerca del mar que, cada vez que un paciente abre las puertas automáticas, las brisas costeras inundan la consulta con sus perfumes amargos de arena mojada. Y a los que esperan su turno en el recibidor se les espanta el miedo. Es el del mar un olor para siempre, que llevamos impregnado los que vivimos cerca incluso cuando viajamos al interior. Dura muchos días. Las toallas de los armarios lo conservan meses. Vemos el mar desde casa y, de noche, cuando hay temporal, lo oímos bramando sobre la playa de conchas rayadas. Los que hemos nacido junto al mar no debemos vivir lejos de él, porque nos levantamos cada mañana buscándolo; porque, aunque pasemos días y días sin hacerle caso ni mirarlo, sabemos que está cerca, que sigue ahí con su silenciosa vida submarina, sus tragedias antiguas, sus alborotados niños en verano y sus buques remotos repletos de carga. Las cosas son más intensas junto al mar. Y, por encima de todo, son más reales. Ahora todo está en orden.